

ALEJANDRO
FABBRINI
HISTORIAS
NEGRAS
DEL FÚTBOL
ARGENTINO

Lectulandia

Hinchas que pretenden ahorcar a un árbitro, dirigentes que practican el soborno a repetición, maniobras para evitar descensos, sobre todo cuando afectan a equipos de los llamados grandes, silencios cómplices, negociados con el poder de turno que implican privilegios, referís que se defienden de la furia de futbolistas y público a punta de pistola, jugadores que se rebelan contra la autoridad arbitral y se sientan en el campo mientras sus adversarios los golean. Todos estos desmanes forman parte de la historia del profesionalismo en el fútbol argentino. Episodios recuperados a partir de una intensa investigación y narrados con una prosa eficaz por **Alejandro Fabbri**, construye un abrumador y por momentos divertido panorama del costado oscuro de nuestro deporte más popular.

Como sostiene Víctor Hugo Morales en el prólogo a este trabajo imprescindible: «Esclarecedor, documentado, de prosa hábilmente despojada para que sean los hechos los protagonistas, este libro nos acerca una vez más a la capacidad de su autor para internarse en la historia con el rigor ineludible de quien, paradójicamente, lo hace desde el amor por el fútbol.»

Lectulandia

Alejandro Fabbri

Historias negras del fútbol argentino

ePub r1.0

GONZALEZ 13.10.13

Alejandro Fabbri, 2008

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A mi madre, a mi mujer, a mis hijos.

A los mejores recuerdos: el empedrado de la calle Senillosa, el Parque Rivadavia, el Colegio Marianista, la vieja cancha de Platense y el bar La Fama.

Al fútbol, por y para siempre. Aunque muchas veces haya que tragar saliva.

EL LENGUAJE DE LOS HECHOS

POR VÍCTOR HUGO MORALES

Cuando leía los primeros capítulos del libro de Alejandro me encontraba en España y pude asistir a una representación de *Los persas*, la tragedia griega escrita hace veinticinco siglos por Esquilo. La coincidencia entre las dos experiencias hizo que este prólogo naciera espontáneamente. Lo fui escribiendo con una melancólica sonrisa en un bar de Madrid, mientras contemplaba la elegante Gran Vía y pensaba que mucho antes de que siquiera alguien pensara en su trazado, ya los hombres éramos tan vulnerables como nos vemos hoy. Desencadenamos guerras absurdas a semejanza de la que narra el gran trágico griego cuando se fundaban las bases de nuestra civilización o compramos jugadores del rival para ganar un partido de fútbol, práctica que tiene menos de un siglo.

Quienes conducen los países jamás apelan al sentido común, aun sabiendo que ése es el camino para evitarles desgracias a sus pueblos, y los que dirigen el fútbol hoy siguen empantanados en los mismos vicios que practicaban aquellos que desde la aurora misma del profesionalismo enrarecieron el aire del deporte.

Desde Jerjes, quien regresa ante los suyos veinticinco siglos atrás con las manos manchadas con la sangre de sus propios soldados tras caer derrotado ante los griegos, hasta Bush invadiendo Irak, los proyectos imperialistas son una actitud recurrente entre los líderes del mundo.

Desde los años treinta del siglo xx hasta el presente, este documento excepcional de Alejandro comprueba sin dejar lugar a dudas que los dirigentes del fútbol no suelen vacilar a la hora de elegir entre la corrupción y la honestidad. La nostalgia que sentimos por aquel pasado que nos llega en ráfagas de nobles leyendas, una epopeya de héroes y pasiones que no estaban contaminados de aquello que hoy empuja al desencanto, es nada más que una ilusión.

En algunos tramos del austero y demoledor relato de los hechos que inauguraron la ceremonia de la unión del más popular de todos los deportes, el lector será invadido por el asombro, y una ligera sonrisa acompañará el trayecto en muchas de las páginas.

Advertir que las artimañas están vigentes desde el mismo momento en el que la pelota rodó por primera vez, que había quienes se vendían y adulteraban los torneos,

registrar las pobres excusas de los dirigentes, la forma en que fingían indignarse y la protección a la impunidad ejercida por autoridades que debían estar por encima de los intereses de los que delinquían en el fútbol, matiza un tanto los juicios con que evaluamos a quienes lo conducen en estos tiempos.

Puede decirse a favor de esta época a la que tanto vapuleamos que ya no hay vestigios del soborno. Persiste sin embargo el incentivo que, aun aceptado por jugadores, técnicos e hinchas, y soportado por la dirigencia, es un pariente no demasiado lejano de aquella práctica.

Pero el soborno, esa abyección, no es mencionado ni por los más amarillos de los periodistas de este tiempo. Ni siquiera los perpetuos radares de la malicia logran captar rumores o indicios de que el soborno se siga practicando. Aun cuando sea muy reprochable que algunos equipos vayan para atrás con la anuencia —e incluso el estímulo— de la propia parcialidad si un resultado ha de beneficiar al rival de toda la vida. Hecho despreciable, sin dudas, pero que no implica la antigua deslealtad de algunos jugadores con el mandato de su gente y el esfuerzo de sus compañeros y colegas.

Cuando el descendiente de Ciro, Cambises y Darío entró vencido a su ciudad, tras la paliza de Salamina, se dió una gran oportunidad para que el hombre huyera de la imbecilidad. Sin embargo, su capacidad de autodestrucción y su ambición no conocieron límites a lo largo de la historia. Incluso después de aquella tremenda lección, que no era por cierto la primera: al inventar el fuego ya se crearon argumentos con los cuales intentar justificar ese desgraciado impulso hacia la destrucción.

Cuando en el primer torneo de la era profesional, lejos del lirismo que se les adjudica a los tiempos fundacionales de nuestro fútbol, redescubrimos el germen de una indecencia que se nos aparecía en episodios aislados —hasta la relación de hechos que establece este libro que termina por demostrar la continuidad histórica de los mismos males—, se nos cae la venda ante lo que soñamos romántico y noble.

Si pensamos que el período recorrido por Alejandro sólo refiere al iniciado alrededor de 1931, y que ese profesionalismo había surgido de la corrupción del amateurismo marrón que también se consigna, el desconsuelo trepa algunos años más en la historia. Posiblemente hasta el mismo principio.

Esclarecedor, documentado, de prosa hábilmente despojada para que sean los hechos los protagonistas, este libro manifiesta una vez más la capacidad de su autor para internarse en la historia con el rigor ineludible de quien, paradójicamente, lo hace desde el más intenso amor por el fútbol.

INTRODUCCIÓN

LOS VALIENTES Y LOS SILENCIOSOS

Una vez escrito el libro, revisadas y corregidas las historias que vienen desde muy lejos en el tiempo y llegan hasta los años setenta, las preguntas imposibles de evitar son: ¿cómo se hace para seguir creyendo en el fútbol?, ¿cómo se puede ir nuevamente a la cancha sin desconfiar de jugadores, de árbitros, de la trama que llevó a un determinado resultado final?, ¿somos tontos, ingenuos, fanáticos, idiotas útiles?

Es que leer y comprobar tanta inmoralidad, tantos hechos de corrupción que han salpicado desde los años veinte al deporte que amamos entrañablemente, nos puso frente a un dilema del que necesariamente hay que salir, porque también hay razones poderosas para seguir confiando en lo que sucede dentro de una cancha. El fútbol tiene manchas que no se limpian, lunares espantosos que lo recorren desde el mismo momento en que nació, pero también es sinónimo de fiesta, de alegría, de dejar de lado sospechas para seguir al club que nos cautivó de niños, de ilusionarse con la magia de los cracks, con el triunfo inesperado y agónico ante el rival más difícil.

Es una enorme estupidez sostener como afirma más de uno que el fútbol y la política no tienen nada en común. Hay demasiados ejemplos de lo opuesto, que esta investigación intentará demostrar. Árbitros que debieron sacar un cuchillo o un revólver en pleno partido, hinchas que quisieron ahorcar a un juez con un cinto de un árbol porque anuló mal un tanto, jugadores que decidieron sentarse en el campo como protesta mientras recibían goles en su arco, dirigentes que sancionaban duramente a los clubes más humildes y hacían la vista gorda con los poderosos, todo forma parte de una combinación difícil de admitir pero real y cuyas pruebas no admiten discusión.

Fue un alivio enorme escuchar personalmente de boca de un procer del fútbol de la década del treinta como Francisco Varado, con sus 97 años, que le daba vergüenza ver «*¿cómo ayudaban a Boca —el club donde convirtió 180 goles— y a River! A mí me daba lástima por los muchachos de los otros equipos*». Con palabras así, con la sinceridad de Varallo, que no admite ninguna réplica posible, se ratifican una vez más evidencias y sospechas.

Al investigar entre diarios viejos, revistas de época, apuntes y fascículos

guardados por años, la historia del fútbol argentino nos enseña que si se trata de corrupción, de inmoralidad y de actuaciones para la sospecha, nadie está habilitado para tirar la primera piedra, ningún club queda impune luego de las equívocas situaciones que se han sucedido a lo largo de casi un siglo. A la hora de decidir castigos, el poder se ha ensañado con los clubes más pequeños, con aquellos que recorrieron las categorías de ascenso. Pero sus afanes de justicia disminuían cuando se trataba de poner en vereda a los más importantes, quizá justamente porque tienen la mayor cantidad de hinchas y entre ellos siempre hay gente con altos cargos en cualquiera de los estamentos del poder.

Hay algo que parece una pavada o que suena demasiado simple, pero que nunca deja de ser algo a tener muy en cuenta. En Argentina, desde 1920 a esta parte, la enorme mayoría de quienes amamos el fútbol somos hinchas de algún equipo, e incluso es probable que simpaticemos también con otro por cuestiones familiares, barriales o de amistades.

Ésa es la clave para entender el motivo de algunos fallos y por qué no hubo sanciones a determinados equipos que incurrieron en las mismas faltas de los que sí fueron castigados. Todo conduce a la trama entre vínculos políticos, contactos y simpatías deportivas. A esa trama recurrieron los que necesitaban la indulgencia de la ley, la no aplicación de sanciones o, por el contrario, una guillotina que amputara todo lo que se pudiera a otro club que no era el propio.

Cuando se habla de «la nuestra» tratando de darle un nombre a una forma de sentir y jugar el fútbol argentino, el modelo se construye nítidamente a partir del estilo de los años cuarenta y su adaptación más dinámica a los tiempos modernos. Lamentablemente, también el engaño y la picardía mal entendida forman parte de «la nuestra»: basta releer lo que pensaban los árbitros ingleses hace sesenta años sobre la simulación y la exageración a las que apelaban los futbolistas del torneo local para impresionarlos y engañarlos. Las reacciones desaforadas de los jugadores en los primeros años del profesionalismo cuando un árbitro sancionaba algo en contra de sus intereses y la violencia y la justicia por mano propia que se trasladaron rápidamente a las tribunas son actitudes que nos han acompañado desde siempre.

Sólo los propios actores del fútbol están en condiciones de quebrar la hipocresía, esa complicidad que envuelve a los protagonistas y que aun después de muchos años les impide contar la verdad acerca de algunas situaciones. Ese gusto por el misterio, por guardarse más de lo que se dice, hace que los personajes de antaño se encierren en sí mismos. Se necesitan muchos Varallos para contar la parte de la historia que no conocemos.

A aquellos que odian el fútbol, esos intelectuales que lo desprecian por su carácter popular y democrático, por la pasión que genera y que ellos son incapaces de sentir, vale la pena advertirles algo: no todo estuvo ni está podrido, no todos los campeones,

ni siquiera la mayoría de ellos, lo fueron como consecuencia de manejos ilegales. Casi siempre ganaron los mejores, casi siempre los más poderosos derrotaron a los más humildes, hay casi cien años para comprobarlo. Pero la pregunta nace sola: ¿hacía falta tanta «ayudita»? ¿Hacía falta sumar dinero y apoyos políticos para «garantizar» determinados resultados? Puede que sí, puede que no. Las respuestas las tienen los que no hablan, los que no cuentan. Los que siguen en el silencio.

Resta escribir la historia más reciente, los últimos treinta años exitosos del fútbol argentino con dos campeonatos mundiales y una nutrida cosecha en torneos juveniles de todo tipo. La aparición del control antidoping para quedarse, la incentivación como moneda corriente, la farandulización de futbolistas y entrenadores en la medida que crecía la importancia de la televisión. La década del 90 con su aplanadora económica que dejó en pie a pocos clubes y liquidó muchas ilusiones de progreso y crecimiento.

Son demasiadas cosas, investigaciones que merecen otro espacio, otro marco para darles cabida a los protagonistas. Parientes jóvenes de aquellos que se lucieron antes, en un fútbol distinto pero al mismo tiempo, parecido.

CAPÍTULO UNO

HISTORIAS OFICIALES Y NO TANTO

El 31 de mayo de 1931 es la fecha en que el fútbol argentino ingresa en la etapa del profesionalismo. Se dio ese paso luego de una década de sostenido crecimiento, con una asistencia cada vez mayor de público a los estadios y el florecimiento de muchos clubes que competían por el favor popular. Sumado a esto, por todos lados surgían jugadores dispuestos a demostrar sus capacidades con la camiseta que fuera.

Tras varias divisiones, las instituciones que regían al fútbol argentino se terminaron fusionando en 1927 en la Asociación Amateur Argentina de Football, organizando cuatro campeonatos extenuantes, al punto de que el certamen de 1930 se hizo con 36 equipos de primera división, donde convivieron los más populares y clubes muy modestos como Argentino del Sud, Honor y Patria, Argentino de Banfield, Excursionistas o El Porvenir.

El último campeonato amateur jugado entre todos los clubes finalizó el 12 de abril de 1931, producto de su larguísimo desarrollo, ya que se midieron los 36 equipos entre sí, a una sola rueda, y con varias interrupciones, entre ellas, el primer Mundial jugado en 1930 en Montevideo. Apenas 48 días después, se lanzó el profesionalismo y se produjo una nueva división, cuando varias entidades se negaron a pagarles un sueldo a sus futbolistas. En esa tesitura se enrolaron clubes importantes como River e Independiente hasta que finalmente, rendidos ante las evidencias, optaron por plegarse al profesionalismo.

Allí comenzó lo que parece ser «la historia oficial» del fútbol argentino, aunque la enorme mayoría de los clubes hubiera jugado durante quince o veinte años en el amateurismo. En realidad, el fútbol en Argentina comenzó a organizarse en 1891 con sus incipientes torneos de clubes ingleses. En aquella época y durante varias temporadas las cosas se hicieron con cierto orden, con apego a las normas y a la mínima legislación vigente. En pleno apogeo de Alumni, supercampeón en la primera década del siglo xx, se iniciaron los ascensos y descensos. En 1907, por ejemplo, le tocó irse a Barracas Athletic Club, que se despidió del fútbol importante al quedar desafiliado por no presentarse a jugar por tres partidos consecutivos.

Pero las presiones y los problemas extradeportivos de entonces no eran nada

comparados con lo que habría de ocurrir más adelante. Todavía los adeptos al fútbol no eran tantos. Sin embargo, ya existían los picaros (que nunca fueron exclusividad de una época). Los de aquellos años, con sus peculiaridades, fueron brillantemente retratados en más de un tango. Cuenta Jorge Iwanczuk en su monumental *Historia del fútbol amateur en la Argentina* que Estudiantes de Buenos Aires derrotaba a San Martín por 2-1, el 1º de julio de 1907, «cuando el partido ya concluía en una tarde desapacible, nublada y lluviosa que hacía imposible poder seguir las acciones del juego. De pronto, cuando la pelota merodeaba por la valla estudiantil, se divisó a los hombres del visitante salir corriendo alborozados festejando el empate. Atrás de ellos corría también Albarracín, arquero de Estudiantes, pero dirigiéndose al encuentro del árbitro y alegando la invalidez de la conquista. El Sr. Ruggeroni convalidó el gol pero aclaró que no podía dar fe del mismo debido a las deplorables condiciones climáticas. La AAFL condujo entonces una investigación. Citó a los testigos del hecho y arribó a la conclusión de que en realidad el autor del tanto había aprovechado las circunstancias, anticipándose a la acción del arquero que estaba a punto de realizar un saque de arco. Se procedió a anular el gol y a dar por vencedor a Estudiantes».

La primera irregularidad a nivel dirigenal se produjo en 1911, cuando le tocaba descender a Quilmes. El Consejo Directivo de la Argentine Association Football entendió que los antecedentes de los futuros cerveceros ameritaban que el club se mantuviera en primera división. Quilmes sumó 8 puntos y Alumni se despidió del fútbol argentino ganándole el desempate del campeonato a Porteño por 2-1. Fue el cuadro quilmeño quien recibió a los experimentados jugadores de Alumni y pasó de último a campeón, al apoderarse del torneo de 1912 postergando a San Isidro, que no es otro que el más conocido CASI, decano del rugby nacional. Fue justamente en 1912 cuando se produjo la primera división en el fútbol argentino, entre la Asociación Argentina y la Federación Argentina. Momento ideal para la irrupción de equipos de orígenes diversos pero con clara preponderancia de jugadores nacionales, como Atlanta, Boca Juniors, Independiente, Kimberley, Platense, Banfield, Ferro Carril Oeste, Olivos, Riachuelo y varios más. Los futbolistas ingleses eran cada vez menos.

La gente se sumaba en masa al fútbol, había jugadores por todos lados y los barrios iban afirmando sus amores y fidelidades. Y los corazones exaltados ya comenzaban a generar problemas. Vale la pena tomar algunos casos para ejemplificar cómo el fútbol sacudía la existencia de muchos varones en aquellos años donde todavía no existía el voto secreto y obligatorio.

MALOS VECINOS

El periodista Mariano Torre contó en el Diario Norte del 28 de junio de 1946 lo ocurrido tan temprano como el 4 de julio de 1909 durante el enfrentamiento entre Quilmes y Argentino de Quilmes, acérrimos rivales y vecinos. Decía Torre que *«el campeonato sorprendía a Argentino ya Quilmes cerrando la tabla de posiciones en su fecha final, en igualdad de puntos. Debían jugar el partido revancha en la cancha de Guido y Sarmiento, cuyos dos puntos reglamentarios significaban la permanencia o el descenso a segunda. Aquel encuentro memorable no llegó a jugarse totalmente, pues se armó la gresca de mayores proporciones que registra la historia del fútbol local»*.

Sigue contando el artículo que *«el secretario de la extinguida Argentine League Association era el Sr. Williams, más conocido como el gordo Williams, quien al mismo tiempo era miembro de la Comisión Directiva de Quilmes. Esta situación provocó que se creyera que el juez designado, Mr. White, traía instrucciones especiales para dirigir el partido. El primer tiempo fue bastante parejo, notándose que los avances de la delantera de Argentino eran generalmente detenidos por offsides injustos. Ya en el segundo tiempo, un ataque tras otro de Argentino (los criollos' o los mates') eran frenados por el offside. Prácticamente no podían patear al arco»*. El problema mayor ocurrió cuando *«Enrique Paulsen, back de Argentino, rechazó una pelota limpiamente en el preciso momento en que el juez cobró penal para Quilmes. El penal lo ejecutó Morgan y lo atajó García. No le gustó al referee White la jugada e hizo repetir el penal. En ese momento, no se necesitó la voz de orden: como obedeciendo a una consigna, desde la tribuna “mate” se invadió el campo de juego. Bastonazos, trompis, puntapiés»*.

Cierra Mariano Torre con un par de circunstancias increíbles; *«el grueso de la hinchada de Quilmes no pagaba los cincuenta centavos de la entrada porque preferían mirar los partidos desde los carros de los naranjeros “El Naranjito del Par” y “El Chivo” sobre los pinos de la quinta de Anzó, cuando no de palcos improvisados o escaleras. El referee White se refugió, después de una disparada vertiginosa, en el vestuario que estaba más allá del ángulo norte —Guido y Pringles— seguido de una hinchada mate que no pudo darle caza. Al jugador quilmeño Jones se le vio cruzar disparado con el cuello manando sangre, de un garrotazo que le asestaron. El comisario Valdez bajó de la tribuna con los brazos en alto, pidiendo orden a los gritos, pero recibió un tremendo bastonazo que le provocó la caída de varios dientes. Varios fueron los futbolistas heridos y como el árbitro no apareció más, se dio el partido por terminado»*.

Finalmente, los directivos de la League, que eran ingleses en su mayoría y simpatizaban por Quilmes, resolvieron apereibir a los dos clubes y anular los descensos. En suma, no hubo sanciones ni descensos y todos contentos. Un año después casi se repite la historia, pero Quilmes superó por un punto a Argentino y los

mates debieron irse a jugar a la segunda categoría.

Cuenta el reconocido periodista Jorge Brisaboa en su libro *De Rosario y de Central* que «en 1910 mientras en el país se celebraba el Centenario de la Revolución de Mayo, volvió a agitarse el fútbol rosarino: denunciaron a Newell's de haber pretendido sobornar al jugador de Central, Lorenzo Hulme. La Liga consideró la situación bastante delicada, citó a Hulme y a un delegado de Newell's. Finalmente, el 1º de junio desvirtuó oficial y públicamente las versiones circulantes pues ningún miembro de la comisión directiva, ni socio ni jugador de Newell's ha intervenido en el caso Hulme».

Al año siguiente y bajo el arbitraje del porteño Jordán, la violencia alcanzó dimensiones impensadas. Brisaboa señala que «había vencido Newell's 2-1, se jugó muy fuerte sobre todo en el segundo tiempo y la violencia se trasladó a la gente. El árbitro fue atacado, muchos jugadores fueron apedreados, un policía lanzó tiros al aire y la pelea entre los hinchas siguió hasta la noche». Por incidentes como éstos el fútbol rosarino se dividió en dos entidades. De un lado quedaron Rosario Central, Sparta, Tiro Federal, Esperanza y Embarcaderos con la flamante Federación Rosarina. Del otro, los clubes tradicionales en la Liga, encabezados por Newell's, Belgrano, Central Córdoba y Nacional.

Después de un año y medio, retornó la paz y los clubes rosarinos se volvieron a juntar. Como se observaba en todo el país, la fiebre futbolera arrasaba con lo que se interponía a su paso. Ese estado febril solía incluir hechos.

El 18 de octubre de 1914, Boca Juniors recibía en su precaria cancha de Wilde a Comercio y presentaba a su nuevo delantero, de apellido Fuentes. Según cuenta Iwanczuk, «el mencionado pretendía ganarse su lugar en la primera, pero aparentemente no usaba armas del todo correctas. Hacía gala de una agresividad más propia de un ring que de una cancha de fútbol, era muy brusco en las jugadas, embestía al arquero y a los zagueros contrarios aunque no tuvieran la pelota. La medida de la prudencia la colmó Fuentes al abandonar el campo para agredir a un grupo de simpatizantes que desaprobaban su actuación. Cuando retornó, el capitán boquense Donato Abbatángelo decidió poner fin a la situación obligándolo a retirarse de la cancha. Sucesos como éste (capitán que expulsa a un compañero) luego se repetirán en otras oportunidades —incluso en los primeros años del profesionalismo— y pintan una de las características de la época amateur».

Mientras tanto, se iban cambiando las reglamentaciones a medida que se modificaba la participación o se producía la desafiliación de los equipos. Hubo una nueva división con otros nombres, Asociación Amateurs y Asociación Argentina. Había que mantener a los clubes contentos: por esa razón se eliminaron los descensos, año a año a partir de 1920. Por ejemplo, Estudiantes de Buenos Aires gambeteó el retroceso a segunda categoría durante 1923 y 1924. La Asociación

explicó que se le permitió seguir en primera *«porque pese a hallarse condenado a descender, se presentó a jugar todos los partidos, lo cual demuestra un espíritu deportivo que debe ser reconocido»*.

No es justo creer que las divisiones se producían sólo en Buenos Aires y zonas aledañas. También en Santa Fe ocurría lo mismo. Durante la temporada de 1921 la Liga Amateur estaba formada por Unión, Sportman, Central Santa Fe, 9 de Julio e Instituto Tráfico, mientras que Colón, Independiente, Peñarol, F.C. Santa Fe y Central Argentino militaban en la Liga Santafesina.

En Córdoba ocurría lo mismo, ya que en 1920 la Liga Cordobesa se partió al medio. Belgrano, Instituto, Vélez y Comercio se quedaron con el nombre mientras los disidentes Talleres, Peñarol, Juniors y Audax armaron otro grupo. La pelea fue dura, al punto que los más ingeniosos opositores volanteaban en el centro cordobés con papeles que anunciaban, por ejemplo, la suspensión de los partidos. En un caso, el texto explicaba: *«por disposición de última hora, se avisa al público que el match anunciado para hoy entre Instituto y Belgrano se ha suspendido»*. El ingenio cordobés, a pleno.

Tanta agudeza se puso también al servicio de otros intereses. En 1914, los novatos directivos de Belgrano presentaban su equipo frente al club Alta Córdoba, pero la Federación les avisó que debían alambrar los alrededores del campo de juego. Cuentan los cordobeses en el libro del centenario de Belgrano que *«la nueva disposición los obligó a un acto de pillaje: la noche previa al juego, los más audaces entraron en las quintas vecinas y en la estación de tranvías a caballo para retirar postes e hilos de alambre. Con ello alambraron el terreno y así pudieron jugar el partido que ganaron por 7-1. El lunes, todos los materiales retirados fueron puestos otra vez en su lugar. Esta vez fue una tarea que debieron realizarla varias veces, en lo que ellos consideraban un préstamo involuntario y a corto plazo»*.

ÁRBITRO DE A CABALLO

En 1925, durante la final del torneo de la segunda división cordobesa, se produjo otro hecho increíble: el árbitro Carlos Linossi dirigía sin problemas el partido, hasta que Peñarol se puso en ventaja por 2-1 contra Vélez Sársfield, lo que provocó la invasión del campo de juego por parte de los hinchas del cuadro que iba perdiendo. No había alambrado, reja, ni nada que se le pareciera. Linossi se dirigió resueltamente hacia su caballo, con el que había llegado hasta la cancha, montó y comenzó a correr a los fanáticos que querían golpear a los jugadores de Peñarol. Cuando la gente abandonó finalmente el campo de juego, se apeó y siguió dirigiendo. El partido llegó a su fin y Peñarol ascendió a primera.

En Buenos Aires, en 1926 se disputaron los últimos campeonatos antes de la

unificación. Independiente se quedó con el título de la Amateurs, escoltado por San Lorenzo, Platense y Racing Club. En la Asociación Argentina, Boca revalidó sus conquistas, seguido de Argentinos Juniors y Huracán. El descenso les correspondió a Porteño y a Atlanta. Cuando en 1927 se juntaron los dirigentes y volvió la unión, un decreto del presidente de la Nación Marcelo T. de Alvear determinó la supresión de los descensos en todas las categorías. Como se observa, hace ya ochenta años el poder político tomaba injerencia en el fútbol, que crecía silvestre y descontrolado, capturando cada vez más pasiones y adhesiones.

Es que fue también el presidente de la Nación quien laudó el 26 de noviembre de 1926 y con su decisión «obligó» a la unificación. En su primer Artículo, el presidente Alvear expresa que *«la Asociación Argentina de Football y la Asociación Amateurs de Football deben fusionarse constituyendo una sola institución que se denominará Asociación Amateur Argentina de Football»*.

En el mismo decreto, Marcelo T. de Alvear establece que *«para garantizar la efectividad de este laudo, el subscripto lo pondrá en conocimiento de la Confederación Sudamericana de Football, de la Federación Internacional de Football Association y del representante de ésta en Sudamérica y, oficialmente, tomará las resoluciones que correspondan para que los poderes públicos reconozcan a la nueva entidad que tendrá el gobierno del football, como la única a cuyo cargo está esta misión, a fin de que le presten el mejor y más eficaz apoyo»*. Pavada de declaración.

El dinero ya había llegado al fútbol, y los jugadores, por lo menos en la enorme mayoría de los clubes de primera división, cobraban viáticos, además de una «retribución mensual», un eufemismo para no nombrar la palabra sueldo o salario. Era usual en los años veinte que dirigentes con contactos políticos o empresarios simpatizantes de los equipos «emplearan» a los principales futbolistas para que tuvieran otro ingreso mensual. En otros casos, los propios jugadores tenían un trabajo adicional.

La falta de cuidados médicos, los pocos conocimientos de los profesionales sobre las lesiones que producía la práctica cada vez más activa del fútbol y la temeridad de muchos deportistas significaron una zona de alto riesgo durante la época amateur. Uno de los casos emblemáticos de los años veinte fue el fallecimiento de Jacobo Urso, importante futbolista de San Lorenzo, que el 31 de julio de 1922 visitó a Estudiantes en la cancha de Palermo. Cuenta Alberto Dean en su libro *San Lorenzo querido, cien años de pasión* que *«en una jugada absolutamente casual, Urso chocó con un rival y sufrió la fractura de una costilla. Lo aconsejable era que San Lorenzo se quedara con un hombre menos, pero Urso se negó terminantemente. Luchador indomable, continuó jugando mientras que la costilla ya se había incrustado en su riñón, en tanto la camiseta se iba cubriendo de sangre»*.

Sigue contando Dean que *«una vez concluido el cotejo, Urso fue internado en el Hospital Ramos Mejía con un dolor cada vez más agudo. Los especialistas decidieron operarlo dos veces seguidas, quedando en claro que la vida del jugador corría riesgo. El desenlace llegó el 6 de agosto... había muerto Jacobo Urso. San Lorenzo tenía un mártir como referencia para toda su historia».*

Un tiempo después, el diario Santa Fe informaba el 3 de marzo de 1925 que *«anoche fuimos sorprendidos por un aviso telefónico donde se nos comunicaba el deceso del jugador Ernesto Celli, acaecido a las 0.45 a consecuencia de una enfermedad de efectos fatales y simultáneos, que fue contraída en el cultivo de su deporte favorito, el football. El domingo pasado, Celli actuaba en un partido amistoso entre Newell's Old Boys y Nacional de Rosario. La temperatura reinante era bastante pesada y el desarrollo del juego le ha provocado el consiguiente cansancio y sofocación, motivo por el que Celli se vio obligado a ingerir una cantidad de agua muy fría que le ocasionó un malestar general. Hoy, tras breves e inesperadas alternativas, su estado se agravó produciéndole un ataque cerebral a consecuencia del cual dejó de existir a la hora que consignamos».*

El 4 de marzo de 1931 se produjo otra muerte, cuando el jugador Héctor Arispe, hombre de Gimnasia y Esgrima La Plata, falleció insolado durante la disputa del partido oficial contra Sportivo Barracas. Fue el llamado final para que el fútbol se reorganizara y se tomara en cuenta, aun en pequeña medida, a los jugadores, atenazados entre el poco dinero que recibían y una estructura de campeonatos que los llevaba a seguir actuando en medio del calor, en época de vacaciones y con torneos larguísimos.

Las situaciones luctuosas continuaron en los primeros años del profesionalismo. Luis «Huesito» Sánchez, un habilidoso centrodelantero que jugó varios años en Platense y fue campeón con Boca, decidió suicidarse cuando creyó erróneamente que le habían diagnosticado tuberculosis. Su mujer llegó tarde para disuadirlo con el análisis definitivo que desmentía la enfermedad.

Sobre los médicos de la época y la histórica viveza argentina, Luciano Wernicke escribe en su *Fútbol increíble* que algo singular ocurrió en 1928. Dice el periodista que *«en un partido muy cerrado entre Huracán, el puntero del campeonato, e Independiente, disputado en Parque de los Patricios, el arquero rojo Néstor Sangiovanni chocó contra un delantero local y quedó tendido varios minutos. Por ese entonces, lo normal era que el club local aportara el médico para todos los jugadores, de modo que el uno de Independiente fue revisado por el facultativo de Huracán. Al ver una oportunidad servida en bandeja para darle una manito a su equipo, afirmó que Sangiovanni tenía tres costillas fracturadas y llamó una ambulancia para trasladar al guardametas al Hospital Penna. La valla fue cubierta por el defensor Ernesto Chiarella y el conjunto de Avellaneda continuó con diez*

jugadores. A pesar del ardid, la ventaja numérica conseguida por el malicioso doctor no le impidió a Independiente derrotar a Huracán. Finalmente, el médico reconoció su error y admitió que Sangiovanni sólo tenía un fuerte machucón, de éstos que duelen más al día siguiente».

EL COLOR DEL DINERO

El 31 de mayo de 1931 comienza el profesionalismo y con él el primer torneo donde se sinceraron algunas cosas y donde el flujo de dinero fue marcando las diferencias entre poderosos y humildes. Del primer campeonato que ganó Boca Juniors quedan un par de situaciones curiosas, como la ocurrida en la segunda jornada, cuando Racing goleó a Platense por 5-1 y el capitán académico Natalio Perinetti debió expulsar de la cancha a su compañero Pompey. El temperamental defensor había agredido a otro jugador de Racing, Paternóster, con un par de trompadas. Perinetti hizo de juez y decidió, ante la mirada del verdadero árbitro de apellido Martínez, echar a Pompey del partido.

Fue Racing también uno de los protagonistas del primer escándalo en el profesionalismo. El 2 de agosto, en ocasión de la undécima fecha, Racing y Estudiantes de La Plata igualaban en un tanto, pero el público racinguista impidió la continuación del partido, disconforme con el trabajo del juez Liñeyro. Faltando quince minutos, el encuentro debió ser suspendido. La Liga le dio los puntos a Estudiantes.

Parecería absurdo pensar de antemano que el mayor inconveniente de ese año profesional sería provocado por dos clubes que ya habían generado importantes adhesiones, si bien las distancias con San Lorenzo, Independiente y Racing eran aún muy pequeñas. En la vieja cancha de Boca, el local enfrentó a River. El partido lo iba ganando el cuadro que hacía un par de meses había recibido el mote de «millonario» por el dinero gastado en incorporaciones, 1-0 con gol convertido por Carlos Peucelle, quien había llegado tres meses antes por diez mil pesos pagados al modesto Sportivo Buenos Aires.

El árbitro Eduardo Escola cobró penal para Boca cuando iban 28 minutos y el fallo fue protestado durante varios minutos. En aquella época, la sanción de la pena máxima era un calvario para los jueces porque los reclamos y enojos de los jugadores del equipo castigado eran interminables. Finalmente, Francisco Varallo pateó el penal y, tras dos rebotes que dio el arquero Jorge Iribarren, pudo convertir el gol. Los jugadores de River siguieron protestando y el juez Escola resolvió expulsar a tres futbolistas visitantes, aunque los jugadores rechazaron la decisión y permanecieron en la cancha. Ante semejante resistencia, Escola suspendió el partido definitivamente, lo que provocó serios incidentes fuera de la cancha entre hinchas de los dos equipos.

Días más tarde, la Liga le entregó los puntos del partido a Boca.

En su libro *Duelo de guapos*, que narra la historia de los clásicos entre River y Boca, el periodista Diego Fucks señala respecto de la ejecución del tiro penal — desencadenante de los graves incidentes—: *«en el arco millonario está Jorge Iribarren, hermano del capitán de River. Es un momento único, tenso. Varallo saca un remate potente que Iribarren ataja a medias, el rebote le cae al ejecutor otra vez y vuelve a fusilar al arquero, Iribarren, haciendo un milagro, tapa el tiro otra vez. El arquero se tira sobre la pelota, Varallo también cae. Cuando Jorge Iribarren intenta quedarse con la pelota, Pancho lo toma de una pierna y se las ingenia para mandarla al gol. El árbitro no ve la trampa del delantero boquense y lo cobra».*

Los jugadores de River no habrían de aceptar la decisión de Escola. Sigue narrando Fucks que *«en medio de las discusiones, Escola es agredido. Y decide la expulsión de Bonelli. La policía ya entró a la cancha, pero a los jugadores de River no los para nadie. También se van expulsados Lago y Belvidares. Tal vez se les haya ido la mano con el árbitro, pero entre la tierra que se levanta y el montón de policías que intentan apaciguarlos ánimos, no se ve nada. River se queda con ocho jugadores y se niega a seguir. Se va. Y el partido esperado, el primer clásico de la era profesional, se termina a los treinta minutos del primer tiempo».*

Afuera se enfrentan los hinchas de Boca y de River y cuando la situación amenaza con volverse muy peligrosa, la policía aparece con sus caballos, lanza gases lacrimógenos, ataca a bastonazos a los más enardecidos y logra frenar la violencia. Final lamentable y fútbol en deuda, como tantas veces pasaría.

Sin embargo, en la época amateur había gestos éticos que el profesionalismo desterraría por completo a medida que avanzaba en su búsqueda de mayores ingresos económicos. Siempre quedaba espacio para alguna decisión personal, para ciertas formas de corrección que con el tiempo serían recordadas como joyas olvidadas. Vale la pena rescatar una: el 6 de diciembre de 1931, Chacarita le ganó 1-0 a Platense como visitante. El gol lo marcó el delantero santiagueño Marcos Díaz, quien luego de gambetear a Tellería pateó al arco. Sebastián Guaico, el famoso arquero calamar, desvió la pelota, pero ésta se metió y salió inmediatamente por un agujero que había en la red. El árbitro Liñeyro cobró tiro de esquina y fue el propio Tellería, compañero de facultad del goleador Marcos Díaz, ambos estudiantes de Medicina, quien se acercó al juez y le explicó que la pelota había entrado y que el agujero en la red había impedido que se hubiera quedado detenida en la red. Liñeyro cobró el gol, Chacarita ganó 1-0 y Tellería fue felicitado por su actitud ética. Eso sí: fue su único partido en la primera división...

EL GOL DE LA CASILLA

En 1932, la desesperación de los dirigentes de River por ganar el campeonato era evidente. El profesionalismo había iniciado su camino imparable el año anterior y Boca, el archirrival, se había consagrado campeón, al igual que en el último torneo amateur de 1930. River no ganaba nada desde 1920 y por eso sus directivos invirtieron muchísimo dinero para contratar al goleador de Tigre, Bernabé Ferreyra, quien había entusiasmado a los que lo vieron jugar en la cancha «del lechero ahogado»^[1] para el equipo azul y rojo de Victoria.

Por Bernabé se pagaron 35 mil pesos, y otras incorporaciones de jugadores destacados (Arrillaga de Quilmes, Santamaría de Platense, Sciarra de Ferro, Cuello de Tigre y Basilico de Atlanta) conformaron un plantel armado y pensado para ganar el segundo campeonato profesional.

El torneo fue peleado desde el inicio hasta el final por tres equipos. Cuando River e Independiente lideraban con 33 puntos y eran perseguidos de cerca por Racing, el 14 de agosto el equipo de la banda roja visitó a Estudiantes en La Plata. Allí protagonizó un partido especial, donde hubo seis goles y un incidente que quedará en el recuerdo porque allí ocurrió el que luego sería bautizado como el «*gol de la casilla*».

Ese mismo domingo de agosto, los diarios argentinos informaban sobre un nuevo gremio que aparecía en Gran Bretaña, el de los jugadores de fútbol. Es que las renovaciones de los contratos y las rebajas en los sueldos, por la famosa crisis económica que desplomó la economía de Estados Unidos y Europa, habían provocado el caos entre los clubes ingleses. Ajenos a su esplendor inicial, los británicos se esmeraban por seguir compitiendo contra equipos de otros países y por revitalizar un fútbol austero en todo sentido.

En cambio, el fútbol argentino estaba en pleno crecimiento. El profesionalismo acercó dinero y provocó que se blanqueara el hecho de que algunos futbolistas simulaban ocupar empleos para justificar así la plata que les pagaban sus clubes. Paralelamente, el fanatismo iba expandiéndose y subiendo de tono. Justamente, el torneo de 1932 estuvo plagado de incidentes, como una muestra más de esa particular relación de placer y padecimiento que mantienen los argentinos con el más popular de los deportes.

Pero volvamos al domingo 14 de agosto. Una jornada, la número 21, con un serio incidente en la cancha que Platense tenía en Manuela Pedraza y Crámer. Allí, el juez Canelas sancionó penal para el equipo local cuando estaban empatando con Gimnasia en dos goles. La resistencia de los jugadores visitantes fue aumentando hasta impedir la ejecución de la infracción. Canelas no tuvo más remedio que suspender el partido y, días más tarde, la justicia deportiva le daría los puntos a los calamares.

Mientras Minelia, Delovo y Recanatini le protestaban al juez Canelas por el penal contra Gimnasia, en la ciudad de La Plata ocurría el «*gol de la casilla*». Los

protagonistas fueron Alberto Zozaya, goleador pincharrata apodado «Don Padilla» y el juez Vicente De Angelis, junto con su asistente Rafael Mollo.

Iban 25 minutos del primer tiempo y River se imponía 2-0 con goles de Bernabé Ferreyra de penal y del Alazán Santamaría, cuando, según relata el matutino *La Nación*, «Zozaya recibió la pelota de un pase de Manuel Ferreira, eludió fácilmente a Dañil y desde distancia apreciable despidió un tiro alto, que dio en la parte anterior del travesaño y visiblemente traspasó la línea del goal. Como la primera intención del árbitro era no sancionar el tanto, se produjo un serio incidente».

De Angelis se fue con sus colaboradores al vestuario —una casilla de madera ubicada detrás de la tribuna principal— y la policía invadió la cancha, desalojando el campo y obligando a los futbolistas a dirigirse hacia los vestuarios. Tras quince minutos de incertidumbre, De Angelis regresó al campo de juego y otorgó el gol. ¿Qué había pasado en el vestuario? ¿Lo había convencido el asistente Mollo de la validez del tanto? ¿Fue amenazado el árbitro?

La Nación arriesga una interpretación: «merece particular atención el desempeño del réferi. Pobre sin atenuantes. Cabe afirmar que la resolución de rectificar una decisión luego de alojarse 15 minutos en el vestuario es absolutamente criticable. No ha de admitirse nunca en silencio una rectificación de este quilate —continúa *La Nación*— que es una magnífica negación de la autoridad del juez, puesto en la cancha para algo y que sienta, además, un precedente peligroso. No tiene, pues, la actitud del juez una explicación muy clara. Tampoco el hecho de que, una vez reanudada la disputa del período inicial, se diera por concluido cuando sólo contaban los cronómetros 35 minutos».

El partido fue levantando temperatura y un nuevo gol de River, de Peucelle a los 30 minutos, pareció inclinar definitivamente el resultado. Sin embargo, Estudiantes reaccionó en la segunda parte y con tantos de Enrique Guaita y Miguel Ángel Lauri, los wines de «los profesores», pudo empatar el partido en tres goles. De Angelis se retiró escoltado por la policía y confeccionó su informe, en el que argumentó que había otorgado el primer gol de Estudiantes porque había sido presionado por dirigentes y particulares locales en la casilla donde se cambiaba. Así, para todo el periodismo fue «el gol de la casilla».

La misma tarde del incidente en La Plata y del partido suspendido en la cancha de Platense, fue agredido el popular juez José Bartolomé Macías, cuando decidió sancionar un tiro penal para Independiente, a minutos del final del partido que empataban los rojos como visitantes con Lanús. La golpiza provocó la suspensión y la posterior cesión de puntos a Independiente.

En su editorial deportivo del lunes 15, fue otra vez el diario *La Nación* quien alertó que «la parte lamentable de la jornada de ayer habrá de reproducirse si los directores del sport no advierten a tiempo que la lenidad con que son tratados los

promotores de las incidencias implica indudable complicidad. Ya se sabe que toda explosión apasionada en la muchedumbre tiene su origen en los gestos de disconformidad y en las protestas airadas con que los jugadores reciben casi sin excepción los fallos que les son adversos. Son esos gestos, incultos y antideportivos —que por profesionales debían ya adquirir una mayor noción de mesura y discreción — el origen real e indubitable de los desagradables tumultos que empañan tan a menudo las jornadas futbolísticas. No exceptuamos de cargo a los jueces, tal como es fácil advertirlo en el lugar correspondiente», agrega el periodista.

El consejo de la Liga Argentina resolvió expulsar a De Angelis por 11 votos contra 5 y al asistente Mollo, en este caso por un reñido 9-7 de los registros, y ratificar el resultado de empate en tres goles, con suspensión de una fecha para la cancha pincharrata. La cosa no quedó ahí, porque River y Estudiantes rompieron relaciones, según titula el diario *El Mundo* del jueves 18 de agosto. En el matutino se menciona que *«durante el incidente parece que fue vejado un miembro de la directiva riverplatense, puesto que fue arrojado a una piletta conteniendo agua por agentes de la policía platense, ante la vista y paciencia de miembros del club local».*

ALGUNA CUENTA CLARA

Lo más llamativo era la manera en que se daban a conocer las resoluciones. Por ejemplo, en su edición del viernes 26 de agosto, *El Mundo* informaba la determinación del Consejo Directivo de la Liga Argentina con un detalle que asombra y que hoy sería impensado. Se contaba en la nota que *«se votó nominalmente el punto referido al resultado final del partido y siete participantes (Montero, Bertolotti, Etchegaray, Elena, Rodríguez, Caccia y Pizza) se inclinaron por darle el partido perdido a Estudiantes. En cambio, los directivos Macchi, Sessa, Sureda, Armando, Bedeli y Pinto votaron por el mantenimiento del resultado, mientras que Pebe, Martincorena, Sagazola y Micheli, solicitaron la anulación del partido completo y la realización de un nuevo encuentro».* Finalmente se hizo una votación entre las mociones con más adherentes y por 9-8 se decidió dar el partido por terminado con el resultado de la planilla, empate en tres goles. ¿Se imagina alguien hoy una votación con la publicación en los diarios de cada voto y el club al que representa cada delegado al lado? Imposible.

El segundo campeonato de la era profesional tuvo muchos inconvenientes para finalizar en orden, y la frutilla del postre fue el partido de desempate que tuvieron que jugar Independiente y River, que habían empatado el primer lugar con 50 puntos, uno por delante de Racing. Los rojos de Avellaneda llegaron debilitados, ya que en la derrota sufrida ante Quilmes por 3-1 debió dejar la cancha lesionado Ravaschino, uno de sus mejores jugadores, y quedó disminuido Manuel Seoane, el otro artillero.

En la semana siguiente, en toda la ciudad de Quilmes circulaba la versión de que los jugadores cerveceros habían cobrado un suculento premio, pagado por dirigentes de River. Corría 1932 y la incentivación llegaba para quedarse.

El partido que decidió el campeonato se jugó el 20 de noviembre en la cancha de San Lorenzo. River, claramente superior, sacó rápidas ventajas en el primer tiempo, con goles de Bernabé Ferreyra, Peucelie y Zatelli. Convencidos de que la diferencia era indescutable, los hinchas de Independiente provocaron incidentes y arrojaron todo tipo de proyectiles hacia el campo de juego. Con distintas interrupciones, el partido llegó a su fin y River pudo, después de doce años, festejar su primer título profesional, esta vez en calidad de «millonario».

Quedó claro que la contratación de Bernabé, a quien apodaban «el mortero de Rufino» por su origen santafesino, había sido un éxito gigantesco. El delantero hizo 43 goles y dejó a 19 tantos de distancia a Francisco Varallo, el goleador de Boca, y al tanque Hugo Lamanna, del Talleres sureño. Su enorme eficacia y la violencia de sus disparos convirtieron a Bernabé en un ídolo de proporciones incomparables para la época y contribuyó claramente al crecimiento de la popularidad de River.

Quedaron en el recuerdo las casi hazañas realizadas por los arqueros Losavio, de Argentinos Juniors, y Guaico, de Platense. Ambos consiguieron atajarle un penal a Bernabé. Hace unos años y ya octogenario, Sebastián Guaico lo explicó de manera muy simple ante la mirada asombrada de muchos estudiantes de periodismo: *«Yo tenía 19 años y la verdad, cuando Bernabé tomó carrera, me tapé la cara con los brazos y los levanté. La pelota me pegó y se fue por arriba del travesaño. No fue mérito, fue casualidad...»*. Nadie dudó de las sinceras palabras de ese excelente arquero de los primeros años del profesionalismo.

CAPÍTULO DOS

HAY QUE BAJAR AL EXPRESO

En 1933, el campeonato empezó repitiendo el partido final del torneo anterior. El 12 de marzo volvieron a enfrentarse Independiente y River y esta vez los rojos se impusieron por 1-0, con tanto de su flamante bombardero Lamanna, escolta de Bernabé Ferreyra entre los goleadores de 1932.

Jugada la tercera fecha, Gimnasia y Esgrima La Plata quedó como único líder, luego de sus victorias ante Estudiantes, Vélez y Tigre. Las amplias victorias conseguidas frente a Argentinos (5-2), Chacarita (5-1), Talleres (5-2) y las goleadas contra sus perseguidores hicieron que el equipo platense dejara muy pronto de ser una sorpresa. Boca recibió cinco goles en su visita al Bosque y San Lorenzo perdió por 4-2, mientras que Gimnasia despachó al campeón River por 2-1.

En resumen, Gimnasia ganó la primera rueda con dos puntos de ventaja sobre San Lorenzo y cuatro por encima de Boca y River. Ni siquiera el cortocircuito entre jugadores y dirigentes frenó el avance hacia el campeonato del Lobo. Es que los directivos habían prometido un premio especial al plantel en caso de ganar la primera rueda. Los futbolistas cumplieron, pero las autoridades no. Entonces, el plantel decidió no presentarse a jugar el primer partido de la segunda rueda, nada menos que contra Estudiantes.

¿Qué pasó? Los suplentes alcanzaron la gloria, porque vencieron por 1-0 al pincha con gol de Del Prete, a siete minutos del final del partido y Gimnasia alargó su ventaja a tres puntos, ante el empate de San Lorenzo en la cancha de Lanús. Encima, Boca perdió con Racing y River no le pudo ganar a Independiente.

A esta altura el Lobo se había convertido en el enemigo público número uno de los clubes poderosos. Había que evitar semejante papelón ante un equipo que si bien se había quedado con el título amateur de 1929, no tenía estrellas en su plantel y era conducido por un marplatense tan caballeresco como inteligente para jugar: José María Minella. Entre los delanteros, el Torito Naón sobresalía entre un grupo de jugadores con hambre de gol.

Lo concreto es que cuando faltaban nueve fechas para el final del campeonato, Gimnasia se mantenía en la punta con dos unidades de ventaja sobre Boca y tres por encima de San Lorenzo. El domingo 10 de septiembre estaba programado, para la 26ª

fecha, el choque entre Boca y Gimnasia. Sin embargo, el partido se suspendió dos veces por las continuas lluvias y tormentas. El Consejo Directivo de la Liga Argentina resolvió que no se disputara en un día laborable y se fijó para el domingo 24 de septiembre, suspendiéndose el resto de la fecha.

Los rumores no dejaban de circular y las suspicacias estaban a la orden del día. ¿Se paraba el campeonato por un solo partido?

¿Qué podía pasar en la cancha de Boca? En su edición del viernes 22, el diario platense *El Día* se adelantaba a los hechos: «*las extrañas sugerencias a que el cotejo se ha prestado, desde la amenaza al jugador adversario hasta las espectaculares precauciones para evitar la compra del referee y otros episodios, son motivos suficientes para mantener latente la expectativa de la afición, que se volcará al field de Brandsen y Del Crucero dispuesta a presenciar la formidable contienda*». Agrega el matutino que «*los dirigentes de Boca han anunciado que su team bajará a la lisa integrado por todos los titulares, pues tanto Piaggio como Arico Suárez, cuyas presencias eran imposibles hace quince días, por encontrarse enfermos, hoy están restablecidos. En Gimnasia sucede lo contrario y se puede decir que las postergaciones han sido funestas para el equipo. El hándicap que conceden los mens-sana es muy grande*».

Con arbitraje del juez De Dominicis, Gimnasia se fue al vestuario cuando terminó el primer tiempo ganando 2-1, con tantos de Morgada y Etchevarrieta, convirtiendo Delfín Benítez Cáceres el boquense. En la segunda etapa, con un penal convertido por Francisco Varallo y un disparo de Nardini, Boca dio vuelta la historia y ganó por 3-2. Hasta aquí, el resultado puro.

¿Boca lo dio vuelta en buena ley? ¿El árbitro influyó en el resultado? Al día siguiente, los matutinos hicieron pedazos al juez De Dominicis. Tituló *La Nación*: «*Pudo ser una gran jornada pero el juez se obstinó en deslucirla*». A continuación: «*Cuarenta mil personas quisieron asistir a una fiesta y un solo hombre burló ese deseo*». El diario *El Mundo* fue aun más contundente: «*La parcialidad del referee malogró la lucida actuación inicial de los visitantes*».

En el comentario del partido publicado por *El Día* se señala que «*a nuestro juicio, la actuación de De Dominicis fue deliberadamente favorable a Boca Juniors. Le vimos cobrar off-sides imaginarios a Etchevarrieta y pasar por alto infracciones visibles de los jugadores locales. Permitted que éstos usaran recursos prohibidos y en una ocasión no cobró un evidente penal a Etchevarrieta. Le cobró un penal inexistente a Boca y convalidó un gol en off-side. Inclusive, amenazó a Etchevarrieta con concederles otro penal en contra*».

El primer despojo estaba consumado. Fue Hugo Marini, un periodista popular consagrado en la época, baluarte del diario *Crítica*, quien comentó en su columna habitual que «*los dirigentes de la Liga conocen mejor que nadie hasta dónde puede*

dar cualquier referee de los que están en actividad. Sin embargo, hicieron la lista como quien no tiene responsabilidad de sus actos. Lo que es peor, eligieron para el match, posiblemente, a uno que era el que menos condiciones tenía para cumplir con una tarea tan seria y tan difícil. Cobró infracciones que en la mayoría de los casos sólo existieron en su cabeza alucinada y exenta de toda noción de la tarea que estaba cumpliendo».

Las protestas de los directivos de Gimnasia tomaron estado público. El presidente Feliciano Diez señaló: *«Nos han robado el partido. Yo lo temía y mis presunciones se han confirmado. Francamente, uno queda descorazonado con injusticias tan evidentes».* Roberto Campodónico, presidente de la comisión de fútbol del club platense dijo que *«el afán del referee en favorecer a Boca significa que el hombre estaba entregado de antemano. Jugamos vencidos antes de entrar a la cancha».* Cuatro días después del escándalo, la Liga suspende provisoriamente al árbitro De Dominicis hasta revisar lo actuado con detenimiento. El juez nunca más volvería a dirigir.

En el diario *Crítica* del 29 de septiembre, le hacen un breve reportaje al jugador de Ferro Nicolás Infante, próximo rival de Boca; el diálogo con el periodista es imperdible:

—¿Será entonces un gran match?

—*Espléndido, si es que no sobrevienen inconvenientes.*

—¿...?

—*Mucho me temo que un mal referee arruine la jornada brillante que esperamos cumplir con Boca Juniors.*

—¿Por qué?

—*No creo en lo que llaman «toqueteo» de árbitros, pero es indudable que los clubes grandes influyen de hecho sobre los referees haciéndoles producir pésimos desempeños.*

Francisco Varallo, autor del segundo gol de Boca y campeón con Gimnasia en 1929, recordó varios años después en su biografía, escrita por Ricardo Katz, que *«mirándolo desde afuera, El Expreso era un gran equipo y sin fanatismo debería haber salido campeón. A veces uno no quiere hablar, porque sabe lo que es jugar en un club grande y éstos se terminan comiendo al chico».* No conforme con semejante aseveración, el popular «Cañoncito» que siempre vivió en La Plata, agregó que *«a Gimnasia lo terminaron por perjudicar cuando su camino al título parecía no tener freno».*

Pero la historia no terminó con el triunfo viciado de nulidad de Boca y las protestas inútiles de Gimnasia. En la fecha siguiente, los ahora dos líderes ratificaron

su poderío: Boca aplastó a Ferro en Caballito por 4-0 y Gimnasia le ganó 2-1 a Independiente en el Bosque. El 8 de octubre en la 28ª fecha, El Expreso debía visitar a otro rival importante, San Lorenzo, que lo había acosado durante todo el torneo. La cita fue en el viejo Gasómetro, con el arbitraje de Alberto Rojo Miró.

Los antecedentes de lo ocurrido habían afectado el ánimo de jugadores e hinchas de Gimnasia, al punto que Ángel Miguens le decía al diario *Crítica*, a dos días del partido contra San Lorenzo, que *«ganando a los de Boedo, habrá que convenir que nuestro cuadro se colocará a un paso bien corto de la final y que sólo mediante colaboradores extraños se le podrá desplazar...»*.

Ante una multitud estimada en 50 mil personas, San Lorenzo y Gimnasia empataban en un gol al término del primer tiempo. Ni bien se reanudó el juego, el brasileño Petronilo señaló el segundo tanto azulgrana y a continuación, en un ataque visitante, el zaguero de San Lorenzo Fossa frenó con una violentísima infracción al delantero Etchevarrieta, dentro del área. Insólitamente, el árbitro Rojo Miró cobró la infracción pero afuera del área, lo que originó las protestas de los visitantes.

Con el ambiente caldeado y la sospecha cada vez más fuerte de otro hecho de corrupción arbitral en un partido donde Gimnasia se jugaba el liderazgo, se produjo una situación con escasos antecedentes hasta ese momento. Vale la pena transcribir lo que contó *El Día*: *«Se llevaban jugados 27 minutos del segundo tiempo, cuando Arrieta tomó un córner cedido por Montañez. Recibió Diego García —goleador de San Lorenzo— y con un golpe de cabeza la mandó sobre el arco de Gimnasia. Intervino el arquero Herrera, pero de inmediato Rojo Miró hizo sonar el silbato anunciando gol. Desde el palco de periodistas se tuvo la sensación de que, si bien Herrera se colocó detrás de la línea reglamentaria, sus manos impidieron claramente que la pelota traspusiera la misma. El juez indicó el centro del campo y los jugadores platenses trataban de demostrarle el error, pero sin conseguirlo»*.

Hartos ya de estar hartos de tanta injusticia, los jugadores de Gimnasia tomaron la histórica actitud de sentarse en el campo de juego. Solamente sacaban después de cada gol en mitad de cancha y volvían a sentarse. Así, la cuenta llegó a 7-1 y, sin esperar el final del tiempo reglamentario, un atribulado Rojo Miró dio por finalizado el partido.

Explica Pablo Ramírez en su *Historia del profesionalismo* que *«los jugadores de ambos bandos se saludaron cordialmente en el centro del campo, mientras Rojo Miró se retiró rápidamente de la cancha. Los futbolistas de Gimnasia fueron despedidos con más aplausos que silbidos, actitud natural ante futbolistas que habiendo sido notoriamente perjudicados, habían apelado a una protesta tan original como pasiva, hecho que terminó por cubrir al cuadro de una aureola de gloria casi tan grande como si hubiera ganado el campeonato»*.

El periodismo tomó partido ante la actitud de los jugadores y condenó

severamente al juez Rojo Miró, aunque también hubo voces que atacaron la reacción de los futbolistas. El matutino *El Mundo* señalaba que «*el único culpable de este raro final fue el referee. Esto es lo único poco original que se ofreció a los espectadores que ya están acostumbrados a presenciar los desaciertos mayúsculos de la mayoría de los jueces de la Liga*». En cambio, el reconocido Hugo Marini, en su columna de *Crítica* del 9 de octubre, repudió la actitud de los jugadores al escribir que «*la actitud de Gimnasia y Esgrima ha venido a destruir un poco su fama de caballerosidad que consiguió en el último año de actuación, porque en los años anteriores, también tuvo sus cositas. Recuérdese la inaudita agresión al juez Macías en 1928, la gran paliza que le dieron a D'Espósito en 1931 y la "entrega" del referee Servando Gómez por propios dirigentes de la institución a la hinchada tripera al final de un partido, cuando además de pegarle una buena tunda, le sustrajeron varios objetos*».

Esperada por todos, se hizo escuchar la voz del capitán gimnasta, José María Minella, quien señaló al diario: «*Lamento muchísimo que se nos haya obligado a defraudar al público y a deslucir un triunfo que los muchachos de San Lorenzo pudieron lograr en forma legítima. Pero ya estamos cansados de que se cometan injusticias con nuestro equipo. Cuadros de menor poderío que San Lorenzo nos han vencido en buena ley y hemos tenido el gusto de felicitar a los vencedores. Sólo hemos querido dar una lección a los malos referees que tanto nos han perjudicado. ¡Nada se puede hacer con razones y buenas palabras!*», cerraba el popular mediocampista central.

Cuenta Francisco Varallo, campeón con Gimnasia en 1929 y máximo goleador de Boca en el profesionalismo, que tuvo la desgracia de viajar en el mismo tren que los jugadores triperos hasta La Plata, acompañando a un compañero que había sufrido un pelotazo en un ojo en el partido de Boca. Cuando llegó el tren a La Plata, Varallo fue reconocido de inmediato por los hinchas de Gimnasia que esperaban a sus jugadores y sucedió algo lamentable; «*Me pegaron como nunca me habían pegado. Me lastimaron toda la cara. Eran un montón... ¡No sabés qué manera de pegarme! Nunca me perdonaron que me haya ido a otro equipo*», dice el propio Varallo en su biografía, agregando que cuando llegó a su casa se encerró en su habitación y lloró desconsoladamente. Sencillamente, no podía creerlo.

Los poderosos no olvidan hacer pagar cuentas a quienes los ofendieron. Fue el caso de Ángel Miguens, defensor de Gimnasia, quien había alertado sobre un posible fraude en el partido. El jugador tuvo un ataque de nervios cuando Rojo Miró sancionó el increíble tercer gol de San Lorenzo y fue sacado de la cancha por la policía. El 7 de noviembre la Liga decidió suspenderlo por seis meses a causa de su «conducta violenta».

Disminuido futbolísticamente, pero sobre todo afectado anímicamente, Gimnasia afrontó como pudo las últimas seis jornadas del campeonato y ganó apenas tres

partidos, quedando en el cuarto puesto, a cuatro puntos del campeón San Lorenzo, que en la última jornada le birló el torneo a un Boca convencido de su nuevo título. Los jugadores azulgranas lograron ganarle por 1-0 a Chacarita en la vieja cancha de Villa Crespo —se mudarían recién en 1945 a San Martín— y aprovecharon la estruendosa caída boquense ante River por 3-1. Bernabé Ferreyra, el romperredes de los años treinta, anotó dos golazos y les quitó la ilusión a los boquenses.

Pero la historia no terminó allí. En esa última fecha, disputada el 19 de noviembre, el mismo día de los partidos y por la mañana, los dirigentes de San Lorenzo acusaron al árbitro Alberto Rojo Miró de haber sido sobornado por elementos vinculados a Boca. El juez, el mismo protagonista de la famosa sentada de los jugadores de Gimnasia en el Gasómetro, dirigía el trascendental choque contra Chacarita.

La Comisión de Referees dio como válida la denuncia y cambió al árbitro, contrariamente a todas las disposiciones reglamentarias. En un pase de magia, Rojo Miró pasó a dirigir Racing-Talleres, siendo Mendilaharsu el encargado de controlar Chacarita-San Lorenzo. Por esta situación, renunció a su puesto José García González, delegado de Chacarita en la Liga.

Así se cerró una temporada que dejó como saldo un enorme manto de sospecha sobre la definición del campeonato, donde a Gimnasia y Esgrima La Plata le clausuraron la ilusión del título con dos arbitrajes altamente sospechados. Aunque la digna actitud de sus jugadores quedará en la historia como una manera de exponer éticamente a tanto delincuente metido en el fútbol.

La iniciativa de los jugadores de Gimnasia tenía un antecedente. El 5 de abril de 1925, los futbolistas de Sportivo Almagro habían adoptado la misma actitud ante Racing, cansados de los errores del juez que convalidó un gol racinguista convertido con la mano y que selló el resultado final.

HACER MÁS JUSTA A LA JUSTICIA

El fútbol argentino no parecía encontrar solución a los continuos incidentes que se generaban por la creciente intemperancia de los jugadores ante los fallos arbitrales, las sospechas de corrupción y la pasión que invadía al público, que cada vez llenaba más los estadios.

Por primera vez se daba una situación que luego tendería a volverse habitual. Estaban cerrados los canales de expresión políticos, porque la dictadura de Urriburu había derribado a Hipólito Yrigoyen y los actos electorales se habían transformado en una simple parodia, pues el partido mayoritario, el radicalismo, había sido proscripto y era notoria la ausencia de entusiasmo entre los que conocían con qué bueyes araban.

Sin embargo, el golpe militar de turno —el primero en la precaria vida democrática argentina— no explica por sí solo tanta violencia dentro del fútbol. Las pasiones desatadas, esa enfermedad transformada en locura por una camiseta, en el querer ganar a cualquier costo, en no aceptar la derrota, estaba en los genes de nuestros hinchas y de nuestros jugadores.

Pablo Ramírez, en su colección *Fútbol, historia y estadísticas*, cuenta que en el amateurismo también ocurrió de todo. Por ejemplo: *«en el partido que disputaban Platense y Alvear el 5 de agosto de 1923, un fallo del árbitro Francisco Maffioli motivó la protesta de varios espectadores, que, a favor de la falta de policía, invadieron la cancha con intención de agredir al juez. Lejos de retroceder, Maffioli los enfrentó tras extraer un revólver de entre sus ropas, lo que provocó la huida de los hinchas. El juez no quiso seguir dirigiendo el partido, pero los dirigentes de ambos equipos lo convencieron y siguió sin inconvenientes»*.

Cuenta también Ramírez que *«en el partido que Estudiantes de La Plata le ganó a Liberal Argentino por 2-1, el 18 de julio de 1926, el jugador Maiorano, del equipo perdedor, le reclamó airadamente al árbitro Lorenzo Martínez por un fallo que consideró erróneo y muy posiblemente lo haya insultado. Ante el estupor del público y demás jugadores, el juez Martínez atacó a puñetazos a Maiorano hasta que algunos futbolistas lograron neutralizarlo y calmarlo»*.

Explica Claudio Keblaitis, en el segundo tomo de su monumental *Alma Roja*, que cuando el 13 de octubre de 1929 Independiente venció por 3-1 a Argentinos Juniors, *«los jugadores de Argentinos protestaron el tercer gol de Independiente alegando que la pelota no había ingresado en su totalidad, pero José Olegario Gatti, un delantero del perdedor agredió a trompadas al árbitro Eduardo Forte. Según testigos el referee sacó de su bolsillo una navaja sevillana para defenderse. La cosa no pasó de ahí gracias a la intervención de jugadores y dirigentes locales, pero los hombres de Argentinos se retiraron del field y los de Independiente se quedaron hasta que el tiempo reglamentario se cumplió»*. Todo esto, dentro de la romántica atmósfera del amateurismo.

Pero volvamos a 1933. Además de las situaciones que vivió Gimnasia, las agresiones a los jueces fueron permanentes y la violencia aumentó, al punto que varios encuentros debieron ser suspendidos. La mala conducta deportiva tuvo otro ejemplo en ese año, cuando el partido que jugaron Estudiantes y Huracán — curiosamente el mismo 9 de octubre en que los futbolistas de Gimnasia se sentaban en la cancha de San Lorenzo para protestar— fue interrumpido por el árbitro Enrique Escola, quien se fue a los vestuarios porque los futbolistas no aceptaban sus fallos.

Escola había expulsado a Moyano de Huracán, por una trompada al delantero estudiantil Lauri. El expulsado se negó a abandonar la cancha y en cambio sí lo hizo el juez, quien permaneció en su camarín durante cinco minutos, hasta que los

directivos de los dos equipos lo tranquilizaron. Escola pidió que Moyano se fuera del campo y la gente de Huracán, molesta con esa decisión, exigió la expulsión de Lauri. Después de una breve discusión se acordó que salieran los dos futbolistas de la cancha, según parece para calmar a todos. Tras esta situación extraña, Escola le anuló un gol a Huracán, luego de que el masajista local, de apellido Campagnet, se quejara ante el juez de línea aduciendo un fuera de juego de Cordero.

Unos días antes, fueron Carlos García (representante de Platense) y Jorge Pebe (delegado de Argentinos Juniors) quienes mocionaron en el Consejo Directivo de la Liga Argentina para que se analizara la creación de un Tribunal de Penas y reclamaron un urgente tratamiento de la propuesta.

Es que los episodios de cuestionamientos a los arbitrajes y de violencia entre jugadores parecían no tener fin. El 15 de octubre, los futbolistas de Excursionistas deciden abandonar la cancha a los 17 minutos del segundo tiempo, hartos de un arbitraje que juzgaban demasiado inclinado a favorecer a Banfield, en un partido de segunda división. Un fin de semana después, Argentinos Juniors y Racing Club se enfrentaron en la pequeña cancha que el club de La Paternal tenía en Avenida San Martín. Cuando se jugaban 31 minutos del primer tiempo se produjo un incidente entre varios jugadores. Se destacaron en la trifulca Pietracupa del local y el racinguista López Bravo, quienes se golpearon duramente, provocando la intervención de otros futbolistas. La policía intentó frenar la violencia y el comisario a cargo de la vigilancia decidió llevarse detenido a López Bravo, originando la reacción de los hinchas de Racing, que provocaron destrozos en el estadio.

Fue el mismo comisario quien decidió suspender el partido por «falta de garantías», pasando por encima de la autoridad del árbitro Garigliano. El partido continuó el 2 de noviembre con otro juez, Eduardo Forte, y finalizó empatado en un gol. Mientras tanto, López Bravo debió soportar su detención durante un par de días, hasta que una gestión del presidente racinguista Ernesto Malbec ante el mismísimo presidente de la Nación Agustín P. Justo le permitió quedar en libertad. La desmesura y las influencias políticas quedaban expuestas una vez más.

Durante el mismo mes de octubre de 1933, la cancha de River fue suspendida por un partido luego de los incidentes producidos contra Boca en el torneo de segunda división, en el cual participaban los clubes de primera con sus equipos de reserva. Días más tarde se repitió la misma situación en la cancha de Lanús; a esto siguió la agresión de los juveniles de la cuarta división de Independiente a un juez, y diez jugadores terminaron golpeados luego de un violento choque entre futbolistas de San Lorenzo y Talleres de Remedios de Escalada.

En su edición del 21 de noviembre, el diario *Crítica* pregunta en su nota editorial: «¿Quién manda en la cancha: la policía o los referees?». Finalmente, se aprueba la creación del Tribunal de Penas, compuesto por un presidente, seis vocales y tres

suplentes. Los miembros del Tribunal eran elegidos en la Asamblea de la Liga. Se aprueba, además, un proyecto para la formación de los árbitros, otorgándoles mayor responsabilidad y autoridad durante los partidos. Se busca que la investidura del juez genere respeto, algo que, como se sabe, no se puede conseguir solamente con buenas intenciones.

La tarea de los árbitros de fútbol seguirá siendo sospechada y abundarán los incidentes y los problemas, más allá de la aparición de nuevos jueces. Todo esto generará el convencimiento de que una limpieza total garantizaría cierto cambio de actitudes. Por ese motivo va creciendo la idea de traer árbitros del fútbol europeo. Y, al mismo tiempo, son varios los dirigentes que piensan en una reestructuración del torneo cuando recién finalizaba la tercera temporada profesional.

Los principales problemas que afrontaba la organización eran económicos. Resultaba lógico que en una época de represión para los trabajadores, los dueños del fútbol quisieran frenar la organización de los jugadores y reducir sus sueldos, al mismo tiempo que pretendían jerarquizar a los árbitros. A finales de 1933 ya eran varios los clubes profesionales que arrastraban abultadas deudas, y en eso hacían punta Lanús y Atlanta. Los futbolistas granates fueron a la huelga ante la ausencia de pago, y en el caso del club de Villa Crespo, existía también una importante mora en el pago a particulares que habían aportado dinero a la institución.

En octubre de 1933 se conoció el proyecto que había elaborado la dirigencia y que tuvo en Luis Salessi, presidente de Boca, a su portavoz. Se resolvió crear una categoría, la segunda división, donde jugarían los equipos amateurs y las reservas de los clubes profesionales. Haciéndose fuertes con los más débiles, son varios los que resuelven suspender a sus jugadores para no pagar sueldos en la parte final del año. Así, Lanús sanciona a cuatro futbolistas que reclamaban el pago de sueldos atrasados y Tigre hace lo mismo con Bartolucci, Brady y Benavídez, según parece, por difusas sospechas de soborno en un partido ante Racing. Argentinos Juniors les rescinde el contrato a los 25 jugadores de su plantel, pero no les otorga el pase y los obliga a seguir vinculados laboralmente al club, aunque no se les permitía jugar.

En estos episodios queda bien en claro la precariedad de las condiciones de trabajo y la impunidad de que gozaban los directivos para hacer y deshacer planteles, sin respetar en lo más mínimo el derecho de los jugadores. El profesionalismo era, sin ninguna duda, cartón pintado. Liderados por Racing, los clubes más importantes planean una nueva división sobre bases económicas entre clubes «ricos» y «pobres» que finalmente no se concreta. La separación queda trunca ante la resistencia de los clubes más pequeños, encabezados por Chacarita, Atlanta y Lanús.

El 18 de diciembre de 1933 se realiza una reunión en Ferro y allí no son invitados los clubes que eran llamados «chicos» en aquel momento: Argentinos, Tigre, Quilmes, Atlanta y Talleres de Remedios de Escalada. Surge por primera vez la idea

de fusionar a algunas entidades, aunque más no fuera deportivamente, y aparece también la propuesta de Antonio Liberti, presidente de River, de establecer un sistema de ascensos y descensos con la intención final de dejar sólo doce equipos en primera división.

Antes de Nochebuena, los dirigentes resuelven fijar en quince la cantidad de equipos de primera división, congelar el sistema de ascensos y descensos durante tres años, suprimir las primas de los futbolistas y limitar la cantidad de profesionales a dieciocho por equipo.

Finalmente, el 20 de enero de 1934, la comisión especial designada por los presidentes de los clubes de la Liga Argentina aprueba la eliminación de Quilmes y de Tigre de la primera división (por ser los que menos recaudaban) descendiendo a segunda. Además, se dispone la fusión obligatoria de Lanús con Talleres y de Argentinos Juniors con Atlanta. De esa forma, se reducen los equipos de los supuestos quince a catorce. Los directivos de Quilmes se habían negado a fusionarse con Sportivo Barracas, que, interesado en ingresar al profesionalismo, les había ofrecido hacerse cargo de sus deudas pero, claro, a cambio de que jugaran con el nombre barraqueño y en su cancha de la Capital Federal.

El nuevo formato del torneo no produjo resultados positivos. Todo lo contrario: a pesar de la dura lucha entre Boca e Independiente y la participación con chances de campeón de San Lorenzo y River, la venta de entradas bajó notoriamente: se pasó de las 8.210 entradas vendidas por partido en 1933 a apenas 7.759 para la temporada que concluyó en 39 fechas y un torneo de tres ruedas.

La creación del Tribunal de Penas sirvió para tranquilizar los ánimos; en las primeras diez jornadas no ocurrió nada digno de mención, aunque en la undécima fecha volvieron los problemas. El jugador Manuel Dañil, de Estudiantes de La Plata, se negó a dejar la cancha luego de que fuera expulsado por el árbitro Solari. El capitán pincha Miguel Ángel Lauri no tuvo mejor idea que arengar a sus compañeros para que abandonaran el campo de juego, disconforme con la actuación del juez, a pesar de que Estudiantes le ganaba el clásico a Gimnasia como visitante por 1-0. La ocurrencia de Lauri tuvo un alto costo: le dieron por perdido el partido a su equipo.

Ese mismo domingo 10 de junio tampoco terminó el partido que Chacarita le iba ganando como visitante a Racing por 2-1, porque un par de hinchas académicos ingresaron al terreno y agredieron al juez Celestino Destailats. El partido se suspendió a los 38 minutos del segundo tiempo y, en este caso, el flamante Tribunal de Penas lo dio por terminado con el resultado que tenía, porque los incidentes fueron provocados por los hinchas racinguistas.

El desempeño de las fusiones obligadas fue menos que discreto. La mezcla de Talleres con Lanús tuvo algunos buenos desempeños y cosechó 27 puntos con 8 victorias, 11 empates y 20 derrotas, mientras que la Unión Atlanta-Argentinos Juniors

jugó un campeonato impresentable, con 2 triunfos, 5 empates y 32 caídas. En realidad, la «Unión» como tal se mantuvo hasta la fecha número 25, cuando la Liga Argentina resolvió intervenir al club Atlanta por irregularidades manifiestas. El resto del torneo lo jugó Argentinos Juniors, aunque con el agregado de los futbolistas bohemios.

La historia de Atlanta fue contada por el periodista Alejandro Domínguez y en ella se menciona que aquella unión no funcionó jamás, pues *«la hinchada unionista soñaba con la constitución de un equipo competitivo, porque los valores estaban, y todos sabían quiénes eran. Dentro del estadio, las parcialidades de Atlanta y Argentinos no se mezclaban. Es más, cuando algún jugador de los de La Paternal tenía el balón su gente alentaba y cuando la pelota la dominaba algún futbolista bohemio, se callaban y comenzaban a alentar los de Villa Crespo, que concurrían a la cancha en mayor número. La labor del equipo fue muy criticada, a veces con violencia»*.

El 3 de noviembre de 1934 se funda la Asociación del Football Argentino con la unión de la exitosa Liga Argentina y la perimida Asociación Argentina de Football. La AFA nace allí y existe hasta hoy. Explican Ariel Scher y Héctor Palomino en su libro de investigación sobre la entidad que, *«al ser creada, la AFA incorporó mayoritariamente elementos de la Liga Argentina. La preeminencia del proyecto profesional sobre el proyecto amateur quedó reflejada en la estructura deportiva y legal de la entidad. Según esa lógica hereditaria, la primera presidencia de la AFA recayó en el último presidente de la Liga: Tiburcio Padilla, que desempeñó el cargo hasta que la Asamblea de 1935 eligió un sucesor (...) Las características personales de Padilla son representativas del perfil de los dirigentes de la época. Se trataba de un médico prestigioso que era en ese entonces diputado nacional y sería ministro de Salud Pública con Arturo Illia como Jefe de Estado. Provenía de una familia tradicional que facilitó su introducción en el mundo político, en círculos empresariales y en ámbitos de reunión de la clase alta. Padilla fue presidente de Chacarita Juniors y su estrecha relación con el fútbol le permitió afianzar sus nexos con el poder en un tiempo en el que los espacios tradicionales para la política estaban reducidos sensiblemente»*, agregan Scher y Palomino.

En 1935 y por un acuerdo entre los clubes más poderosos, la Asamblea designó a Ernesto Malbec, presidente del Racing Club, como nuevo titular de la AFA. Malbec fue reemplazado por un dirigente de River, Ángel Molinari, bajo cuyo mandato se autorizaron las negociaciones entre el Estado nacional y la AFA que terminaron en los préstamos que permitieron la construcción del estadio Monumental en 1938 y de la Bombonera en 1940.

Fue Eduardo Sánchez Terrero, dirigente de Boca, quien tuvo un papel protagónico en la edificación del estadio boquense, ya que asumió la presidencia de AFA en 1937

y no dejó de maniobrar hasta lograr su objetivo. Fue bajo su presidencia cuando se llegó al «voto proporcional», lo que marcó definitivamente el predominio de los clubes grandes sobre los chicos.

Sánchez Terrero asumió la presidencia de Boca cuando el presidente de los argentinos era Agustín P. Justo, un reconocido hincha boquense. Según cuenta Ariel Scher en su libro *La patria deportista*, la vinculación de Justo con Boca tenía amplios antecedentes: *«pocos días después del golpe de Estado que acabó con el gobierno de Hipólito Yrigoyen, las autoridades de Boca invitaron a Justo para que diera el puntapié inicial en un partido contra San Lorenzo. Para entonces ya era el “hincha 798” del equipo, de acuerdo a lo publicado por la revista Caras y Caretas. A partir de allí, conservó una relación estrecha con la entidad».*

Sigue explicando Scher que *«en 1931, Justo obsequió medallas de oro a los integrantes del plantel que ganaron el torneo amateur de 1930. En 1934, el Regimiento 1º de Infantería juró a la bandera en el estadio de Boca y el club aprovechó para otorgar al general Justo una medalla como miembro honorario de la Subcomisión de Hacienda. Al año siguiente, la Comisión Directiva envió un telegrama a Justo para felicitarlo por la realización de la conferencia de paz tras la cual finalizó la Guerra del Chaco, entre Paraguay y Bolivia. El texto celebraba la iniciativa de nuestro distinguido consocio —según señalaba—. En 1938, Justo colocó la piedra fundamental del nuevo estadio de la institución. El 18 de febrero, con el presidente de la Nación como actor preponderante, Boca empezó la construcción de su estadio».*

Hay más ejemplos y más documentos que certifican el apoyo político que tuvo Boca y que tuvieron otros clubes poderosos en los primeros años del profesionalismo. Allí se marcaron las diferencias de infraestructura que después resultaron fundamentales para establecer distancias, que no solamente se implementaron por el voto calificado y por el apoyo de una mayor o menor cantidad de hinchas.

CAPÍTULO TRES

LOS ÁRBITROS EN LA MIRA

La creación del Tribunal de Penas había servido para calmar algo los desmanes y protestas. Pero cuando el árbitro de turno sancionaba un tiro penal, los tumultos alcanzaban su clímax. Cobrar la pena máxima implicaba someterse a recibir todo tipo de insultos y hasta a ser agredido por los propios futbolistas. En el campeonato de 1935, se sancionaron apenas 45 penales para 306 partidos, lo que da un promedio ínfimo de 1,3 penal por fecha, compuesta cada una de nueve encuentros.

Estaba claro que había mucho temor y que los defensores de todos los equipos se dieron cuenta de que podían abusar impunemente del juego brusco porque no existían las sanciones importantes, sobre todo cuando las faltas se daban dentro del área. Como decía un viejo periodista, *«si entraba el wing izquierdo de Ferro al área de Vélez y un defensor lo bajaba de un balazo, el árbitro iba a decir que no cobró penal porque no había visto la trayectoria de la bala...»*.

Lo concreto es que gran parte del periodismo se hizo eco de esta situación. En el diario *El Mundo*, un texto publicado el 8 de mayo de 1936 advertía: *«se aprecia una falta absoluta de carácter en la mayoría de los árbitros que actúan en las filas de la Asociación del Fútbol Argentino. No ignoran nada de lo que ocurre a su alrededor. Advierten gestos y oyen insultos. A pesar de que los ojos de millares de espectadores están controlando severamente sus procedimientos, no se les ve intervenir con la decisión y la energía que reclaman las circunstancias. Esa tolerancia ha traído como lógica consecuencia una terminante falta de respeto de parte de los jugadores, quienes luego, al comprobar que sus incorrecciones no han merecido una sanción ejemplar, comentan risueñamente en los vestuarios la debilidad de espíritu del juez, que no se atrevió a expulsarlos. Culpables no son, por consiguiente, los futbolistas, sino los mismos referees, que no saben imponer ni defender su autoridad»*.

Estaba claro que los árbitros medían las faltas con distintas varas. Cuando las infracciones eran fuera del área, más o menos había paridad de criterios, una coincidencia que desaparecía cuando ocurrían dentro de la zona peligrosa. Un penal no era algo que se sancionara todos los días. Se inició una campaña pública para pedir rigor y eficiencia y en la propia AFA comenzaron las reuniones para exigirles firmeza a los árbitros. El 22 de mayo de 1936, el presidente Ángel Molinari se reunió

con los dieciocho capitanes de los equipos de primera para ordenarles que colaborasen para evitar incidentes y actos de violencia.

Dos días más tarde y en medio de las protestas por la blandura de los jueces, se jugó la octava fecha del campeonato, en la que se produjo un hecho inédito. En el partido en el que Platense le ganó por 3-2 a Ferro Carril Oeste, el árbitro Eduardo Forte —el mismo que en 1929 había sacado una navaja sevillana para defenderse de las agresiones de un futbolista en pleno partido— cobró tres penales, dos para Platense y uno para la visita. Récord en el profesionalismo y, al mismo tiempo, un alarde de oportunismo.

Sobre el hecho, el periodista Hugo Marini señaló en el diario *Crítica* del martes 26 de mayo que *«resulta interesante el procedimiento de este árbitro, en perfecto acuerdo con las exigencias del Tribunal, pues seguramente producirá resultados aun más favorables que todas las recomendaciones que puedan hacerse a los capitanes y componentes de los equipos. Lo importante sería que todos los referees usaran el mismo criterio, que produciría, como es lógico, en los primeros tiempos, casos como el de Platense y Ferro, pero que luego, y a medida que los jugadores fueran comprendiendo la necesidad de poner coto a sus violencias, tornaría normal la existencia de penas máximas en los partidos»*.

Los incidentes perseguían a Eduardo Forte, el árbitro de la sevillana, el de los penales récord. El 14 de junio de 1936 dirigió el partido que San Lorenzo le ganaba a Talleres por 2-1, en Remedios de Escalada. El encuentro terminó milagrosamente, luego de una batahola descomunal. Nuevamente, un error del juez provocó la intemperancia y desató la violencia contenida de espectadores y deportistas. Con el partido igualado en un tanto, contó el diario *La Nación* que *«Naón puso en juego a Arrieta, quien de inmediato esquivó a Gazzaneo; próximo a la línea del comer, el winger hizo un centro corto. Alarcón envió hacia la valla de Talleres un tiro fuerte, que José M. González logró detener, mas no pudo impedir que la pelota picase contra el suelo. Wilson, que se hallaba dentro del arco, rechazó prestamente. El juez señaló el centro de la cancha: sancionaba el tanto. Los jugadores de Talleres iniciaron una airada protesta, lo que dio origen a las incidencias»*.

Según parece, nadie pudo confirmar que la pelota hubiese transpuesto la línea, ni siquiera los jugadores de San Lorenzo. El partido se suspendió durante diez minutos y se reanudó, hasta que —continuó *La Nación*— ocurrió que *«cuando el árbitro Forte dio las pitadas anunciando la terminación de la lucha, arreció la gritería en la tribuna oficial. Wilson y el arquero González se colocaron a los lados del referee para acompañarlo a salir del campo. No obstante la presencia de los futbolistas, le fueron arrojadas numerosas piedras al juez, sin que, afortunadamente, dieran en el blanco. Varios centenares de espectadores se acercaron a los vestuarios con intenciones agresivas. La intensa pedrea alcanzó a cuatro agentes de policía, que*

resultaron lesionados. El referee fue acompañado por la policía hasta la estación del ferrocarril para ponerlo a cubierto de la violencia».

Para el diario *Crítica*, Forte había dirigido bien: *«Arbitró con toda fortuna. No puede darse crédito a la suspicacia de muchos, por ello, sobre la honestidad de la sanción»*. Tres días más tarde, la AFA condenó los incidentes y el delegado de San Lorenzo, Enrique Pinto, confirmó que directivos y jugadores azulgranas habían sido agredidos en el estadio de Talleres.

El 23 de junio de 1936, el flamante Tribunal de Penas de la AFA suspendió por un mes al club Talleres, siendo la primera vez que se aplicaba una sanción de tal magnitud. Como consecuencia de ella, el cuadro albirrojo no se pudo presentar a jugar sus encuentros y perdió los puntos contra Platense, Atlanta, Quilmes e Independiente. Mientras Talleres cumplió su sanción, el Tribunal de Penas resolvió prohibir a todos los futbolistas profesionales hablar mal de los desempeños arbitrales. La resolución, según se dijo, *«se determina para evitar que surja cualquier tipo de falta de respeto por parte de los jugadores y para impedir que se irradie desconfianza en los réferis»*.

En una maniobra inesperada y poco clara, Boca Juniors compró a tres futbolistas de Talleres, justamente mientras cumplían la suspensión de treinta días. El zaguero Wilson, el eje medio —lo que hoy conocemos como mediocampista central— Angeletti y el mediocampista ofensivo Alfredo González pasaron al club xeneize, desmantelando al cuadro albirrojo en su peor momento. Claro, no había descensos...

El club de Remedios de Escalada volvió a jugar el 26 de julio y cayó como local ante Estudiantes por 3-1, con un comportamiento intachable de sus hinchas. Se suponía que la sanción era ejemplificadora y que sería idéntica ante casos similares. Grueso error.

Cuando faltaban cuatro jornadas para el final de la Copa de Honor que ganó San Lorenzo, el 5 de julio se midieron Independiente y Racing, en la cancha del primero. A los 17 minutos del segundo tiempo, el juez Macías cobró un penal para los rojos, lo que provocó la iracunda reacción de los hinchas de Racing, que arrojaron al campo todo tipo de proyectiles. El encuentro no pudo continuar. Unos días más tarde, el 14 de julio, el Tribunal de Penas resolvió suspender por tres partidos el estadio de Racing y darle el partido por perdido a la Academia, pero no proceder a su desafiliación, como correspondía en un caso aun más grave que el ocurrido en el estadio de Talleres, donde el partido había podido finalizar, algo que no había sucedido en Avellaneda. Como se ve, en una época de conflictos permanentes, el Tribunal de Penas de la AFA demostró rápidamente y desde su misma fundación no estar a la altura de la ética y justicia que ingenuamente muchos le exigían.

Ese torneo de 1936 tuvo una estructura diferente: se jugó primero la Copa de Honor y después la Copa Campeonato, en realidad primera y segunda rueda, pero con

tablas diferenciadas, lo que hizo que River y San Lorenzo debieran disputar una final para consagrar al campeón del año. El cuadro de Boedo fue el que sumó más puntos en la temporada, pero quedó subcampeón, ya que River lo venció en la final por 4-2. A comienzos de los años sesenta, el defensor Oscar Tarrío contó que algunos directivos de San Lorenzo encabezados por Juan Carlos Scala le sugirieron al plantel que no ganara el segundo torneo para poder disputar así un desempate contra River a cancha llena. Tarrío aseguró que Scala —quien sería presidente del club al año siguiente— le comentó la necesidad que tenía el club de cobrar los 20 mil pesos que les aseguraba esa final. Así ocurrió: hubo un partido para definir al campeón de 1936.

Cuenta Pablo Ramírez en el número 32 de la publicación quincenal *Fútbol, historia y estadísticas* que *«habían pasado cerca de 40 años de aquellos episodios, cuando el autor de esta nota visitó en su casa a Rubén Cavadin, puntero derecho de San Lorenzo en aquella final. Y con una enorme indignación, como si se tratara de un hecho reciente, acusó a un jugador de su equipo de haber favorecido a River con su desempeño, asegurando que después de ese partido tenía un coche que antes no poseía»*.

Quizá una de las síntesis más claras de lo ocurrido en los años treinta la dio Francisco Varallo, el goleador histórico de Boca, que en una charla con el autor de este libro a mediados de 2007 en su domicilio de La Plata y con sus lúcidos 97 años dijo: *«aunque a Cherro (compañero suyo en Boca) yo le había prometido que nunca lo iba a decir, me parece que pasó mucho tiempo. La verdad es que ¡cómo nos ayudaban a nosotros y a River! ¡Era una vergüenza! A mí me daba lástima por los muchachos de los otros equipos»*.

EL DESCENSO LLEGÓ PARA QUEDARSE

Los dirigentes habían congelado el sistema de ascensos y descensos en 1934. Pero aunque no se habían inventado aún ni el *freezer* ni el microondas, llegó el momento de sacarlos de ese estado y traerlos a la vida. El 15 de febrero de 1937, los presidentes de los cinco clubes grandes (River, Boca, Independiente, San Lorenzo y Racing) hicieron público su interés en reformular el campeonato y desde aquella temporada se instauraron dos descensos por año hasta reducir a catorce el número de equipos en primera división.

Al mismo tiempo se garantizó un ascenso a la Primera A en una segunda categoría donde se enfrentarían entre sí todos los participantes. Pero el resto de los clubes de primera, trece en total, no aceptaron la propuesta y los enfrentamientos verbales fueron subiendo de tono. Después de muchas discusiones, el 16 de marzo se dejó sin efecto la reducción de clubes «por decreto» en la máxima divisional, por lo que Quilmes, Argentinos Juniors, Tigre y Lanús siguieron en primera.

El periodismo quería ascensos y descensos y Hugo Marini, el famoso editorialista de *Crítica*, planteaba un día después que «*los parásitos tendrán que desaparecer, porque implantado el sistema de ascensos y descensos, sólo vivirán los que sepan trabajar para producirse su subsistencia. Si la medida del descenso inmediato no podía objetarse como solución radical de la corrupción existente, esta otra del mantenimiento de todos debe considerarse más grata, porque llevando el mismo fin aunque con menos celeridad, aleja el procedimiento de la fuerza y permite a cada club ejecutar su defensa con las armas como su capacidad pueda arbitrarse. Todo está en que estos clubes, a los cuales se daba por descendidos, sepan aprovechar la oportunidad que se les brinda y, con el susto llevado, aprendan la lección que han recibido...».*

Finalmente, el 22 de marzo de 1937 se aprobó la nueva reglamentación de dos descensos y un ascenso, exigiendo la AFA que el club que lograra llegar desde la segunda división a primera debería tener instalaciones con capacidad para 20 mil personas y presentar un balance que demostrara la posesión de un capital social que no estuviera comprometido en más del 30 por ciento. Todos estos requisitos hicieron prácticamente imposible que un club de segunda división pudiera acceder a la primera categoría.

DÉCADA INFAME, VOTO CALIFICADO

El mismo año en que se inició el sistema de ascensos y descensos, la Asociación del Fútbol Argentino adoptó el voto calificado para las reuniones de su Consejo Directivo. El 5 de agosto de 1937, los dirigentes resolvieron establecer el voto proporcional tomando en cuenta varios requisitos.

Claro que en plena época de proscripciones, cuando buena parte del radicalismo yrigoyenista no podía participar de las elecciones, cuando se reprimía a cualquier disidencia por izquierda y el sistema electoral era simplemente una farsa, no podía sonar extraña una disposición que ayudara aun más a los clubes poderosos en detrimento de los más débiles.

Para definir quiénes serían los favorecidos por el voto proporcional el criterio elegido fue la cantidad de socios (no menos de quince mil), el período de actividad ininterrumpida (más de veinte) y los títulos ganados (dos o más). Aquellos clubes que cumplieran con estos requisitos pasaban a adquirir un valor de tres votos en cada decisión.

Se les otorgaban dos votos a clubes con más de diez mil socios, que hubieran sido campeones de primera y con antigüedad no menor a veinte años. Los que no estuvieran comprendidos en las dos posibilidades anteriores mantenían el voto único que ya poseían.

El objetivo buscado era despegar del resto a los cinco clubes más poderosos. Con tamaños requisitos se consiguió el objetivo y quedaron habilitados para sumar tres votos por cada decisión solamente cinco instituciones: River, Boca, San Lorenzo, Racing e Independiente. Con quince votos, superaban a los trece clubes restantes que tenían un voto cada uno, ya que ninguno cumplía ni siquiera las exigencias para llegar a dos votos.

Luego de la gestión del dirigente boquense Sánchez Terrero le llegó el turno a Adrián C. Escobar —quien no representaba a ninguno de los clubes de la institución—, que no tuvo problemas en vencer la oposición del directivo de Independiente, Miguel Martincorena. Es que el hombre de los rojos era el designado, ya que antes habían presidido la AFA los representantes de Racing, River y Boca, pero el peso de Escobar dentro del gobierno nacional y sus vinculaciones políticas le permitieron quedarse con el puesto. Escobar dejó el cargo para seguir relacionado con el servicio diplomático en una época muy difícil, en medio de la Segunda Guerra Mundial.

Esta distribución del poder benefició claramente a los cinco grandes, quienes monopolizaron todos los torneos entre 1931 y 1967. Recién se pudo cambiar en los papeles durante 1949, cuando bajo la conducción de Oscar Nicolini el gobierno peronista estableció el concepto de «un club, un voto», algo que tenía mucho que ver con su concepción de la democracia y de la igualdad deportiva. Después de Nicolini llegó Valentín Suárez —en aquel entonces representante de Independiente—, un dirigente cuya influencia se sintió hasta los años sesenta.

EL INGLÉS QUE SE ADELANTÓ ONCE AÑOS

Fue el súbdito inglés John Parsons, presidente de Ferro Carril Oeste, quien presentó por primera vez un proyecto para traer árbitros extranjeros al intemperante fútbol argentino. Lo gestionó el 17 de octubre de 1933 y no tuvo eco entre los presidentes del resto de los clubes. En aquel momento, Parsons pedía que se contrataran quince (¡15!) jueces del Reino Unido.

La Asociación del Fútbol Argentino tenía tres años de existencia real cuando en octubre de 1937 su Consejo Directivo decidió oficializar el proyecto para crear una Escuela de Árbitros y establecer un escalafón que permitiría el ascenso de los jueces que mostraran mayor idoneidad en la dirección de los partidos de divisiones inferiores y de ascenso.

En ese marco, en medio del torneo de 1937 y con permanentes cuestionamientos a la tarea de los referís, la AFA hizo un globo de ensayo y contrató al juez inglés Isaac Caswell, que venía con una intachable carrera de trece años como árbitro en su país. Caswell llegó en el vapor «Asturias» y enseguida avisó que conocía el fútbol argentino y que sabía de su calidad y de la velocidad de su juego.

Llegó con una modificación reglamentaria, porque el 26 de octubre la International Board reformó el reglamento y creó la medialuna del área, además de aceptar la colocación de los banderines del lado externo de la línea de mitad de cancha.

El bueno de Caswell tardó unos días en aclimatarse y lo lanzaron a la cancha el domingo 31 de octubre, al jugarse la fecha número 27 del campeonato. El partido elegido fue el que jugaron Racing y Ferro Carril Oeste en la vieja cancha de River, ubicada en Alvear y Tagle, que muy pronto sería desmantelada. El resultado fue un empate en dos goles, con sendas conquistas del forzudo Evaristo Barrera para la Academia y del más sutil Alfredo Borgnia, para Ferro. Nadie quedó disconforme con el trabajo del árbitro inglés.

Según refleja *La Nación* del 1º de noviembre, «una de las razones que atrajo la numerosa concurrencia que acudió al estadio de River para presenciar el match fue, sin lugar a dudas, la noticia de que la fiscalización estaría a cargo del referee inglés recientemente contratado. Sólo en el segundo tiempo hubo unas protestas aisladas e injustas entre el público, a raíz de un offside clarísimo de Enrique García, pero en general sus fallos fueron aceptados con toda corrección por jugadores y aficionados».

Yendo más a fondo en la comparación con el referato local, *La Nación* afirma que «su actuación señala una excesiva diferencia con los referees locales para que puedan pasar inadvertidos algunos detalles que lo caracterizaron. La diferencia es decididamente favorable al árbitro inglés. En lugar del excesivo y fastidioso uso del pito que hacen algunos jueces locales, Caswell lo empleó poco, en el sentido literal, ya que dejó pasar infracciones que carecían de importancia porque usó el criterio señalado por los reglamentos, en forma expresa, cuando el jugador al que se hacía víctima del foul seguía con la pelota». El inglés aplicaba la famosa «ley de ventaja» en 1937. Otra que Pedro de Mendoza o Juan de Garay. Un adelantado...

Prosigue *La Nación* explicando que «este punto, violado sin excepción por todos los jueces de la Asociación del Fútbol Argentino sin razón alguna que lo justifique, fue respetado estrictamente por el señor Caswell». El 7 de noviembre, el juez arbitró Estudiantes-San Lorenzo en La Plata, con otro empate en dos goles y la sanción de su primer penal, en este caso favorable al equipo visitante y que convirtió Ricardo Alarcón.

Al día siguiente el matutino *El Día* publicó algunos puntos de vista de Caswell sobre el fútbol argentino con su primera experiencia de dos arbitrajes. Según el diario: «nos manifestó primeramente que quedó muy impresionado por el recibimiento que le hizo el público y que se le vio facilitada su misión por el comportamiento de los futbolistas. Añadió que ha observado que aquí los jugadores pierden mucho tiempo con motivo de las caídas por lesiones sin importancia e

intentan impresionar al árbitro».

Sin embargo, Caswell no era infalible. El domingo 14 de noviembre dirigió Vélez 3, Huracán 1 e ignoró una clara mano intencional del defensor velezano Maggiolo. El diario *Crítica* planteó que *«el árbitro, debido a su colocación, tal vez no presenció la infracción y no concedió la pena máxima a pesar de las exclamaciones del público»*. El juez continuó con su trabajo y en enero de 1940 resolvió no renovar su contrato con la Asociación del Fútbol Argentino ante la negativa dirigencial de mejorarle el sueldo. Caswell tampoco pudo concretar la idea de instalar una escuela de árbitros con el aval de la AFA, una promesa que se quedó en eso.

Comentando el alejamiento del referí inglés, el matutino *El Mundo* informó en su edición del 12 de enero de 1940 que *«regresa a su país el excelente árbitro, luego de haber actuado en canchas argentinas durante dos temporadas. Caswell dio cátedra en el arte de dirigir partidos. Justo y hábil conocedor de las leyes, las aplicaba sin contemplaciones. No aceptó la rebaja de 250 pesos que la AFA le quitaba a su sueldo de 750, que había gozado hasta la fecha. El fútbol argentino pierde, así, uno de los más calificados árbitros de la última década. Es en verdad una lástima, puesto que su presencia en los fields era siempre una garantía y la seguridad de que el partido había de finalizar normalmente»*.

Sin saberlo, el árbitro británico había plantado la semilla para la masiva llegada de jueces provenientes de las islas. Claro que para que eso sucediera, el arbitraje argentino debía seguir decayendo en calidad y ética, lo que produjo que se reclamara desde diferentes sectores la importación de referís. A todo ello, por supuesto, ayudó groseramente el permanente hostigamiento y agresividad de muchos futbolistas, entrenadores, dirigentes e hinchas. El «ambiente del fútbol», le llaman.

No siempre las peleas se producían entre jugadores o entre hinchas. No siempre la culpa la tenían los revoltosos. A veces, los problemas se generaban desde adentro hacia fuera. Pero desde bien adentro. Como lo ocurrido el 26 de marzo de 1939, cuando San Lorenzo le ganó 4-1 a Platense en el Gasómetro. Otra vez fue protagonista Eduardo Forte, un invitado especial de esta investigación. El delantero calamar Juan Prado recibió un golpe del defensor Terzolo dentro del área y el árbitro sancionó el correspondiente tiro penal. Sin embargo, el asistente que marcaba el sector, Alejandro Muscio, le hizo señas de que había existido una posición adelantada previa. Discutieron y Forte echó del partido al juez de línea.

El diario *Noticias Gráficas* señaló que *«Forte expulsó con buen criterio al juez de línea»*, mientras que *La Nación* opinaba que *«la resolución de Forte no es común en nuestras canchas. El juez de línea Muscio, tras agitar constantemente su bandera, como si más que llamar la atención al árbitro hubiera deseado ser llamativo él para el público, colmó, a juicio del superior jerárquico, la medida, al discutirle la existencia de un offside. Paso a paso... que a todo se llega y llegará el día en que un*

referee, descontento de su propia conducta, se expulsa a sí mismo».

Esos árbitros tuvieron que lidiar, a finales de los años treinta, con la época más goleadora que tuvo el fútbol argentino. Es que a la aparición de fenomenales delanteros se sumaba la vocación ofensiva de la mayoría de los equipos. El ejemplo más claro fue el torneo de 1937 que ganó River, donde ningún partido finalizó igualado sin goles, y el de 1938, en el que apenas cuatro partidos terminaron en cero (Tigre-Independiente, Talleres-Vélez, Boca-Gimnasia y Atlanta-Racing).

Independiente se consagró como el campeón más goleador en la historia de nuestro máximo deporte cuando convirtió 115 tantos en las 32 fechas del torneo de 1938, consagrando al paraguayo Arsenio Erico con 43 como «el artillero»; Erico le sacó diez goles de ventaja al cañonero Luis María Rongo (River) y once al habilidoso insider velezano Florencio Caffaratti. Lo insólito del caso es que Erico llegó a los 41 goles convertidos antes de que se iniciara el partido contra Lanús en la última fecha. En la jornada final, Independiente aplastó a los granates por 8-2 con dos goles de Erico, quien como señalan las crónicas de la época, prefirió varias veces ceder la pelota a un compañero en lugar de rematar al arco en posición clara de gol.

Ocurría que la empresa tabacalera Piccardo premiaba con un automóvil a aquel futbolista que llegara a la marca de 43 goles en una temporada, para publicitar así sus famosos cigarrillos 43. Erico lo consiguió a los 39 minutos del primer tiempo y después se dedicó a armar ataques rojos, pero sin patear al arco contrario. Había una razón muy poderosa, sobre ruedas. Erico es todavía hoy el máximo goleador del fútbol argentino con 293 conquistas, todas señaladas con la camiseta de Independiente: entre 1937 y 1939 hizo 130 goles, algo sencillamente inalcanzable.

Queda para los especialistas e investigadores tenaces del Centro de Investigación e Historia del Fútbol^[2] determinar fehacientemente si el formidable delantero paraguayo convirtió exactamente esos 293 goles asignados. La ausencia de números en las camisetas, los errores que cometían los árbitros al asentar los datos en las planillas, las fallas de los periodistas al no reconfirmar los datos, son temas que no están terminados y que merecen resolverse pronto. La historia brillante de Erico y de muchos otros goleadores como Labruna, Masantonio, Pelegrina, Sanfilippo merece ser certificada sin dar lugar a dudas. Seguramente muy pronto podrán terminarse todas las polémicas.

En su momento, Francisco Varallo, rival de Boca contra el rojo, señaló que *«Arsenio Erico fue un fenómeno como jugador, además de ser un señor como persona. Su mejor arma era cuando saltaba. Les ganaba a los arqueros y metía muchísimos goles de cabeza. No era como Bernabé Ferreyra de hacer goles espectaculares, pero siempre estaba ahí. Cualquier rebote, cualquier pelota que le quedaba, era gol. Le pegaba bien y de cabeza era un fenómeno. Todos recuerdan la anécdota de cuando estaba por ganar el premio de los cigarrillos 43: me confesó que*

una pelota la dejó pasar para que la metiera otro así no se perdía la plata».

En aquel campeonato de 1938, Almagro descendió al ocupar el penúltimo puesto con 63 goles a favor y 94 en contra. El cuadro que tenía la cancha en Parque Chas y que en esos años iniciaría un camino por otros estadios hasta afincarse en José Ingenieros, marcó más goles que casi todos los campeones de la década del sesenta, la más «defensiva» numéricamente hablando.

Eran años difíciles. La década infame en Argentina, las libertades cada vez más recortadas, las terribles historias que traían los fugitivos de la Guerra Civil española, Hitler en Alemania, Mussolini en Italia, el fantasma de la guerra cada vez más cercana. Sin embargo, a comienzos de 1939 todavía había un pequeño espacio para las ilusiones. Durante esos días, se dio a conocer el afiche oficial de los Juegos Olímpicos de Helsinki, a realizarse durante 1940 en la capital finlandesa. Obviamente, la competencia no se hizo porque unos meses antes la Alemania nazi invadió Polonia y comenzó la Segunda Guerra Mundial.

En esos mismos e inocentes días de marzo de 1939 surgió como proyecto la idea de que la siguiente Copa del Mundo fuera organizada por Argentina y Brasil en 1942. La propuesta argentina fue que los partidos de cuartos de final, semifinales y final se jugaran en Buenos Aires, Rosario, La Plata y Córdoba. El propio presidente de la AFA, Eduardo Sánchez Terrero, viajó a Europa para conseguir que Jules Rimet, presidente de la FIFA, visitara la Argentina en 1940. No pudo ser. Enseguida llegaron los cañonazos, los bombardeos, los campos de concentración, la muerte.

Desgraciadamente, los torneos internacionales se interrumpieron por un hecho terrible que no pudo evitarse. La Argentina futbolera lamentaría profundamente la situación y al mismo tiempo lo sentiría doblemente, porque en un momento particularmente exquisito de nuestro fútbol a nivel sudamericano y del campeonato local no existió la chance de competir con aquellos seleccionados que hacían historia mundial, como Italia, Hungría, Suiza o Austria en Europa.

CAPÍTULO CUATRO

SONRISAS Y CARCAJADAS

Hay una vieja frase popular que resume la suerte de los afortunados y de los que no lo son. Es una sentencia simple, pero que sirve para explicar lo que tuvieron que sufrir algunos clubes en diferentes momentos de su existencia y, paralelamente, lo que recibieron otras entidades casi sin proponérselo. Esa frase dice que «*mientras a algunos la vida les sonrío, a otros se les ríe a carcajadas*».

¿Quién podía pensar que, por renunciar a jugar un torneo, Estudiantil Porteño quedaría excluido para siempre del fútbol argentino? ¿Qué hincha de Banfield supondría que salvarse del descenso a tercera categoría sería la antesala de la aparición en primera división? Seguramente nadie.

Cuando finalizó el torneo de segunda división que ganó Argentino de Quilmes en 1938, Banfield ocupaba el último puesto. Una pésima campaña lo hizo llegar a ese vergonzoso lugar, con apenas 19 puntos cosechados en 30 fechas, tres por detrás de Estudiantes de Buenos Aires, que también retrocedió a la tercera división. Todavía no era «el taladro». El equipo se fue al descenso acumulando derrotas, adentro y afuera de la cancha. Según el libro oficial del club —escrito por el periodista Pedro Uzquiza—, eran apenas 232 los socios que pagaban y la idea del amateurismo nuevamente cobraba fuerza ante la debacle deportiva.

Por su parte, los directivos de Estudiantil Porteño —el cuadro de Ramos Mejía de larga campaña en el fútbol argentino— resolvieron desafiliarse luego de una participación de treinta y siete años. De inmediato los dirigentes banfileños encabezados por Florencio Sola, el popular Lencho que dio nombre al estadio actual, se movilizaron para pedir ocupar la plaza que dejaba vacante Estudiantil Porteño.

El 30 de marzo de 1939, el Consejo Directivo de la AFA aprobó la reincorporación de Estudiantes de Buenos Aires, que había finalizado penúltimo en el campeonato de segunda división. Enseguida hizo lo mismo con Banfield, conforme a los antecedentes de la entidad del sur, que había hecho buenas campañas en el amateurismo y contaba con «instalaciones de primer orden» como constó en la resolución. En resumen, pasó de un descenso directo a la tercera división y la casi desaparición deportiva a tener una nueva chance para buscar el ascenso a primera.

Buscando darle mayor interés y atractivo al principal torneo de ascenso, la AFA

resolvió que a los diecisiete equipos participantes (se sumaron Almagro y Talleres de Remedios de Escalada, descendidos de la A, y Los Andes, campeón de tercera) se agregaran las reservas de los equipos de primera división. Fue un campeonato extenuante donde ya se demostraba ese afán tan argentino de complicar las tablas de posiciones con experimentos ridículos: había dos. Una era la básica de todos contra todos, que realmente no servía para nada. La otra registraba únicamente los partidos entre los equipos de segunda división, y los seis primeros jugarían un hexagonal para definir el ascenso a primera.

El torneo terminó el 2 de diciembre y para luchar por el único premio real se clasificaron Banfield, All Boys, Barracas Central, Sportivo Dock Sud, Temperley y Defensores de Belgrano. En la primera jornada del 16 de diciembre, Banfield obtuvo un dificultoso triunfo ante Barracas Central por 3-2, con goles de Cerro, Samaniego y Echauz. Tres días más tarde, los dirigentes del cuadro barraqueño presentaron una denuncia ante el Tribunal de Penas de la AFA explicando que se habían producido anomalías antes y durante el partido contra Banfield.

Mientras se iniciaba la investigación, Banfield le ganaba 4-3 a All Boys y luego despachaba a Temperley por 2-0. En esos días fueron citados a declarar jugadores y dirigentes de ambos clubes así como el árbitro del partido, el conocido José Bartolomé Macías. Los futbolistas Valle, Figueiras, Sosa, Villanueva y Speridioni, todos de Barracas Central, declararon en el Tribunal de Penas el 2 de enero de 1940 y también lo hizo el gerente de Banfield, Alberto Torraca.

Al día siguiente, un mediocampista de Temperley fue separado del equipo y se le rescindió el contrato por su irregular actuación en el partido del domingo 31 de diciembre contra Banfield. El 7 de enero, el equipo ganó el hexagonal al vencer por 5-2 a Sportivo Dock Sud y sacar así una ventaja decisiva sobre All Boys y Barracas Central.

¿La investigación comprobaría el supuesto soborno a jugadores de Barracas Central? ¿Le quitarían el ascenso a Banfield? El 18 de enero de 1940, la resolución del Tribunal de Penas de la AFA determinó que *«se suspende por un mes al club Banfield. Se inhabilita por tiempo indeterminado al Sr. Alberto Torraca para desempeñar cargos directivos o rentados en clubes afiliados directamente o indirectamente a la AFA. Se amonesta al club Barracas Central y se pasa este expediente al Consejo Directivo para que, si lo estima conveniente, incorpore al reglamento una disposición que castigue con una pena específica los hechos investigados»*.

Pero la sanción no había quedado firme y allegados al club del sur comenzaron a moverse para impedir la anulación del ascenso. En un contundente editorial del 1º de febrero de 1940, el diario *El Mundo* sostenía que *«el problema de los sobornos no es nuevo. Puede ya considerársele un problema crónico. Por eso, los aficionados han*

dejado de creer en la legalidad de no pocas victorias. Por eso, también, se duda de los triunfos mejor conquistados. ¿Causas? La falta de carácter para decir la verdad respecto de las acusaciones que se formulaban año tras año (...) Continuamos viendo cómo, al término de cada temporada, obsesiona al pueblo la sospecha de la entrega o de la venta de un jugador. (...) Por este camino, nuestro fútbol marcha trágicamente hacia su absoluta declinación moral. Y cuando esa declinación sea completa, ya no será posible devolverles a los aficionados la fe perdida...».

El 29 de febrero de 1940, el Consejo Directivo de la AFA revocó la sanción a Banfield y determinó su ascenso a primera división. Se había cometido un delito y se lo había comprobado, pero se convalidaron aquellas acciones que permitieron que el delito se consumara. Apenas dos clubes no quisieron aprobar semejante vergüenza. Los representantes de San Lorenzo y de Lanús votaron en contra y Banfield contó con 27 clubes a favor, frente a los solitarios dos de oposición y dos abstenciones.

Estaba por iniciarse uno de los torneos más corruptos en la historia del fútbol argentino, el de 1940. Para compensar el disparate, la AFA resolvió no permitirle jugar a Banfield durante los primeros cinco encuentros del campeonato de Primera A de ese año, con lo que ganaron puntos Newell's, Vélez, Huracán, Boca y Lanús. El club albiverde, que militaba por primera vez en el profesionalismo en la A, aprovechó para reforzarse adecuadamente y debutó con un espectacular triunfo por 7-3 sobre Atlanta. Encadenó varias victorias y ya al terminar la primera rueda quedó ubicado con 14 puntos, tres por delante de Lanús y de Tigre y a seis de distancia de Atlanta, en una temporada que tenía dos descensos previstos. Banfield remodeló su estadio y lo reinauguró el 6 de octubre de 1940, cayendo ante Independiente por 1-0. El cuadro albiverde mantuvo su regularidad y pudo zafar del descenso con comodidad, al terminar cuatro puntos por arriba de Vélez, que bajó de categoría por única vez en su rica historia.

DURA SANCIÓN A CHACARITA

Al período que comenzó con el golpe de Estado del general José Uriburu y que finalizó con el inicio del camino a la democracia en 1943, se lo conoce históricamente como «la década infame». Fueron años de corrupción, en que la voluntad popular fue burlada más de una vez, y donde se impuso la decisión de los sectores económicos que manejaron el país a finales del siglo XIX y comienzos del XX de postergar cualquier cambio político y desmontar las conquistas que habían traído los gobiernos radicales, aun cuando hubieran sido generalmente moderadas.

En ese marco injusto, con la opinión pública conmovida por la muerte del caudillo Hipólito Yrigoyen, con las valientes denuncias de Lisandro de la Torre y la pena infinita que provocó la caída de la joven República española ante las garras

fascistas, el campeonato de 1940 condensó todos los ingredientes de la época. Impunidad, prácticas prohibidas realizadas a plena luz, reglamentaciones ignoradas o avasalladas, todo sirvió para que este torneo pasara a la historia, y no precisamente por el fútbol que se desplegó durante su desarrollo.

Si la historia que terminó en final feliz para Banfield fue una cara de la moneda, la otra la vivió Chacarita Juniors. El club de Villa Crespo todavía mantenía su pequeño estadio contiguo a la cancha de Atlanta y la rivalidad se sentía intensamente en el barrio. En la pelea por mantener la categoría, parecía que los bohemios llevaban la peor parte, porque cuando finalizó la primera rueda estaban en el último lugar y Chacarita, en cambio, tenía cinco puntos más.

La ambición por sumar puntos de manera ilegal, la creencia de que el dinero todo lo podía y que cualquier futbolista iba a aceptar un ofrecimiento irresponsable llevó a la perdición a los dirigentes del cuadro funebrero. El héroe de la historia fue un joven arquero de Newell's, Aldo Ramaciotti.

En su edición del lunes 26 de agosto de 1940, el diario *El Mundo* relató los hechos de esta forma: *«un vergonzoso episodio tuvo lugar antes que Chacarita Juniors cotejara fuerzas con Newell's Old Boys. El jueves pasado, en representación de Chacarita, el dirigente Clesio Berra entrevistó al arquero Aldo Ramaciotti, ofreciéndole una cantidad de dinero para que entregara el partido. La reunión se llevó a cabo en un café de la avenida Pellegrini y la calle Mitre, en la ciudad de Rosario. El jugador simuló interesarse por la propuesta y el mismo día dio cuenta del hecho a miembros de la Comisión Directiva de Newell's, quienes hicieron la correspondiente denuncia policial».*

«En una nueva entrevista que tuvieron Berra y Ramaciotti —siguió contando El Mundo—, éste le manifestó al dirigente chacaritense que aceptaba la oferta, pero aduciendo distintas razones expresó su deseo de que se hiciese entrega de una cantidad a cuenta de la suma total a su hermano, Nedo Ramaciotti, que posee un bar en la vecina localidad de Arroyo Seco. El mismo domingo del partido por la mañana, Berra se trasladó a la localidad acompañado por Domingo Adamo, representante de Chacarita en Rosario, de acuerdo a lo convenido con el arquero de Newell's y se entrevistó con el hermano de Ramaciotti. Cuando procedía a entregarle doscientos pesos a cuenta de los mil quinientos acordados, empleados policiales procedieron a la detención de ambos sobornadores. Tanto Berra como Adamo reconocieron que actuaban siguiendo instrucción de la Comisión Directiva de Chacarita Juniors. La policía —completó El Mundo— buscó por la tarde y detuvo a Natalio Rabinovich, miembro de la dirigencia que se hallaba en Rosario, en cuyo poder se encontraría la suma restante que debía ser entregada a Ramaciotti, una vez finalizado el partido con la victoria de los visitantes».

La Nación señaló en su edición del 26 de agosto que a Berra y Adamo «los

estaban esperando en el bar de Arroyo Seco el auxiliar policial Martínez y varios ayudantes. El arquero no estaba porque había tenido que concentrarse con sus compañeros. La sorpresiva irrupción del oficial Martínez y los agentes policiales sorprendió a los directivos de Chacarita».

La noticia causó conmoción. Chacarita desmintió públicamente en un comunicado su vinculación con Berra y Adamo y anunció que agotaría los medios para aclarar lo que había ocurrido en Rosario. Además, exigían una respuesta a Newell's por el pedido de detención del dirigente Rabinovich. Al día siguiente, la Comisión Directiva rojinegra rechazó el documento y ratificó la denuncia de Ramaciotti.

El partido se jugó normalmente en el estadio del Parque Independencia y Newell's ganó por 4-0, con dos penales que convirtió Sisniega, un gol de Eduardo Gómez y otro del puntero derecho Gayol. En su arco se lució con solidez Aldo Ramaciotti, quien al día siguiente recibió de su club una medalla de oro «a la honestidad deportiva».

Tres días más tarde, la AFA ordenó el inicio de la investigación. Mientras progresaba la pesquisa, Fioravanti escribió en *La Razón* del 10 de septiembre que *«alrededor de este affaire se estarían moviendo influencias extraordinarias, cosa de que el castigo sea menor que el que corresponde por las comprobaciones ya realizadas por los investigadores. Creo que en este momento, sin duda grave para Chacarita y Atlanta —que prestigian a un barrio populoso, trabajador y magnífico como Villa Crespo—, es deseable que las fuerzas sanas y vivas de la zona se orienten hacia una solución que pueda ser beneficiosa por igual para las dos entidades y para el barrio todo, que se quedaría sin el prestigio, sin el brillo que da la posesión de un club con equipo de primera división en el campeonato. ¿Por qué no intentar, por ejemplo, la ya otras veces proyectada fusión?»*. El popular relator de los años cuarenta y cincuenta del fútbol argentino también se lucía en el periodismo escrito desde el vespertino y sus columnas eran seguidas con mucha atención. ¿Se imaginan hoy un texto periodístico pidiendo la fusión de rivales barriales de toda la vida? El autor de semejante pensamiento no podría salir de su casa con tranquilidad.

Chacarita quiso abrirse de la cuestión, aparentar que no tenía nada que ver. El 17 de septiembre su Comisión Directiva envió una nota a Newell's con felicitaciones para el arquero Ramaciotti por su actitud ejemplar. Les echaron la culpa a Berra y Adamo, informando además que este último había sido expulsado como socio del club y destituido como delegado. El barrilete no tenía forma de ser remontado, porque era muy pesado ya que enseguida llegó la sanción.

El 19 de septiembre de 1940, el Tribunal de Penas de la AFA suspendió por tres meses a Chacarita Juniors, sanción que redujo a 45 días por «buena conducta». En su fallo, el ente responsable de administrar la justicia deportiva suspendió al secretario

Clesio Berra y al representante Domingo Adamo por el término de seis meses e inhabilitó a Berra para formar parte, como directivo o asociado, de cualquier club de la AFA.

No todos quedaron conformes con las sanciones. Según *La Cancha* del 25 de septiembre, las medidas fueron excesivamente benignas. La revista futbolera explicó que «*estos casos suelen presentarse con asiduidad, pero sólo trascienden algunos pocos y nunca con equipos grandes implicados. ¿Cómo es posible que una tentativa de soborno no se pague con doce puntos, y el dirigente que interviene, que instiga, que adultera los balances para justificar esa salida de dinero que no puede figurar en los rubros de contabilidad, después de un tiempo sea rehabilitado?*».

La Cancha prosiguió su editorial siendo más frontal aun, con algo que era conocido por todos: «*Francamente, no nos haremos los puritanos cargándole las culpas a Chacarita Juniors, toda vez que sabemos que muchas instituciones han hecho del soborno una costumbre y un aliado poderoso para clasificarse en puestos de privilegio. Y es raro que en cambio sólo se descubran casos de clubes chicos, que lo hacen para salvarse del descenso. Aquí también hay sobornadores de guantes patitos*».

El equipo tricolor, que el 15 de septiembre le había ganado como visitante a Huracán por 2-0, no pudo presentarse a jugar en las fechas siguientes y perdió puntos contra Boca, Lanús, Atlanta, Independiente, Gimnasia y Rosario Central. Tantas derrotas seguidas lo dejaron al borde del descenso, que finalmente se produjo porque el cuadro apenas pudo ganar un encuentro de los últimos siete que disputó tras cumplir la sanción.

Unos días antes de la finalización del campeonato y con el equipo ya condenado al descenso, la Comisión Directiva de Chacarita renunció en pleno y se hizo cargo Tiburcio Padilla, quien lideró la única lista que se presentó a las elecciones. El descalabro, como se observa, fue deportivo e institucional. Padilla era el mismo que había dirigido la flamante AFA en 1934.

VERGÜENZA DE PRINCIPIO A FIN

El campeonato tuvo un desarrollo alterado por las denuncias de soborno, de intentos de soborno, de desmentidas, de acusaciones cruzadas y de todos los condimentos turbios que sirvieron para quitarle seriedad, si aún era posible, porque no le quedaba mucha. Cuando ya se había producido el descenso de Chacarita Juniors, cuando ya Banfield había purgado relativamente su pena por el soborno comprobado en la antesala de su llegada a primera división, la última fecha del torneo de 1940 fue el colmo de la impunidad.

Se había disputado la penúltima jornada el 15 de diciembre y Atlanta se hallaba

en una situación muy comprometida, porque tras ser goleado 7-1 por River había quedado un punto debajo de Vélez Sársfield, que, por primera vez en su historia, se encontraba amenazado por el descenso. El cuadro de Liniers fue vapuleado por Tigre en Victoria, perdiendo 6-2 y la chance de escaparse de los de Villa Crespo. Por el contrario, Ferro Carril Oeste venció 2-0 a Estudiantes de La Plata y quedó al borde de la salvación, cosa que lograría en la última jornada, al empatar en un gol con Newell's Old Boys.

En esa última semana se comenzaron a tejer, como siempre sucedía, todo tipo de especulaciones. En su edición del 18 de diciembre, el diario *Crítica* hizo un análisis de las chances que tenían Atlanta y Vélez para mantener la categoría: *«es evidente que el mayor riesgo lo corre el team de Atlanta que equilibra con Vélez sus posibilidades en condiciones de local, pero que tiene un punto menos y debe enfrentar a un equipo como Independiente, más poderoso que San Lorenzo, como lo evidencia la distinta colocación que cabe a los dos cuadros grandes en el campeonato que termina»*.

Independiente, bicampeón en 1938 y 1939, se había asegurado el segundo puesto detrás de Boca y varios puntos por delante de River y Huracán. En el fenomenal cuadro de Avellaneda brillaban Arsenio Erico, el máximo artillero de la historia, sus compañeros del terceto delantero, Vicente de la Mata y Antonio Sastre, y un arquero de excepción, Fernando Bello, acompañado de un eje medio de jerarquía como Leguizamón. En la primera rueda, los rojos se habían sacado de encima a Atlanta con un cómodo 2-0, con goles de Erico y Reuben en el primer tiempo.

En cambio, Vélez venía en caída libre, más allá de que había conseguido empatarle a Atlanta en la pequeña cancha de Villa Crespo en dos goles y había superado a Independiente por 5-4, en un partido espectacular con un gol sobre la hora del wing izquierdo Ángel Fernández. Debía enfrentarse en el famoso «Fortín de Villa Luro» a un San Lorenzo que estaba en una etapa de transición y que no conseguía buenos resultados, más allá del notable refuerzo goleador que significó la llegada del centrodelantero español Isidro Lángara, que convocaba multitudes y terminó volcando a la comunidad española del lado de los azulgranas. San Lorenzo ocupaba el duodécimo puesto en el campeonato pese a que tenía equipo para estar mejor ubicado.

Volviendo a *Crítica* y a su análisis, el popular diario también señalaba que *«en cuanto a los rumores sobre posibles facilidades deben ser terminantemente desechados. Los mismos acontecimientos se están encargando de probar, con rigurosa demostración, que los grandes equipos oponen a los presuntos candidatos al descenso todo el peso de su potencialidad, estableciendo todo el rigor y lealtad a la reglamentación sobre descensos, sin duda una de las más serias y oportunas que rigen el campeonato del círculo privilegiado»*. Voluntarismo puro, ceguera

periodística o falta de conocimiento y confianza en que todos somos buenos. En cualquier caso, el periodista de *Crítica* cometía un grave error de apreciación.

Las cosas comenzaron a cambiar cuando, a dos días de la última fecha, Independiente anunció que Arsenio Erico y Vicente de la Mata adelantarían sus vacaciones y no jugarían contra Atlanta. Entre ambos sumaban 46 goles de los 85 que había marcado el cuadro de Avellaneda, lo que significaba un alivio muy grande para los sufridos hinchas de Atlanta. Ya se sabía que el centro-medio Leguizamón y el polifuncional Antonio Sastre tampoco iban a jugar, así que Independiente iría sin sus cuatro mejores figuras a Villa Crespo. Finalmente y sin que se conocieran las razones, De la Mata jugó, pero no lo hizo el wing izquierdo Zorrilla, abastecedor permanente del ausente Erico.

Los partidos comenzaron al mismo tiempo, sin mayores inconvenientes. Claro, mientras Vélez dominaba y no podía quebrar a San Lorenzo en su propia cancha de Villa Luro, Atlanta sumaba gol tras gol. Fue tal la avalancha bohemia, que el cuadro auriazul ganaba 3-0 a los 17 minutos y completaría el primer tiempo con una goleada increíble, un 6-0 ante un desconocido Independiente. El petiso Roberto Martino hizo 3 goles, Francisco Rodríguez señaló otro y los restantes fueron convertidos por el goleador Ramos.

Cuando terminaron los primeros tiempos, los hinchas de Vélez no podían ocultar su indignación y su impotencia. Mientras el cuadro de Victorio Spinetto empataba sin goles con San Lorenzo, Atlanta aplastaba a Independiente con un 6-0 que hacía sospechar a todo el mundo. En el segundo tiempo, los rojos de Avellaneda resolvieron aportarle un poco de profesionalismo al partido y en los primeros ocho minutos marcaron tres goles, decorando Reuben, el sustituto de Erico, con un gol sobre el final. El resultado de 6-4 para Atlanta significó la salvación del cuadro de Villa Crespo.

Destruídos por las noticias que llegaban desde Atlanta, los muchachos de Vélez no aguantaron el partido y terminaron cayendo 2-0 ante San Lorenzo, con sendos goles de Isidro Lángara, que poco sabía de arreglos y negociados luego de haberse escapado de los bombardeos franquistas y las amenazas de fusilamiento.

Resuelta la tabla de posiciones, Atlanta seguía en primera y Vélez debía descender por primera vez. Hasta ahí el dato que señalaban todas las informaciones. Sin embargo, en los diarios del lunes 23 de diciembre, la gente se enteró de lo que había ocurrido realmente. Publicó el diario *El Mundo*: «a la serie de resultados anormales que se han venido registrando últimamente en el fútbol profesional, debe agregarse el del match entre Atlanta e Independiente. Lo que se vio ayer en Villa Crespo no puede silenciarse. Tanto fue así que los mismos parciales del team de Avellaneda tuvieron expresiones poco gratas para sus jugadores. Rechazos cortos y a los pies del contrario, pésima colocación, falta de entusiasmo, algunas de las

características del equipo rojo. Cuando el partido estaba 4-0, comenzaron a retirarse algunos espectadores y comenzaron a escucharse las protestas del resto del público visitante».

La Nación, por su parte, señaló en el comentario del juego que «*el escaso ímpetu con que los rojos actuaron se pudo advertir enseguida, ya que Independiente no ponía el menor entusiasmo en las acciones. El primer gol de Atlanta produjo asombro, el segundo dio origen a la sospecha, el tercero lo mismo que el cuarto, que el quinto y el sexto, suscitó la indignación de los partidarios de la visita. En total, diez fueron los goles en la cancha de Villa Crespo. Diez, como los mandamientos. Con la variante de que ahí todos parecían decir lo mismo: no robarás*».

En su edición del 25 de diciembre, el semanario *La Cancha* afirmaba que «*fue anormal la derrota de Independiente. Cuando se supo en la cancha bohemia que Vélez iba perdiendo con San Lorenzo, hubo desmayos en las tribunas, se produjeron manifestaciones extraordinarias de entusiasmo, se lanzaron sombreros al aire y un vocerío singular gritaba...*».

En una entrevista que le realizaron durante 2006 los periodistas Edgardo Imas y Carlos Stortz para la página de Internet *Planeta Bohemio*, el destacado marcador de punta derecho Carlos Sosa, de amplia y conocida campaña en el Boca de los años cuarenta, dio su opinión sobre lo ocurrido en el partido. Sosa comenzó a jugar en Atlanta en 1939 y disputó el encuentro ante Independiente. Consultado sobre el tema, no brindó demasiadas precisiones y apenas dijo que «*si el verso lo hicieron, yo no sé, no me enteré. El partido nos pareció raro, en el entretiempo decíamos en el vestuario, estos de Independiente ¿estarán enfermos?, era irreal. Y en el segundo tiempo nos metieron cuatro goles así nomás. Yo no sospechaba de un arreglo...*». Cuando se le pidió alguna aclaración, Sosa —66 años después del hecho— agregó: «*no me consta nada. Ya tendrían su lista de los que iban para atrás. Yo, antes de ir para atrás, no jugaba. Nunca me vinieron a decir eso*».

Volviendo a lo que ocurría el día siguiente del partido sospechado, el diario *Crítica*, en cambio, seguramente para no quedar señalado como un medio que cambiaba de opinión como de página, optó por no señalar que había habido irregularidades en el partido entre Atlanta e Independiente, conformándose con señalar que el desempeño de los rojos había sido muy malo. Decidió en cambio llamarle la atención a la Comisión Directiva de Vélez Sársfield al publicar que «*si Vélez supo en algún momento de la posibilidad que sus jugadores hubieran podido ser sobornados, debió haber planteado con valentía la situación a las autoridades de la AFA, denunciando sus sospechas. Ahora lo único que cabe es poner el manto piadoso sobre lo pasado y comenzar un trabajo serio para mejorar el porvenir*».

Dirigentes e hinchas de Vélez se quedaron con la bronca acumulada por varios años. Al cuadro que presidía un innovador José Amalfitani y que iba creciendo lenta

pero sólidamente le costó tres largas temporadas volver a ocupar su lugar en la primera división. En 1941 lo postergó Chacarita Juniors, en 1942 fue el turno de Rosario Central y recién en 1943 pudo abrazarse al campeonato, ganándolo de punta a punta con una ventaja de ocho puntos sobre Unión de Santa Fe y de doce sobre Quilmes y Temperley.

Los velezanos querían desquitarse de Independiente, pero no lo pudieron hacer en su retorno durante el torneo de 1944. Sin embargo, la oportunidad se dio y fue gloriosa para Vélez, que se impuso por 8 a 0. Ocurrió el 18 de noviembre de 1945 y fue la peor goleada que sufrió Independiente en toda su historia. Como dice Pablo Ramírez en su *Historia del profesionalismo*, «*el triunfo de Vélez fue extraordinario. Los adictos velezanos celebraron jubilosamente esa victoria, considerada como una venganza por la actuación de Independiente en la última fecha del torneo de 1940 y que costó el descenso del club de Liniers. Habían pasado cinco años y ningún jugador de Vélez había quedado de aquella derrota contra el San Lorenzo de Lángara. Increíblemente sí fueron de la partida Arsenio Erico, Antonio Sastre y el eje medio Leguizamón, los ausentes cuestionados del choque irregular con Atlanta. Vicente de la Mata jugó los dos encuentros*».

Pero al caso Atlanta-Independiente le faltaba un detalle adicional. Al arrancar la temporada de 1941 y producirse el habitual pase de jugadores, incorporaciones de futbolistas del interior, trueques y demás, una transferencia llamó la atención de todos los que habían seguido atentamente el desenlace del torneo de 1940. El half izquierdo José Batagliero pasó de Atlanta a Independiente, una operación que para muchos periodistas y aficionados resultaba un pago de favores hecho por la entidad de Villa Crespo a su par de Avellaneda por la definición del partido en diciembre de 1940. Pablo Ramírez expresa en su libro que «*cuando Batagliero pasó de Atlanta a Independiente en 1941, se recordó el partido anormal disputado por esos equipos y se dijo: del pase definitivo se llegó al pase en préstamo y ahora, al pase por entrega*».

DENUNCIÓ Y LO ECHARON

El campeonato de 1941 se inició el 30 de marzo con una modificación, ya que se había reducido de 18 a 16 el número de participantes. A los dos descensos de Chacarita y Vélez se sumó el hecho de que Argentinos Juniors, campeón de segunda división, no pudo subir de categoría porque no reunía los requisitos exigidos para jugar los domingos. Esta situación no había sucedido ni con Almagro ni con Argentino de Quilmes en las dos últimas temporadas, pese a que Almagro ni siquiera poseía cancha propia en 1938.

Muchos resultados sorprendidos se produjeron en las jornadas iniciales, al punto

que en la cuarta fecha y por primera vez en los diez años de profesionalismo, Racing quedó como único puntero tras golear a Boca por 4-1 en la Bombonera. Enseguida y causando asombro, Tigre se incorporó al liderazgo de las posiciones cuando venció a Racing como visitante en la octava fecha, quitándole el invicto. Cumplidas nueve fechas, Huracán, Newell's Old Boys, Racing y San Lorenzo lideraban con 12 puntos, seguidos por Tigre e Independiente con 11 unidades. Banfield y Rosario Central marchaban últimos.

Justamente, en la décima jornada, Banfield recibía a Tigre, la revelación del campeonato. El partido se disputó en la cancha sureña el 1º de junio y Tigre aplastó al dueño de casa, ganándole por 5-0 con dos goles de Raimundo Sandoval, uno de Tosoni y otras dos conquistas de Careri. Sin embargo, algo había ocurrido el día anterior y la historia negra de nuestro fútbol abría un nuevo capítulo.

El sábado 31 de mayo, el arquero tigreño José Monjo denunció en la AFA un intento de soborno por parte de la gente de Banfield. Se le pidió a Monjo que jugara al día siguiente, para aumentar así las posibilidades de detener a los autores del intento de soborno. Pero la situación fue conocida por la gente de Banfield, y luego de la goleada, Monjo y sus compañeros gozaron de una protección especial a la hora de retirarse de la cancha banfileña.

El lunes 2, Monjo se presentó en la AFA y amplió la denuncia ante el Tribunal de Penas, explicando que allegados a Banfield le habían ofrecido mil pesos, de los cuales quinientos habían sido entregados a cuenta. Para demostrar la veracidad de la denuncia, Monjo le dio al Tribunal los quinientos pesos que había recibido. Banfield respondió con un comunicado el martes 3, explicando que la versión que había dado Monjo le producía indignación a la Comisión Directiva y que repudiaba el hecho por considerarlo atentatorio contra la moral y el prestigio del club.

Mientras tanto, los directivos banfileños juzgaron como sospechosa la actuación de Taglioretti, su propio arquero, y lo suspendieron, al tiempo que lo multaron con 500 pesos. El jueves 5, el Tribunal de Penas iniciaba la investigación oficial del caso. La situación fue abordada por los medios nacionales. *La Nación* señaló en su edición del mismo jueves que «otro episodio ingrato vincula a la práctica del deporte. Es necesario machacar en el viejo tema de las dos últimas temporadas y condenar en abstracto al responsable. Ya hace casi dos años que lo ocurrido entre Banfield y Barracas Central, castigado con una tibieza pernicioso, puso en evidencia la necesidad de estudiar a fondo el difícil problema y extirpar de raíz tan peligroso vicio. Desde entonces, dilatan las comisiones el estudio de una reglamentación capaz de poner coto a tan grave mal».

A pesar de que la investigación avanzaba como podía, las continuas citaciones al arquero Monjo demostraban que algo andaba mal. O el futbolista se contradecía o eran los miembros del Tribunal quienes no terminaban de creer en su palabra. Monjo

volvió el 10 de junio y lo hizo nuevamente el 18, junto con el entrenador de Banfield, Enrique Lupis. El 23, Monjo debía concurrir por cuarta vez a prestar testimonio, pero prefirió desistir y enviar una carta al Tribunal. Las cuentas no cerraban, las sospechas aumentaban y se ramificaban, pero la investigación seguía adelante.

El 26 de junio, el Tribunal de Penas dictó el fallo sobre el intento de soborno. En primer lugar decidió suspender a Banfield por 60 días, expulsar al arquero Monjo del registro de futbolistas de la AFA y proceder a la inhabilitación permanente del entrenador de Banfield, Enrique Lupis. El club del sur tenía que jugar todos los partidos mientras durase el período de suspensión, pero igualmente perdería los puntos. En suma, al término del torneo de 1941 se le descontarían 16 puntos y además se le prohibía jugar en su estadio, debiendo hacerlo en cancha neutral, donde no podría gozar del porcentaje de recaudación que le correspondía por encuentro.

A mucha gente no le quedaba claro por qué había sido expulsado José Monjo del fútbol profesional. Es que el arquero de Tigre acusó en primer lugar a Enrique Lupis, el técnico de Banfield, de haber sido quien le entregó en su domicilio los quinientos pesos a cuenta de la suma total de mil. Posteriormente ratificó la denuncia y contó con lujo de detalles las conversaciones que mantuvo con Lupis. Pocos días después le pidió al Tribunal de Penas que dejara sin efecto la sanción al técnico y en su carta del 23 de junio solicitó que Lupis fuera declarado culpable.

Banfield empezó a cumplir la sanción el domingo 29 de junio, cuando recibió a Ferro Carril Oeste en la cancha de Lanús y perdió 4-1. En ese momento, ocupaba la antepenúltima posición con 11 puntos, pero inmediatamente empezó a reaccionar. Venció a Rosario Central como visitante y encadenó éxitos ante Independiente, Lanús y San Lorenzo. Debió ser local en las canchas de Ferro, Chacarita y Boca y recién pudo regresar a su estadio el 7 de septiembre cuando le ganó por 4-3 a Newell's Old Boys en un partido espectacular donde se lucieron Rafael Sanz, el interior izquierdo banfileño, y un centrodelantero santafesino que trajeron los rojinegros y que pronto se destacaría en San Lorenzo, René Pontoni.

En su racha positiva para salvarse del único descenso previsto, Banfield llegó a la última jornada con un punto menos que Rosario Central y lo superó por 4-2. Se saludó el hecho de que hubiera podido recuperarse de la durísima sanción: le habían descontado 16 puntos, pero pudo hacer una gran segunda rueda y, con 17 puntos obtenidos, escaló lo suficiente para mandar a los rosarinos al descenso. El intento de soborno le salió caro, pero pudo sobreponerse.

El arquero José Monjo retornó al fútbol para la temporada de 1942, ya que se decretó una amnistía. Monjo se calzó la ropa de arquero tigreño y en la segunda fecha —increíblemente— recibió media docena de goles en la cancha donde había denunciado el soborno el año anterior. Banfield venció a Tigre por 6 a 4.

Unos días después, el 22 de mayo de 1942, se reinauguró el edificio principal que

poseía la Asociación del Fútbol Argentino en la calle Viamonte. Asistió el presidente de la Nación Ramón Castillo, padre del entonces titular de la AFA, que llevaba su mismo nombre y la aclaración (h) junto a él. Duraron poco los Castillo, porque el movimiento revolucionario de junio de 1943 los destituyó a ambos. El golpe de Estado que puso fin a la «década infame» los sacó a padre e hijo presidentes en forma conjunta, demostrando que la política y el fútbol tenían bastante que ver entre sí.

El torneo de 1942 que ganó en gran forma River Plate tuvo un episodio llamativo que fue contado por Pablo Ramírez en su *Historia del profesionalismo*: «tuvo la temporada la nota desagradable y repetida de una denuncia de soborno realizada por el jugador de Gimnasia, Oscar Montañez, en contra del técnico Enrique Sobral y en ocasión de medirse el cuadro de La Plata contra San Lorenzo. Luego de una larga investigación, el Tribunal de Penas no halló mérito para tomar determinación alguna contra el club de Boedo, no obstante lo cual y considerando que el fallo era poco claro para testimoniar la falta de culpabilidad de San Lorenzo, el club por intermedio de los dirigentes Enrique Pinto y Domingo Peluffo dirigió una enérgica nota al Tribunal. En el campeonato de segunda división que ganó Rosario Central — continúa explicando Ramírez— se habló con frecuencia de sobornos, cuya existencia era tan evidente como la insuficiente legislación que no lo reprimía, o la complicidad de muchos dirigentes que conociendo a quienes lo practicaban, no se atrevían a denunciarlos, lo que no dejaba de ser censurable. Y aunque nada se probó, el fútbol fue salpicado una vez más».

En el número 4 de la revista *Fútbol, historia y estadísticas* se señala que «cuando lo ocurrido en 1942 había entrado en el pasado lejano, el diputado Agustín Rodríguez Araya, presidente de Rosario Central por única vez en 1942, manifestó que el club le debía dinero que él había puesto al servicio de la institución. Y en la memoria y balance de ese año se hacía referencia a que el paso del club por el ascenso había sido mucho más costoso que un año en primera división».

Finalizado el campeonato de 1943 que marcó una nueva estrella para Boca Juniors y el descenso de Gimnasia y Esgrima La Plata, el fútbol parecía encarrilarse sin denuncias ni acusaciones cruzadas. La Segunda Guerra Mundial seguía destruyendo Europa y también era sufrida por Asia y África, aunque el avance nazi se había frenado y los alemanes retrocedían en varios frentes. En Argentina, el golpe militar del 4 de junio había cambiado la orientación política en lo que parecía ser un lento retorno a la actividad democrática en breve lapso, aunque pasarían dos largos años sin ella. De hecho, el gobierno nacional decidió durante enero de 1944 romper relaciones diplomáticas con Alemania y con Japón.

En esa época, también había otra manera de ganar los partidos. En la quinta fecha de 1942, Platense llegó a la cancha de Estudiantes de La Plata como líder, con tres victorias y un empate. El equipo calamar se imponía por 3-0 cuando finalizó el

primer tiempo, con goles del cañonero Rongo, Fabrini y Belén. Sin embargo, en el segundo tiempo Estudiantes conquistó siete goles y produjo un espectacular 7-3. ¿Qué había pasado?

Cuenta el periodista Enrique Escande en su delicioso libro *Las anécdotas del fútbol (La viruta)* que a los futbolistas calamares «al término del primer tiempo, en el vestuario los esperaba el mate cocido. En aquella época había una publicidad muy difundida de yerba Salus que indicaba “Sea patriota. Consuma Salus. La yerba del pueblo. 50 centavos más barata que la importada”. Medio país consumía Salus, pero parece que el utilero de Platense buscó y buscó pero no consiguió el tan mentado producto autóctono antes de viajara La Plata y compró un paquete de esa yerba sin palos que producen los brasileños de Rio Grande do Sul. Excepto el mediocampista central Norberto Toledo, los otros muchachos tomaron la infusión con el entusiasmo de siempre, charlaron un poco del partido y salieron nuevamente a la cancha».

Sigue narrando Escande que «con los primeros movimientos, varios jugadores de Platense comenzaron a sentir molestias en la panza». A los cinco minutos ya habían perdido toda precisión en los pases. Corrían con pasos cortitos, casi sin mover el cuerpo de la cintura para arriba, como queriendo contraer los glúteos. «Me parece que me voy a cagar encima», dijo uno de ellos. «La hora, referí», reclamó otro. A Toledo no le alcanzaban las piernas para correr a todos los jugadores locales. Estudiantes metió siete goles y se perdió no menos de diez. Terminó el partido y los jugadores de Platense, antes, durante y después de las duchas, formaban fila un poco inclinados hacia delante frente al cuartito donde había un retrete. Para llegar a Buenos Aires, el bondi que los transportaba tardó otras tres horas porque tuvo que parar en bares de Gonnet, Villa Elisa, Quilmes, Don Bosco, Villa Dominico y Avellaneda».

La AFA continuó cambiando de manos y tras la presidencia interina de Jacinto Armando —abogado y dirigente de Huracán— llegó Agustín Matienzo, previo interinato del directivo racinguista Daniel Piscicelli. Todo un referente de la oligarquía que aún pisaba fuerte, Matienzo —quien había sido decano de la Facultad de Derecho de la UBA en los años 30— fue agasajado por los residentes británicos en Argentina con motivo de su designación como responsable del fútbol en nuestro país.

Cuando la mayoría de los futbolistas todavía no se había sumado a sus clubes, el 13 de enero de 1944 el Tribunal de Penas de la AFA trató un expediente que había dormido en algún cajón durante un largo año. Dos de sus miembros, el teniente coronel Carlos Cattáneo y el presidente de Huracán, coronel Tomás A. Ducó, intentaron llevar adelante una investigación sobre el soborno en el fútbol. Entre tanto papeleo, tanta denuncia anónima, falta de pruebas contundentes y versiones diferentes, enfocaron la lupa sobre algo que había ocurrido el 29 de junio de 1941, en ocasión del partido que Ferro le había ganado a Banfield por 4-1 en la cancha de

Lanús. Casualmente, fue el primer encuentro que debió disputar el cuadro banfileño mientras sufría la suspensión de 60 días que le había aplicado el Tribunal por el intento de soborno al arquero José Monjo, de Tigre.

En realidad, el dictamen del Tribunal fue contundente: *«Está probado que el presidente de Banfield, Florencio Sola, aceptó entregar dos mil pesos para sobornar al jugador Sebastián Guaico (arquero de Ferro), decisión que —según su declaración— adoptó para salvar a su club de la difícil situación en que se hallaba. El mencionado dirigente entregó a Mario Fortunato 500 pesos antes del partido Banfield-Ferro para que éstos perdieran. Los jugadores Carrera (Lanús) y Picaro (Ferro) aceptaron haber cobrado, también, 500 pesos. El agente sobornador Tarasconi, ex jugador de Boca, y el periodista Oscar Traba reconocieron haber intervenido...»*.

De las pesquisas emprendidas por el Tribunal se llegó a diferentes sanciones, todas mucho más duras que las anteriores al haberse modificado la reglamentación. Se decidió suspender por 15 fechas a Banfield del campeonato de primera división y remitir una copia al Consejo Directivo de la AFA para que evaluara si correspondía la expulsión del club por parte de la Asamblea General.

Al presidente Florencio «Lencho» Sola se lo inhabilitó de manera definitiva «por falta de ética deportiva para ser socio o dirigente de cualquier club afiliado a la AFA». Además, se prohibió usar la cancha de Banfield para partidos oficiales o amistosos y se repitió la decisión de que jugara en terreno neutral —como lo hizo en 1941— sin cobrar el correspondiente porcentaje de recaudación.

La investigación se profundizó y el Tribunal de Penas —con una voluntad política que antes no había tenido— determinó la expulsión por amoralidad deportiva y la inhabilitación permanente para toda actividad dentro de la AFA de varios entrenadores conocidos, como Mario Fortunato, Domingo Tarasconi y Américo Hirschl, además de los futbolistas Rodolfo Carrera y Daniel Picaro. Al experimentado arquero Sebastián Guaico se lo eximió de culpa al no haberse probado su participación. Asimismo, se amonestó al entrenador de River Plate, Renato Cesarini, por no haber dado cuenta de inmediato de un intento de soborno contra su persona y se sancionó al club Unión de Santa Fe con una suspensión de ocho fechas por un intento de soborno en la segunda división.

En esta oportunidad, el Tribunal tenía el apoyo del periodismo gráfico. Al día siguiente del fallo, el diario *Crítica* celebraba que *«la campaña de saneamiento que se ha propuesto el Tribunal llevar a cabo está dando óptimos resultados. Anoche se dio fin al primer tramo de la historia negra del fútbol argentino y ya está en preparación la segunda. El Teniente Coronel Cattáneo está dispuesto a obrar con serenidad y justicia, tratando de tal manera de alejar las penumbras que han guardado alrededor de varios clubes y que están próximas a desaparecer a medida*

que se compruebe la inconducta de las personas que en un momento de debilidad cometieron hechos que están reñidos con la buena marcha del deporte...».

El 18 de febrero de 1944, la nueva dirigencia de Banfield, electa una semana atrás, designó a Mario Rebollini y Tomás Iturriez como delegados en AFA y a José Aguila para participar en la Asamblea General. Los contactos políticos, la complicidad de otros directivos que eran afectos a las mismas prácticas del soborno pero no habían sido involucrados por una cuestión de suerte, un pacto de silencio o una mayor capacidad para operar en las sombras, le permitieron a Banfield zafar de lo que podría haber sido su definitiva expulsión del fútbol argentino, porque se le habían comprobado tres casos de soborno en menos de cinco años.

El 9 de mayo de 1944, Banfield fue eximido de la suspensión impuesta cuatro meses atrás por resolución del Ministerio de Justicia de la Nación, que anuló el fallo del Tribunal de Penas de la AFA. La disposición del gobierno agregaba un apercibimiento para la AFA por haber trasgredido el Estatuto. El 10 de mayo todos los miembros del Tribunal de Penas presentaron su renuncia indeclinable.

En el decreto del Ministerio de Justicia se hacía mención a la amnistía que había dictado el Tribunal de Penas de la AFA el 5 de marzo de 1942. Como el hecho sucedió en junio de 1941, quedaba eliminado de sanciones. E impune.

El Tribunal de la AFA mostró, igualmente, que ante situaciones similares podía decidir penas diametralmente opuestas. En la última jornada de 1944, Boca enfrentó a Racing jugando como local en el estadio Monumental de River. Con la victoria se consagró campeón y repitió el título conseguido el año anterior. En el partido preliminar se dio la situación inversa, pues al imponerse por 5-4 Racing empató el primer lugar del torneo de tercera división con River.

Lo curioso fue que cuando finalizó el primer tiempo, Boca se imponía por 4-1 y Racing marcó cuatro tantos en la etapa final. En la cancha estuvieron presentes varios integrantes del Tribunal de Penas, que en su sesión del 30 de noviembre resolvió lo siguiente: *«La actitud adoptada por los jugadores boquenses, con excepción del arquero, fue ostensible y manifiestamente encaminada a favorecer el triunfo de sus rivales, cosa que finalmente ocurrió. La actitud adoptada por esos jugadores implica un desconocimiento de las más elementales normas deportivas, una burla para la buena fe del público asistente a la disputa, un agravio injustificado para el propio club y ofensa para sus rivales».* El fallo abundó en más detalles vinculados a la ética y la moral y suspendió provisionalmente a los jugadores de Boca.

Algo que el mismo organismo no había resuelto cuando sucedieron hechos anteriores, como Atlanta 6, Independiente 4 en 1940 y varios encuentros que permitieron a clubes mal ubicados en las posiciones zafar de situaciones incómodas. Claro está que el Racing 5, Boca 4, correspondía al campeonato de tercera división...

Ya instalado el gobierno revolucionario desde 1943, un miembro del GOU

(Grupo Obra de Unificación) fue designado presidente: Eduardo J. Ávalos, general del ejército argentino, único militar que comandó la AFA. Junto con Ávalos, tuvo mucha influencia dentro de la Asociación por esos años otro militar, Tomás Adolfo Ducó, compañero del GOU y directivo de Huracán. Ducó fue un personaje singular: manejó la Liga Argentina de Básquetbol, fue interventor en Lotería de Beneficencia Nacional y se mantuvo en contra del crecimiento y la popularidad de Perón en los inicios. Luego se acomodó a los tiempos y acompañó a Perón en su gobierno.

Con el peronismo en el poder, llegó Pedro Canaveri, reconocido directivo de Independiente, y durante su gestión se produjo la intervención del club Huracán por problemas económicos. Justamente, el club de Parque Patricios estaba en pleno proceso de construcción de su nuevo y hermoso estadio, que se inauguraría en 1947.

CAPÍTULO CINCO

PROFESIONES EN EL FÚTBOL

El recordado periodista uruguayo Diego Lucero escribió sus *10.000 horas de fútbol* hace varios años. En realidad, fue una compilación de sus numerosos artículos aparecidos en diferentes medios de prensa. Entre sus múltiples hallazgos hay uno que resulta fenomenal: la vinculación entre el fútbol y las distintas profesiones. En uno de sus párrafos señala que *«aquel equipo tenía el jugador-escoba, el ventilador, el jugador-plumero y si acaso no merece reproche que el ingenio popular incursionara en el rubro de las obras sanitarias cuando la tribuna hace estallar su regocijo exclamando ¡le hizo un caño! o penetrara derecho viejo y con decisión en el terreno de las esforzadas obras de ingeniería para la variante de denominar túnel a esa traviesa jugada de hacer pasar la pelota por entre los pies de su adversario. Jugada que lleva el ingenio popular más lejos todavía, cuando después de ver hacer un túnel le gritan al adversario burlado, con toda irreverencia: ¡para el segundo tiempo venite con sotana!»*.

Sigue diciendo Diego Lucero que *«la albañilería contribuyó con lo suyo al enriquecimiento de este estafalario diccionario de las voces del tablón y esa preciosa y difícil jugada de los pases cruzados en zig-zag. Ahora, más rústica, pero no menos gráfica, los chochamus le llaman “la pared”. Pero nada, lo que se dice nada, tan original como el rico, profuso y tan semejante con todas las fases de un partido como el lenguaje de sastrería, el de la “media puntada”. Eso es como el déficit de los ferrocarriles: supera todos los cálculos»*.

Lucero finalizaba argumentando que *«si existe la media puntada, el ojal sería el que se te abre en el cuero del balero, cabelludo le dicen, cuando chocan dos calaveras porfiando una bocha por altura y el botón es ese que tira los gases de la lágrima. Cruzado (saco cruzado) es un sablazo de la izquierda que se mete junto a un palo por la derecha. Está de chaleco, el hincha que le dice al referí que está loco. Y definitivamente, ¿acaso el gol no es el acto de enhebrar el hilo blanco de la pelota en el ojo de la aguja de la meta? Lenguaje de sastrería, hermanos, de sastrería»*.

Esto tenía que ver con los años cuarenta o cincuenta, en otra etapa del fútbol argentino. Pero pasan los años, pasan los jugadores, como dice la canción popular, y el juego sigue siendo el mismo, más allá de las modas. El media puntada es el media

punta y hoy hasta se habla de «delanteros de punta» y ya no se usa más el «peón de brega». Hubo, hay y habrá para todos los gustos. Pero se utilizó muchísimo en aquella época dorada, cuando jugaba la Máquina para River y los boinazos de Severino Varela pretendían emparejar la cosa.

UN ÁRBITRO AL PIE DE LA HORCA

Faltando cinco fechas para el final del campeonato de 1946, San Lorenzo se apoderó de la punta en soledad, al aprovechar su goleada por 5-0 ante Racing en el Gasómetro y que Platense frenó a Boca empatándole sin goles. Con esos resultados, el Ciclón sumaba 37 puntos y Boca lo seguía con 36, quedando River tercero con 34 y Racing con 33 unidades.

El domingo 27 de octubre, San Lorenzo viajó a Rosario y enfrentó a Newell's Old Boys en el Parque Independencia. El partido no terminó, ya que un incidente que no tenía antecedentes en el profesionalismo lo dejó trunco. San Lorenzo ganaba por 3-2 cuando faltando un minuto y diez segundos para la finalización, el público rojinegro invadió la cancha y agredió a los jugadores visitantes.

Para que eso ocurriera habían pasado varias cosas: el primer tiempo lo ganó el puntero por 2-0, con tantos de Silva y René Pontoni, quien fue ovacionado antes del encuentro por la hinchada de Newell's por su paso anterior en la entidad. Newell's — en cuyo arco atajaba el futuro ídolo boquense Julio Musimessi— se recuperó y antes de los diez minutos del segundo tiempo empató el partido, con dos goles del centrodelantero Runzer.

Hasta allí, el desempeño del árbitro Osvaldo Cossio había sido aceptable, sin mayores inconvenientes. Cossio tenía 36 años y era porteño, del barrio de Boedo. Había nacido en diciembre de 1909 en la intersección de las calles Pavón y Boedo, a pocas cuadras de la cancha de San Lorenzo. Era el noveno de once hermanos, le decían «el ñato» y, según explica el diario *Olé* en su edición del 19 de enero de 2002 recordando el caso, «se inició en el arbitraje de la mano de Bartolomé Macías, figura emblemática del referato argentino, y debutó en Primera en 1942, mientras pulía un oficio en la metalurgia Máspero e hijos de Parque Patricios, convirtiéndose en uno de los principales referís de la época junto con el propio Macías, José Cangaro y Juan José Álvarez. «Manejaba los partidos con personalidad y estilo severo. Era muy respetado por jugadores y colegas», recuerda Carlos Coradina, ex árbitro. Y su labor no sólo se limitó al campo de juego, sino que su figura fue esencial en procura de nuevas conquistas para el gremio. Siempre arbitraba con chambergo, anchas bermudas y ocultaba su pelada debajo de una gorra que, fiel, lo acompañaba por todas las canchas. Los hinchas desconocían su calvicie, hasta que un pelotazo la dejó al descubierto y... pelado botón».

Maliciosamente, algunos habían echado a rodar la versión de su simpatía por San Lorenzo, cuando todo el mundo sabía que era hincha del clásico rival, Huracán, donde jugó como arquero entre 1926 y 1932. Arquero y boxeador, había aprendido la técnica de los golpes en el Boxing Club de Boedo, y había estado a punto de viajar para pelear en los Juegos Olímpicos de Ámsterdam de 1928.

El último partido que había dirigido en primera división fue el que River le ganó por 2-1 a Chacarita en el Monumental, el 11 de agosto. Dos meses y medio después, le tocó viajar a Rosario y sufrir una situación casi imposible de superar.

Pero veamos cómo se desarrollaron los hechos: jugándose el tiempo de descuento, el puntero izquierdo de Newell's, Moyano, superó a Blazina y marcó el 3-2 para los locales, pero el juez Cossio anuló la conquista sin que se entendiera la razón. Siempre se argumentó que había cobrado una posición adelantada al goleador Runzer, pero el grandote no había participado de la jugada. Mientras todavía se protestaba, San Lorenzo lanzó un contraataque y el defensor Nieres introdujo la pelota en su propio arco, al rechazar defectuosamente un centro que había enviado Imbellone, provocando el 3-2, pero para el puntero del campeonato. Allí sobrevino la explosión.

Cuenta el prestigioso periodista Borocotó en la edición semanal de *El Gráfico* que *«hemos de declarar, con toda sinceridad, que el referee Cossio se equivocó al anular el gol logrado por Moyano y que había puesto en ventaja a Newell's por 3-2. Ése fue el error de Cossio y de inmediato llegó el tercer tanto de San Lorenzo»*. Los hinchas de Newell's entraron a la cancha y la emprendieron contra los jugadores visitantes, al tiempo que intentaban alcanzar al árbitro que emprendió la carrera hacia los vestuarios, mientras caía parte del alambrado que rodeaba el campo de juego.

En la lucha por zafar del gentío enloquecido, los jugadores Vanzini, Basso y Pontoni fueron agredidos por la muchedumbre, recibiendo Vanzini la peor parte, ya que le partieron una silla en su espalda. Entre tanto, Cossio dejó el campo y llegando al vestuario observó que había gente entrando por otras puertas, cuando encontró un boquete en el alambre que le permitió salir al Parque Independencia. Al juez le costó salir por el hueco y fue el defensor sanlorencista Bartolomé Colombo quien lo ayudó a cruzarlo. El relato del periodista Mariano Murphy explica lo sucedido a continuación: *«A su alrededor imperaba el caos. El gas lacrimógeno lanzado por la Policía le hacía sombra al sol. Sentía gusto a sal y sangre. Un fuerte dolor en la cabeza, como un pinchazo, no daba tregua. Su ropa, desgarrada, se tiñó de rojo: su ceja goteaba sangre. Con la poca fuerza que le quedaba, se lanzó desesperado sobre un auto que pasaba a su lado. Era su oportunidad para escapar. Se trepó al capot, pero el vehículo se detuvo y cayó al piso. Hinchas con palos y piedras lo rodearon. Se hundió en un remolino de brutales golpes y puntapiés. Por unos segundos perdió el conocimiento. Un hincha le sacó el cinturón y lo ató a la rama de un árbol. Unos*

gritos lo volvieron en sí. ¡A colgarlo, a colgarlo!».

Parece ser que ese hinchas que tuvo la idea de ahorcarlo con el cinturón necesitó ayuda de varios forajidos que le prestaron sus cintos y armaron una especie de patíbulo casero. La acción decidida de tres soldados impidió el crimen.

A Cossio lo subieron a un automóvil y lo llevaron hasta el Sanatorio Británico rosarino, donde constataron un fuerte golpe en la cabeza con lesión en el hueso temporal derecho, heridas cortantes en rostro, brazos y piernas y conmoción cerebral. Dos días después viajó en camioneta hasta la ciudad de San Nicolás, 75 kilómetros al sur, para tomar el tren rumbo a Capital Federal. Vendado y con un tremendo susto, llegó a Retiro a las 23.15 del martes, donde fue recibido por su esposa, su hija y por varios árbitros que se habían apersonado en la estación de trenes.

Días más tarde, el mismo Borocotó explicó en *El Gráfico* su punto de vista: «*No hagamos historia de arbitrajes registrados en canchas rosarinas o de estos lares. No es necesario tampoco enumerar desórdenes para decir, como argentinos, que si una cosa tan intrascendente como el fútbol va a provocar odios entre las dos ciudades más importantes del país, es llegado el momento de que la AFA lo evite antes que el propio Estado, en defensa de la fraternidad nacional, sea quien tome medidas radicales. Ya entre rosarinos y porteños parecen existir rivalidades y si no se justifica que entre representaciones deportivas de diferentes países se llegue a tales extremos, mucho menos entre los de la misma tierra*».

Los árbitros de primera división resolvieron no dirigir el siguiente fin de semana en repudio a la agresión increíble que sufrió Osvaldo Cossio. El campeonato se reinició el domingo 10 de noviembre, pero Cossio recién pudo volver a dirigir el 18 de mayo de 1947, cuando en La Plata, Estudiantes superó por 3-1 a Vélez Sársfield.

A Newell's le tocó una sanción ridícula. Su cancha fue suspendida por una fecha y debió jugar como local en Buenos Aires, ganándole por 5-0 al descendido Ferro Carril Oeste en el estadio de Vélez. Pero eso no fue todo. Como los que peleaban el campeonato con San Lorenzo eran pesos pesados, la AFA decidió hacer continuar el partido con el tiempo que según el registro del infortunado Cossio faltaba jugarse: un minuto y diez segundos. Leyó bien, 70 segundos.

El agregado se disputó el 11 de noviembre en dos tiempos de 35 segundos cada uno. La crónica del diario *La Capital* de Rosario es ésta: «*Puesta la pelota en movimiento por Aballay, amagó San Lorenzo un avance que no tuvo éxito y enseguida la pitada del árbitro puso fin al primer período de 35 segundos. Tocó a Rafael López de Newell's reanudar la lucha, y la etapa final tuvo el mismo epílogo que el tiempo anterior, ya que llegados los delanteros a las proximidades del área chica finalizó el encuentro*». Ridículo por donde se lo mire, pero había que conformar a los peces gordos.

El partido de 70 segundos se jugó en la cancha de Ferro, lo arbitró Valentín Rey y

hubo tres mil fanáticos en las tribunas, todos hinchas de San Lorenzo que querían festejar el valioso triunfo. Semejante despropósito se consumó el lunes 11 de noviembre, un día después de que Newell's fuese vapuleado por Vélez por 5-2, en la misma cancha de Caballito.

En el torneo de 1946, que coincidió con el retorno democrático y el primer año de la primera presidencia de Juan Domingo Perón, se llegó a un enfrentamiento increíble entre dirigentes de River y Racing por el pase de José Manuel Moreno. Es que el fenomenal jugador se había ido al fútbol mexicano en 1944 violando su relación contractual con el club millonario. Decretada una amnistía para que pudieran regresar Moreno y otros futbolistas, el crack volvió ya bautizado como «charro» y comenzó a entrenarse con Racing, que le había hecho llegar una jugosa oferta por sus servicios.

Allí comenzaron los problemas, porque River quería hacer valer la situación laboral anterior y Racing el nuevo convenio. Los clubes rompieron relaciones y el conflicto alcanzó tal virulencia que debió mediar la Secretaría de Trabajo y Previsión, que falló dándole la razón a River por el vínculo de trabajo que tenía con Moreno al momento de alejarse a tierras mexicanas. El retorno oficial de Moreno se produjo el 28 de julio de 1946 en la cancha de Ferro, ante Atlanta. El fervor popular por el crack fue tan grande que el estadio quedó chico. Lo cuenta así Pablo Ramírez en su *Historia del Fútbol Argentino*: «muchas horas antes de iniciarse el partido fue dable advertir que el público asistente era muy superior a la capacidad que las tribunas podían contener. Se vendieron 30 mil entradas y además del público que las adquirió, corresponde sumar a los socios de Atlanta que era local y a los de Ferro, debiendo agregarse una buena cantidad que penetró escalando paredes, por lo que se calcula que esa tarde habría unas 40 mil personas. Todos los recintos del estadio de Caballito fueron arrasados por quienes buscaban una ubicación y luego de derribarse alambrados, parte del público penetró en el campo cuando se había jugado un minuto del partido. Se suspendió por espacio de media hora y siguió, con gente en la cancha, un encuentro que River ganó por 5-1».

Con su retorno Moreno postergó a Antonio Báez, excepcional jugador que ocupaba su puesto y que ya había sido dado en préstamo a Tigre, donde marcó 31 goles en una temporada en Primera B. Báez emigraría a Platense, donde formaría una recordada ala derecha del ataque calamar entre 1948 y 1950 con Santiago Vernazza que hizo llegar al segundo puesto de 1949 al cuadro marrón y blanco.

Al finalizar esa temporada, Vernazza pasaría a River y Báez, oriundo de Rufino, el mismo pueblo de Bernabé Ferreyra y Amadeo Carrizo, se iría a iluminar el fútbol colombiano con el «ballet azul», como llamaban al mítico Millonarios de Bogotá que conducían Adolfo Pedernera y Néstor Rossi, con Julio Cozzi en el arco y Alfredo Di Stéfano en el centro del ataque.

Dos años antes de que se iniciara el alejamiento de muchas figuras hacia el fútbol

colombiano, los problemas en las canchas se mantenían y no parecía existir forma de frenar tanta pasión y tanta violencia descontrolada. El fútbol era el lugar donde todos iban a desahogar sus frustraciones y que parecía poner freno a sus reacciones.

ESCÁNDALO EN LA PLATA

Una gota más que horadó la paciencia de los dirigentes y los afirmó en su determinación de importar jueces británicos fue lo ocurrido el 15 de junio de 1947 en la cancha de Estudiantes de La Plata en el marco de la novena fecha. En ese domingo de otoño, River visitó al dueño de casa y lo superó por 2-1, aunque el encuentro no pudo finalizar por los gravísimos incidentes iniciados cuando Francisco Rodríguez, un insider rosarino que había llegado de Atlanta al millonario, venció al arquero Ogando y logró la victoria para el líder del torneo dos minutos antes del final del partido.

José Manuel Moreno había abierto el marcador, enseguida empató el fenomenal wing izquierdo Peregrina, y cuando todo parecía encaminado a la igualdad, apareció Rodríguez para anotar el tanto de la victoria millonaria. Muchos hinchas de Estudiantes reaccionaron enardecidos ante la convalidación del gol por parte del juez Riestra y el juego no pudo continuar. Los incidentes fueron gravísimos y vale la pena transcribir los diarios de la época.

El vespertino *La Razón* del lunes 16 señaló que *«el espíritu del grupo de exaltados que además de eso estaban incómodos, poco menos que prensados en la tribuna, se enardeció y los más enfurecidos se dedicaron a arrojar proyectiles — pedazos de madera, botellas y piedras— al interior del campo, con el peligro consiguiente para la integridad de los jugadores. La policía intervino con la mayor premura que pudo, pero sus insinuaciones en procura de calma no tuvieron eco, por lo que se desplegaron más mangueras de los bomberos que ya habían sido instaladas en previsión de cualquier intentona de esta naturaleza».*

Pero las mangueras no funcionaron. Sigue diciendo *La Razón* que *«en primera instancia y como el sistema de riego fallara, la batalla favoreció a los ofuscados de la tribuna, que ametrallaron a los guardianes del orden con una gran cantidad de proyectiles. Cuando las mangueras se normalizaron y empezaron a estallar las primeras bombas de gases lacrimógenos, el violento chorro de agua fría empezó a desparramar al grupo de hinchas, que fue ganando posiciones en otros sectores del estadio. Hubo necesidad de voltear los alambrados para dejar en libertad a un grupo de gente encerrada en una de las plateas, para que pudieran entrar a la cancha y respirar a pulmón lleno».*

El juez Riestra se lanzó en una carrera desesperada hacia el túnel que lo llevaba a su vestuario, pero en el medio recibió varios golpes. Los hinchas también agredieron

a varios jugadores y la peor parte se la llevó Moreno, el famoso crack de River. Fue el popular Charro quien, una vez que el incidente ya había sido controlado, declaró en los vestuarios: *«¿qué tenía que ver yo en todo eso? Hice lo que creo que hubiera hecho cualquier persona en mi lugar. Tratar de amparar a quien en ese instante estaba indefenso ante un grupo numeroso de exaltados. Me ayudaron algunos compañeros y también varios muchachos de Estudiantes, que se portaron como verdaderos caballeros y fueron los primeros en lamentar lo ocurrido»*.

Moreno terminó con su ojo derecho en compota y varios cortes, producto de la defensa que hizo del juez Riestra. También fueron agredidos y recibieron trompadas y puntapiés los jugadores José Ramos y Norberto Yácono. Riestra rompió el silencio habitual de los árbitros para hablar con el periodismo en los vestuarios y decir: *«tomé el camino de los vestuarios porque hacer otra cosa hubiera resultado suicida. Jugadores de River entre los que recuerdo a Moreno y Ramos más algunos de Estudiantes como Ogando y Villa trataron de allanarme el camino y recibieron muchos golpes»*.

Durante los incidentes se produjeron avalanchas en las tribunas populares locales. Fueron muchos los heridos y varios los que recibieron atención médica por los efectos de los gases lacrimógenos. Entre ellos Aureliano Gómez, Miguel Américo Pérez, Antonio Capote, Carlos Andrade, Luis Justo Fatti, Carlos Rodríguez, Mario Velásquez y Héctor Julio Colomer, aunque la lista fue mucho más extensa.

Los directivos de Estudiantes, encabezados por el presidente Cánepa, trataron de calmar a todos, dijeron que los incidentes los habían tomado «por sorpresa» y frenaron a los más exaltados que querían seguir con la violencia fuera del estadio. El plantel de River debió esperar dos horas para retirarse en un ómnibus especial y Riestra fue acompañado hasta la estación de trenes de La Plata por el propio Jefe de Policía, Adolfo Marsillach.

Una módica suspensión de dos fechas al estadio de Avenida 1 y calle 55 obligó a Estudiantes a jugar como local primero en Independiente y después en el Bosque platense. Luego, todo volvió a la normalidad como si no hubiera pasado nada.

INCIDENTES AL POR MAYOR

Los disturbios seguían alimentando la pasión dominguera. El domingo 7 de septiembre de 1947 en Avellaneda, Independiente dejó escapar dos valiosos puntos al ser superado por Platense, que le ganó 3-2. Cuando el equipo de Saavedra marcó su tercer gol, a cuatro minutos del final, el público local invadió la cancha e intentó agredir al árbitro Fuster y sus colaboradores.

El diario *Clarín* del lunes 8 relató la jugada que desencadenó la suspensión del juego a los 41 minutos del segundo tiempo: *«tras un tiro de Mourín que*

espectacularmente rebotó en un poste, Quevedo incurrió en un hands casual dentro del área. El juez, ante el reclamo de los jugadores locales, concedió la pena sobre la línea del área, lo que originó escenas violentas en las tribunas. Sancionada la infracción, Mamanna alejó el peligro con presteza. El match había adquirido un giro de violencia, cuando sobre los 41 minutos en el medio del campo, hubo una jugada confusa que hizo detener en su acción a algunos players, aguardando la sanción del árbitro, quien, empero, no interrumpió el juego. Pedacci, entonces, recibió la pelota y emprendió veloz carrera hacia la valla y de cerca, con un potente shot quebrantó a Simonetti, produciéndose a continuación los incidentes». El peculiar cronista cerró el comentario agregando que *«después que Simonetti recogió del fondo la redonda, la guerra estalló. Todo se movilizó en la contienda, infantería, caballería y artillería liviana (¡a todo esto el Sumo Pontífice sigue bregando por la paz!). Fuster sólo atinaba a reclamar a las Naciones Unidas pero está en receso y los beligerantes, tribunas oficiales, populares y plateas, seguían en la trinchera, sin dar un paso atrás en las respectivas líneas de combate».*

Unos días después de que se inaugurara con toda pompa el estadio del Club Atlético Huracán en Parque Patricios, el presidente de la AFA, Oscar Nicolini, recibió una denuncia de intento de soborno de parte de Estudiantes de La Plata. El cuadro albirrojo debía enfrentar a Atlanta, que se había propuesto ser la sorpresa del campeonato con las impactantes incorporaciones de Adolfo Pedernera —el pase récord de 1947 en 140 mil pesos—, el arquero peruano Soriano, el zaguero Higinio García y otros futbolistas de buen nivel.

Sin embargo, Atlanta nunca llegó a jugar bien y para la fecha vigésimo primera marchaba en los últimos puestos luchando por no descender. El partido del 14 de septiembre lo ganó Estudiantes por 5-2, con una excelente actuación de Ricardo Infante, un delantero de selección. El día después del encuentro, Estudiantes oficializó la denuncia ante la AFA con la palabra de su delegado Felipe Sessa y el aporte de los jugadores Villa, Ogando, Gagliardo y Negri, quienes acusaron al hermano del defensor bohemio Bertarelli, además de a dirigentes y allegados al club de Villa Crespo. Rápidos de reflejos, los directivos de Atlanta sacaron un comunicado en el que afirmaban que *«ningún miembro de la mesa directiva del club ha participado en manejo doloso alguno destinado a alterar el resultado de los partidos».*

El miércoles 17 de septiembre, *Clarín* expresaba su desconfianza de que se encontrara alguna solución al flagelo del soborno: *«Están los miembros del Tribunal de Penas que se ven en figuritas. Se parecen en esta circunstancia a aquellos diletantes que están en punta de pie sin conseguir alcanzar lo que desean, o como aquellos chicos a quienes se les ha colocado muy alto, en el aparador, el dulce. Ellos quieren apretar al hombre del soborno, pero no pueden. ¿Pero es que hay o no*

cianuro? ¿Existe o no el soborno? Para los hombres que pueblan los estadios domingo tras domingo, el soborno se pavonea impunemente y con ínfulas por todas las canchas y para los dirigentes de la AFA ¿el soborno es una realidad? Muchos se inclinan a creer que son simples habladurías, aun cuando algún rumor han escuchado, o conocen, por lo que les dicen, que la maldita palabra en su práctica ha hecho nido. De todas maneras, los ojos de toda la afición están puestos en los señores miembros del Tribunal. Ellos deben ser los que den su última palabra. Claro, que la incredulidad sobre el resultado ha hecho carne en casi todos o todos los sectores. Así se expresa que los miembros del Tribunal se quieren apuntar un poroto en este desagraviado asunto, pero ¿qué hilos invisibles que se remueven en la sombra perturban su acción? Sea lo que fuera, es necesario esperar con toda serenidad lo que el Tribunal descubrirá. Si nada se descubre, opinamos desde ya que se organice una comisión para proyectar se levante un monumento al soborno, héroe magnífico de tantas jornadas realizadas entre gallos y medianoche».

La investigación tropezó porque no había pruebas (como casi siempre ocurría) y los testigos empezaron a desdecirse. El 26 de septiembre, el delegado acusador de Estudiantes, Felipe Sessa, no concurrió a la AFA para ratificar su denuncia. Cinco días más tarde, Atlanta hizo pública una nota enviada a Estudiantes, en la que pidió «se haga saber los nombres de la Comisión Directiva del club Atlanta que han tenido alguna participación en el pretendido soborno de los jugadores de primera división de esa entidad». Pero Felipe Sessa tomó coraje y ratificó el intento de soborno, declarando el 22 de octubre e involucrando al delegado de Atlanta en la AFA, el diputado nacional Manuel García, quien hizo su descargo dos días después.

Atlanta peleaba por no bajar a la B, pero la pésima campaña pudo más y el equipo descendió en la última fecha, en su propia cancha, cuando cayó ante River Plate por 1-0, con gol del juvenil Alfredo Di Stéfano, la nueva estrella millonaria. Faltaban trece minutos para que terminara el encuentro cuando un simpatizante bohemio agredió a Di Stéfano aplicándole un violento puñetazo en la cara. Di Stéfano quedó notoriamente aturdido y sus compañeros lo trasladaron a los vestuarios, suspendiéndose el partido. La gresca había empezado con varias infracciones violentas; primero una patada de Bertarelli a Néstor Rossi, luego un entrevero entre el defensor local y Ramos y finalmente la aparición del hincha agresor.

La policía intervino rápidamente y detuvo a Dionisio Sancho, simpatizante bohemio de 35 años, quien fue llevado a la Comisaría 29º, acusado de lesiones y desorden. En el diario *La Prensa* se leía que «cuando se suspendió el partido, el clima seguía muy caldeado. Los hinchas de Atlanta destrozaron carteles de publicidad y vidrios cercanos, quedando un saldo de 21 detenidos».

El 17 de noviembre, lunes posterior a la última fecha, el presidente bohemio Alberto Chissotti le exigió al Tribunal de Penas que el encuentro ante River

continuara ofreciendo las correspondientes garantías de seguridad. Atlanta tenía que marcar dos goles en esos trece minutos que faltaban para forzar un desempate con Tigre y Banfield. El cuadro de Victoria había zafado del descenso ganándole por 3-1 a Huracán en Victoria, mientras que Banfield empató restando cinco minutos el clásico con Lanús, que también necesitaba sumar un punto para escaparle a la guadaña.

Recién el 20 de noviembre el Tribunal se declaró impotente en el caso de soborno entre Atlanta y Estudiantes, luego de extensos considerandos y de una investigación que abarcó dos meses y no llegó a nada. Una semana más tarde, el propio Tribunal resolvió darle por perdido el partido a Atlanta frente a River y quedó oficialmente decretado el descenso del club de Villa Crespo.

¿Por qué el Tribunal le dio por perdido el partido a Atlanta y por qué no lo hizo en otros casos similares? Alguien creyó ver el enorme fastidio de los miembros del Tribunal por una denuncia de soborno que los llevó a una investigación inútil y los desacreditó aun más ante la opinión pública. ¿Por qué no siguió el partido, si el año anterior habían hecho continuar ridículos 70 segundos tras un intento de ahorcamiento al juez Cossio en la cancha de Newell's? Son todas preguntas que quedaron sin respuesta.

Sobre el rendimiento tan bajo de Atlanta, fue Adolfo Pedernera quien en su autobiografía titulada *El fútbol que yo viví* explicó: «entre el grupo de jugadores se formó una muy buena familia pero no se llegó a lo fundamental: integrar un buen equipo. Es cierto que el público nos alentó a rabiar, detalle que me obliga a no pronunciar la remanida frase de mala suerte. Además, debo confesarlo, quizá fui yo quien peor jugó de todos. Y tanto que todavía hoy siento una enorme pena.

Era un momento en el que había verdadero fervor por el fútbol. Si bien no había campeonatos mundiales —Argentina no quiso jugar el que se realizó en 1938 y tampoco disputaría las eliminatorias para el torneo que se haría en tierras brasileñas en 1950—, los éxitos conseguidos en los campeonatos sudamericanos y la capacidad de los propios futbolistas locales hicieron que la gente se volcara masivamente a las canchas. Los nuevos estadios, las mejoras que se hicieron en muchos otros y el poder adquisitivo de la clase media junto al ascenso económico de los más humildes, hicieron que el fútbol presentara tribunas colmadas todos los domingos. El promedio de espectadores por partido entre los años 1946 y 1950 fue de 12.755 entradas vendidas. Un crecimiento impresionante. El campeonato de 1946 fue récord desde 1931 con 14.382 entradas vendidas por encuentro, mucho más del doble de lo que produjo el primer torneo quince años atrás con 6.552. Además, desde 1941 los partidos siempre promediaban más de diez mil espectadores por encuentro, lo que demostraba el apoyo creciente al fútbol.

La Asociación del Fútbol Argentino tenía nuevo presidente. Oscar Nicolini, quien

se desempeñaba como administrador general de Correos y Telecomunicaciones, fue designado para dirigir el ente que regía el deporte más popular del país. A través de Nicolini y de Daniel Piscicelli, Racing se aseguró la presencia de dos simpatizantes en puestos clave para el futuro cercano. Piscicelli era un funcionario muy cercano a Ramón Cereijo, quien poco tiempo después se quedaría con el Ministerio de Hacienda nacional y que también era hincha de la Academia.

Nicolini permaneció dos años como presidente sin dejar nunca su cargo en el gobierno peronista. Por gestiones de alto nivel, Racing consiguió el dinero para construir su nuevo estadio y armó un plantel de excepción que le permitió ganar el tricampeonato, algo que no había ocurrido nunca en el fútbol argentino. La historia está muy bien contada en la *Memoria* y el *Balance* del Racing Club durante los años cuarenta.

En esos documentos se explica que el 16 de agosto de 1946 se firmó el decreto que aprueba el otorgamiento de un préstamo de tres millones de pesos destinados a la construcción del nuevo estadio. El decreto llevaba las firmas del presidente Perón y del funcionario Ramón Cereijo. Fue el propio Cereijo, ya ministro de Hacienda, quien consiguió otros ocho millones de pesos para terminar las obras, pagaderos en un plazo que no debía exceder los sesenta y cinco años.

ÁRBITROS INGLESES EN TIERRAS CRIOLLAS

Nueve años después del alejamiento de Isaac Caswell, el juez inglés que dirigió partidos oficiales entre 1937 y 1939, los dirigentes de la AFA decidieron repetir la historia. Y así fue que en 1948 resolvieron importar un grupo selecto de árbitros británicos para que dirigieran el campeonato que estaba por iniciarse. A mediados de marzo arribaron los primeros ocho jueces: William Brown, Robert Calder, Dean Charles, Lionel Gibbs, David Gregory, Harry Hartles, James Provan, Aubrey White y el escocés John Cox.

El 31 de marzo de 1948, el presidente de la Confederación Argentina y de la Asociación de Árbitros, Rodolfo Mansilla, y los réferis Gallegos, Villamañán y Mauriño se entrevistaron con seis de los jueces ingleses recientemente llegados al país, rentados por la AFA. El encuentro estuvo vinculado con los aspectos de la contratación de estos últimos, quienes mencionan que la determinación de traerlos fue secreta, sin consulta previa al Consejo de Árbitros.

El 4 de abril de 1948, en el debut de los árbitros británicos en las canchas argentinas, se produce el primer incidente. Es en el partido en el que Estudiantes de La Plata le ganó a River por 2 a 0 en la Bombonera, por la Copa Británica. El delantero pincharrata Reynoso partió aparentemente adelantado en la jugada que desencadenó el segundo gol de Estudiantes; a pesar de la advertencia del juez de

línea, el inglés Lionel Gibbs sancionó el tanto. Esto produjo la reacción de los hinchas de River, quienes arrojaron proyectiles al campo de juego y provocaron la suspensión del partido durante varios minutos. El réferi ya había ignorado anteriormente otro offside de Reynoso.

Esa misma tarde debutan el resto de los profesionales británicos y al día siguiente la actuación merece un comentario global del vespertino *La Razón*: «Tuvieron algunas pequeñas fallas; las mismas que muchas veces hemos anotado en nuestros jueces, con la diferencia de que a éstos no se les toleraban. Eso sí —y conviene recalcarlo porque es importante— los árbitros británicos prescinden del desempeño espectacular que caracteriza a algunos de los locales. Utilizan el silbato en forma racionada, podríamos decir, sólo en los momentos indispensables».

Además, agrega el periódico, «los jugadores procuraron evitar esas protestas tan características ya veces totalmente injustificadas. Tampoco el público protestó ruidosamente como lo hace habitualmente por cualquier fallo sin importancia. Imponen, además, una modalidad que había sido olvidada en nuestras canchas: no hacer sonar el silbato para la ejecución de tiros libres; procuran la perfecta ejecución del goal-kick y del córner, les prestan permanente atención a los jueces de línea, especialmente cuando marcan el offside, que es la infracción que mayor trabajo da generalmente a los árbitros». Para cerrar, la inevitable opinión patrioter: «Pero no creemos que sean técnicamente superiores a los nuestros».

Algunos detalles de esas primeras actuaciones de árbitros ingleses en canchas argentinas. El 25 de abril de 1948, Lionel Gibbs fue ovacionado en Parque de los Patricios en Huracán-Boca. Dos meses después, el 27 de junio, los jugadores de Tigre y San Lorenzo hicieron fila para felicitar a Charles Dean una vez finalizado el partido. Tigre ganó 4-0 y todos coincidieron en elogiar al juez.

El 23 de mayo de 1948, Independiente igualó sobre la hora ante Boca (1-1), con un penal inexistente. El árbitro fue Harry Hartles, quien hasta el momento de la sanción venía cumpliendo una correcta tarea. Según las crónicas, Mourín, de Independiente, se dejó caer aparatosamente y el réferi, equivocadamente, cobró penal. Es la primera mancha que se les achacó a los árbitros británicos desde el arranque del campeonato de primera división. Más allá del error, *Clarín* calificó al desempeño de Hartles como «magnífico».

El 7 de junio de 1948, el mismo diario *Clarín* propuso una curiosa caracterización del árbitro Dean luego de su tarea en el empate entre River y Chacarita: «Con evidente desencanto vemos que algunos árbitros británicos se están haciendo a nuestro estilo. Si el “dejar jugar” era una virtud de los nuevos referees, ayer Mr. Dean se propuso imitar a los criollos, con eso de castigar a un bando favoreciéndolo al impedir que el jugador prosiguiera con la pelota. Del mismo modo, obligó a los futbolistas a esperar a que tocara el silbato para reanudar el juego, modalidad que

por cierto no tenían cuando llegaron a nuestras playas. Su actuación de ayer dejó que desear en algunos aspectos, que ojalá no vuelvan a repetirse».

RESULTADOS SORPRESIVOS Y HUELGA GENERAL

El torneo de 1948 arrancó con la novedad de los jueces ingleses y con una primera rueda que sorprendió a todos. Los nuevos árbitros introdujeron una manera diferente de sancionar algunas infracciones y fueron muchos los futbolistas, periodistas y espectadores que tardaron en interpretar el estilo de los británicos.

En las primeras fechas se produjeron muchos resultados impensados, al punto que Platense lideró el torneo hasta la novena fecha y luego se trepó Estudiantes, por varios rendimientos negativos de los más poderosos. Las cosas se estabilizaron en la parte deportiva, y cuando restaban seis fechas para el final, Racing e Independiente luchaban por ganar el torneo. En ese momento, estalló la huelga de profesionales.

En su libro que cuenta la historia de la AFA, los periodistas Ariel Scher y Héctor Palomino señalan que *«surgida a finales de 1944, Futbolistas Argentinos Agremiados era desde esa fecha la entidad sindical encargada de representar los intereses conjuntos de los jugadores. Se gestó lentamente un movimiento destinado a modificar el carácter de la relación laboral de los futbolistas con sus clubes: exigían libre contratación, sueldo mínimo, apertura del libro de pases y el reconocimiento de su sindicato».*

En 1948 el gremio aún no había sido reconocido y las negociaciones llevaron a la formación de un Tribunal Arbitral que, desde el gobierno nacional, determinó el pago de deudas a los jugadores. Varios clubes no cumplieron y el 31 de octubre los futbolistas decidieron hacer un paro simbólico en todas las canchas, lo que provocó la desmesurada reacción de los dirigentes, quienes decidieron suspender el fútbol. Dijo el diario *La Razón* que en AFA *«presidentes y consejeros estaban de acuerdo con el presidente de la AFA en el sentido de volver al fútbol amateur y darle una nueva reestructuración a tan popular deporte».*

Las últimas cinco jornadas se disputaron íntegramente con futbolistas amateurs, lo que provocó la ausencia masiva del público en los estadios y la consagración de Independiente, ante el fracaso notorio de los chicos racinguistas. Nito Veiga fue defensor de aquel grupo de juveniles que debieron representar a Independiente, y en la desaparecida revista *Mística* contó: *«nos consagramos campeones una fecha antes de que terminara el torneo. Fue un reflejo de las circunstancias que atravesaba cada institución en lo futbolístico: Independiente tenía buenas inferiores y Racing no tanto».*

El puntero izquierdo Ezra Sued, de Racing, contó también que *«casi todos los jugadores importantes se fueron al exterior, menos los de Racing. Cereijo (ministro*

de Hacienda) ordenó que no nos dieran el pasaporte. Por ese motivo, como los otros equipos tuvieron que hacer un recambio generacional, Racing pudo conseguir el tricampeonato, ganando sus primeros títulos en el profesionalismo».

El propio Ramón Cereijo, consultado a cuarenta años del hecho por *Página/12*, declaró que *«cada uno peleaba por lo que creía justo y razonable. Los jugadores se oponían a lo que según ellos era un trato inhumano, pero no se puede evaluar a la distancia quién tuvo la razón»*. Finalmente, Cereijo eligió la inocencia al decir que *«no me molestó que Racing no saliera campeón porque a los hombres de bien no nos molestan las cosas, nos fastidian. A mí me fastidió que después de haber luchado tanto, Racing no saliera campeón...»*.

En medio de la huelga se anularon los descensos, con lo cual quedó salvado Banfield, mientras que Atlanta y Ferro Carril Oeste fueron repuestos en primera división en una decisión que tuvo pocas explicaciones coherentes. La huelga siguió hasta la primera jornada del torneo de 1949 y en medio del alejamiento masivo de grandes jugadores al exterior.

Al cumplirse los cuarenta años de la huelga, el diario *Página/12* informó en su edición del 1º de noviembre de 1998 que *«una vez concluido el conflicto, los jugadores comenzaron a percibir lo que hoy se conoce como primas. Para los futbolistas más importantes de la época el monto por ese concepto era de cinco mil pesos, mientras que los más jóvenes y los de primer contrato percibían mil pesos en adelante»*.

Respecto de las decisiones mencionadas anteriormente, un reconocido ex presidente de Racing y de la AFA, Armando Ramos Ruiz, planteó en su libro *Nuestro fútbol, grandeza y decadencia* que *«si bien el campeonato profesional ha consagrado un vencedor, con lo que se ha salvado el prestigio institucional de la AFA, el último clasificado no desciende ante el desarrollo anormal de la temporada. Sin entrar a considerar la justicia de tal medida, debe concluirse que, analizadas las dos en su conjunto, resultan contradictorias. Al permitirse el ascenso de dos equipos (Atlanta y Ferro Carril Oeste) que actuaron en Primera B se quiebra la conducta mantenida durante muchos años, asentada sobre la base de 16 equipos en la división superior»*.

EL REINO DEL REVÉS

El campeonato de 1949 empezó malherido porque el paro generado por los futbolistas, al no aceptar las condiciones que fijaban los dirigentes, se mantuvo durante todo el verano y seguía vigente cuando se disputó la primera fecha del torneo. En la jornada inicial del 24 de abril, solamente participaron aquellos jugadores que aceptaron firmar la nueva reglamentación que había establecido la AFA.

Finalmente, el martes 26 de abril se llegó a un acuerdo que le puso punto final a

la medida de fuerza. La reunión se realizó en el Palacio de Correos y Telecomunicaciones y allí estamparon su firma Oscar Nicolini, presidente de AFA, y Oscar Basso, zaguero de San Lorenzo y máximo referente de los deportistas. Unos días más tarde, fue reconocido oficialmente Futbolistas Argentinos Agremiados al tiempo que se determinó la reapertura del libro de pases hasta la finalización de la primera rueda.

Disconformes con las limitaciones salariales emigraron otros notables futbolistas como José Manuel Moreno, Mario Boyé, Ángel Perucca, Roberto Alarcón, Adolfo Pedernera, Néstor Rossi, Alfredo Di Stéfano, Juan Hohberg, Mario Fernández, Rinaldo Martino y el propio Oscar Basso, si bien los topes a los sueldos eran sistemáticamente burlados por directivos y jugadores en complicidad. Algo común que se repetiría hasta el hartazgo en cualquier ámbito argentino, donde las leyes existen pero para que las cumplan los demás.

La selección argentina volvería a ausentarse de las eliminatorias. La Copa del Mundo de 1950 no nos contaría entre los participantes. Dijo Valentín Suárez hace un tiempo en el *Libro de los Mundiales* que «*la Argentina no fue al mundial de 1950 por diversas causas. Por un lado, estaba la tirantez entre la AFA y la Confederación Brasileña. Por otro lado, pesaba la ausencia de jugadores de gran nivel, que por causa de la huelga de 1948 se fueron al exterior. Muchos de los 105 futbolistas que dejaron la Argentina ingresaron en el fútbol colombiano. Además, mezclado con todo esto, estaban los factores políticos. Pero el conflicto existía y si bien la opinión del gobierno no fue decisiva, cuando sugirió que la Argentina no estaba en condiciones de competir, se la acató*».

Muy crítico de la decisión de no participar fue Armando Ramos Ruiz, quien en su libro sobre la historia del fútbol local expresó que «*el aislamiento internacional a nivel de competencia de carácter oficial se extiende al campo continental, allí donde nuestro fútbol ha sido el principal animador. Argentina no participa de los sudamericanos de 1949 y 1953, confirmándose el conflicto iniciado antes*».

Durante 1949, el gobierno del general Perón abolió el voto calificado en la AFA y les dio a todas las entidades las mismas posibilidades, al menos en el campo de la teoría. El dirigente Ramos Ruiz fue uno de los pocos que criticó públicamente la medida al argumentar que «*se trata de la medida más nociva adoptada en la época considerada, la que ha generado la imposibilidad de acercarnos a la solución estructural ideal, deparando la progresiva decadencia económica de nuestro profesionalismo. Fue una medida que debió ser aceptada por imperio de las circunstancias*» (léase el gobierno democrático de Juan Perón). En el campeonato local, los árbitros ingleses volvieron a cumplir buenas actuaciones y fueron ellos quienes, con sus gestos ampulosos y la difícil tarea de hacerse entender por los jugadores y por el público, convencieron a la dirigencia sobre la necesidad de

estampar números en las camisetas. Así fue que en la novena fecha comenzó la nueva moda, algo ideal para ahorrarles trabajo en la identificación a los jueces y para que el público se familiarizara aun más con los cracks. En esa jornada distinta, Racing goleó por 6-1 a Lanús, River hizo lo propio con Gimnasia por 4-0, Independiente le ganó como visitante por 4-2 a Huracán y Atlanta dio la nota superando a San Lorenzo por 2-1, en tanto que Platense venció a Rosario Central como visitante por 3-1.

Tras la credibilidad lograda por sus colegas, otros árbitros británicos llegaron a la Argentina para sumarse al referato profesional: Arthur Berry, William Crawford, Bert Cross, Richard Maddison, Charles Mac Rema y John Meade.

El torneo fue peleado por tres equipos: Racing, River y el humilde Platense que, contando con el formidable arquero Julio Cozzi, el estratega Antonio Báez y los veloces punteros y goleadores Santiago Vernazza y Vicente Sayago, se convirtió en gran animador, al punto de vencer a la Academia por 2-0 en su vieja cancha de Manuela Pedraza y Crámer. El cuadro de Avellaneda venció a River en el Monumental por 1-0 y desde allí fue sacando ventajas que terminaron resultando indescontables, lo que lo llevó a ganar su primer campeonato profesional jugando sin cancha propia, ya que la nueva estaba en plena construcción. Racing hizo de local en la Bombonera y le fue muy bien.

En cambio. Boca Juniors fue la gran decepción. Terminó último la primera rueda y algunas victorias lo hicieron zafar parcialmente, hasta que la caída ante Chacarita en la penúltima jornada lo hizo quedar con 25 puntos, uno más que Huracán y uno por debajo de Lanús y Tigre. En la última fecha. Boca aplastó a Lanús por 5-1 y se salvó del oprobio del descenso. Tigre consiguió el punto que necesitaba al empatarle sobre la hora a Independiente en dos goles, en tanto que Huracán venció a Banfield con gol de Trejo y ganó el derecho a desempatar contra Lanús.

Era el comienzo de una de las historias más negras dentro del largo e irregular recorrido del fútbol argentino. El 18 de diciembre se disputó el primer desempate en la cancha de San Lorenzo y Huracán se impuso por 1-0 con gol de José Vigo, en un encuentro discreto, muy peleado y sin objeciones hacia el trabajo del juez inglés Harry Hartles. El día de Nochebuena y ante mucho menos público, en la cancha de Independiente, Lanús bailó al Globo y lo sometió por 4-1, ganando así el derecho a un tercer encuentro. Pasó el año nuevo, llegó el Año del Libertador General San Martín —el nombre oficial para 1950— y el 8 de enero, en campo de San Lorenzo y frente a más de 50 mil espectadores, se jugó el tercer encuentro. Allí ocurrió lo insólito.

El desempate había provocado gran interés, como lo consigna *La Nación*: «*lo que había pasado entre Lanús y Huracán tuvo la virtud de arrastrara ese mundo de gente que ayer copó las gradas de San Lorenzo. La pasión que se había puesto en esos matches había influido para que mucha gente imparcial, que no tenía nada que ver*

en el asunto, fuera a gustar el plato fuerte que le ofrecía el viejo escenario de Avenida La Plata».

Bert Cross arbitraba el partido que iban igualando en tres tantos Huracán y Lanús, cuando decidió anular una cuarta conquista del Globo, lo que provocó el inmediato retiro de la cancha de los jugadores del club de Parque Patricios. En realidad, primero protestaron un buen rato y, como Cross se mantuvo inflexible, decidieron irse a los vestuarios. Tanto el juez como los futbolistas de Lanús esperaron un buen rato y el partido no continuó.

En La Prensa se consigna que «el partido sufrió una brusca interrupción a los 42m del segundo tiempo al fijar Vigo el cuarto gol de Huracán, gol que descubrió una falla grandota de Marcello, en su pálida acción de contener. Mientras los jugadores de Huracán se abrazaban, lloraban, se refrescaban cerca del túnel y las gradas adictas celebraban, míster Cross invalidó el tanto que había legitimado señalando el centro de la cancha. ¿Qué había acontecido en ese ínterin? Que uno de los jueces de línea —al que tenían rodeado los de Lanús— había manifestado que el tanto se había convertido en offside. Esta derivación, en medio de la euforia huracanense, determinó que luego de un breve tira y afloje, los jugadores del Globo se retiraran a los vestuarios, seguidos posteriormente por el árbitro, a quien acompañaban la policía y dirigentes de AFA».

El escándalo que siguió fue mayor porque mientras algunos querían hacerle creer a la opinión pública que Cross había dado por terminado el partido, lo concreto y real era que Huracán había abandonado el campo de juego en señal de protesta por la anulación de un gol. El Reglamento General de Transgresiones y Penas, en su Artículo 42, inciso B, es preciso: *«abandono del juego, negativa a proseguir el partido o facilitar la libre acción del adversario, será sancionado con la pérdida de los puntos».*

Prosigue *La Prensa* contando que *«los jugadores de Lanús, mientras tanto, permanecieron en la cancha a la espera de novedades que se producirían en los vestuarios. Se anunció que el encuentro seguiría en dos tiempos de quince minutos cada uno, para luego rectificarse la información primitiva y propalarse por los altoparlantes que por orden superior se había suspendido el encuentro, solicitando la Policía Federal que el público abandonara el estadio en perfecto orden».*

Se armó una polémica nacional en pleno verano. Los directivos de Huracán apuntaron contra el juez. El delegado Fernando Berretta señaló que *«el partido debe jugarse de vuelta. Todavía no sabemos qué es lo que hizo el referí en la cancha cuando anuló el gol. Nuestros jugadores no abandonaron el campo. Fue el juez que después de casi media hora y luego de haber reaccionado acordó que debía seguir el partido con dos tiempos suplementarios. El árbitro se equivocó y la culpa no la tuvo Huracán».*

Cuando todo hacía imaginar que la cuestión terminaría con el descenso de Huracán, el Tribunal de Penas de la AFA resolvió que se disputara un nuevo partido, con el muy discutible argumento de que, en realidad, el juez inglés Bert Cross había dado por terminado el encuentro y no había consignado el supuesto abandono de los jugadores de Huracán. Los dirigentes de Lanús protestaron, hubo acusaciones de que los miembros del Tribunal se habían burlado de la reglamentación existente, pero marche preso.

De hecho, antes del fallo el diario *La Prensa* señalaba: «*existe una circunstancia desfavorable para Huracán, cuyos jugadores y dirigentes se habían negado a proseguir el juego, según la información que trascendió desde los vestuarios del árbitro y sus colaboradores. Esta situación podría llevar a la grave resolución del Tribunal de darle a Huracán el partido perdido por abandono de la lucha*». El matutino le dio una «mano» periodística al Globo al finalizar explicando que «*hay situaciones emocionales que deben ser tenidas en cuenta y esto al final llevaría a la nueva disputa del match final*».

Existieron demasiadas evidencias sobre el abandono de los jugadores huracanenses, el periodismo gráfico lo consignó en las ediciones de los diarios. El Tribunal de Penas era presidido por el dirigente de River Ernesto de Gouvea y lo acompañaban Julio Caccia, Adolfo Serrano, Manuel Rojo, Raúl Lastiri, el ex presidente de AFA y de Huracán Jacinto C. Armando, José Alcocén, Ovidio Cassinelli y Juan de Larrechea. Solamente un integrante se opuso a la maniobra del Tribunal, Raúl Rinaldi, pero nadie lo acompañó en su decisión de mantener en alto la ética y la justicia.

Decidida la historia, el 16 de febrero de 1950 se jugó el cuarto y último partido que ganó Huracán por 3-2 y que tampoco finalizó. El encuentro se disputó en la cancha de River y Lanús se adelantó por intermedio del cordobés Lacasia, empatando Trejo, aunque Pairoux convirtió un penal y puso el 2-1 parcial para los granates. En la segunda parte, un tanto de Trejo y otro de Muracco le daban la victoria parcial a Huracán.

Cuando a falta de siete minutos el juez Muller cobró un tiro penal para Huracán, Lanús se retiró del campo de juego. Aquí, sí se aplicó la reglamentación. Se le dio el partido perdido al club granate y a otra cosa. Como bien argumenta Pablo Ramírez en su *Historia del profesionalismo*, «*fue ésta una inmoralidad más en la larga serie de hechos vergonzosos que contiene la historia del fútbol argentino*».

CAPÍTULO SEIS

BUENOS ÁRBITROS, MENOS PROBLEMAS

El torneo de 1950 ratificó la línea de los últimos dos campeonatos. Es que la masiva «importación» de árbitros ingleses había tenido un efecto reparador para el fútbol argentino. Las influencias políticas y el peso de algunos clubes grandes no se hicieron sentir tan abiertamente como en épocas anteriores. Los árbitros extranjeros encaraban su tercera temporada en el campeonato con refuerzos: antes del inicio se sumaron Robert Aldridge, Tomás Hockney, Wally Muller, Ernest Wilbraham y Charles Wood.

Claro está que los vicios no desaparecieron, porque el mamarracho ocurrido en el desempate para no descender que jugaron Huracán y Lanús quedaría marcado a fuego en la historia negra de nuestro fútbol. Sin embargo, el primer campeonato profesional que ganó Racing en 1949, el segundo puesto de Platense, la quinta ubicación de Newell's, la pésima campaña de Boca a pesar de las compras masivas de jugadores que hizo durante todo el año, mostraron una cara diferente de lo que venía ocurriendo desde 1931.

Era el Año del Libertador General San Martín al cumplirse un siglo de su fallecimiento y varios clubes salieron a comprar lo mejor de lo que tenían a su alcance tratando de gambetear el masivo éxodo de futbolistas talentosos. La costumbre argentina de festejar las fechas de muerte en lugar de los nacimientos estaba en su esplendor, pero era una cuestión que excedía largamente al fútbol. En esa pelea por los cracks se produjeron tres pases rutilantes: el Charro José Manuel Moreno retornó de Chile y firmó para Boca, el club que lo había rechazado cuando era un vecino del barrio y decidió ir a probarse allí. Un emblema de River se pondría la azul y oro. Mario Boyé, ídolo boquense, regresó de Italia para incorporarse al campeón, Racing Club.

River, haciendo gala de su apodo de «millonarios», gastó 750 mil pesos y trajo al joven delantero uruguayo Walter Gómez, quien pagaría con creces la inversión. Gómez tenía la difícil misión —que resolvió con éxito— de reemplazar y hacer olvidar a Adolfo Pedernera y a Alfredo Di Stéfano, quienes habían emigrado al fútbol colombiano.

Los arbitrajes de los jueces ingleses habían traído una brisa de imparcialidad, de

justicia deportiva, que dejaba de respirarse cuando sus fallos perjudicaban a los clubes más grandes. En la mayoría de los casos, la incomprensión de los aficionados generaba los disturbios habituales y la policía entraba en acción. Por esa razón, los conflictos siguieron existiendo, más afuera que adentro, aunque tampoco los futbolistas lograban siempre contenerse. Formaba parte de la cultura nacional la protesta ante la autoridad, el querer sacar ventaja hasta de la situación más pequeña. En el caso puntual del fútbol, estaba instalado desde siempre que el juez fuera maltratado por los protagonistas cuando cobraba algo contrario a sus intereses o a sus criterios.

Un caso emblemático en esa primavera popular de 1950: en la tercera fecha, jugada el 16 de abril, un contundente botellazo en la cabeza desmayó al puntero derecho de Platense, Santiago Vernazza, cuando se aprestaba a ejecutar un tiro de esquina, luego del quinto gol calamar frente a Boca. Bastó que Platense hiciera otro gol y se pusiera 6-3 para que los hinchas boquenses arreciaran con los proyectiles. A dos minutos del final, el juez inglés Muller lo dio por terminado.

La sobria y elogiada actuación de los árbitros británicos volvió a provocar una alteración en la tradicional ubicación de los equipos en la tabla de posiciones, al punto que, por ejemplo, Independiente quedó en el último puesto cuando Chacarita lo venció por 2-1 en la undécima fecha. Racing, que lideró casi todo el torneo, fue superado por Atlanta, que peleaba por no descender, y pocas fechas después, fue goleado por Platense. Al término de la primera rueda, Racing le llevaba un punto de ventaja a San Lorenzo, dos a Estudiantes, tres a Platense, cuatro a Ferro y cinco a Newell's y Vélez. La posición de los otros tres grandes era llamativa: Boca estaba noveno, River ocupaba el puesto decimotercero y a continuación se ubicaba Independiente. Otros tiempos.

Cuando se inició la segunda rueda, la adrenalina subió. En la segunda jornada se produjo un escándalo increíble mientras se desarrollaba el partido que Vélez le ganaba a Huracán por 3-1 en Parque Patricios. A cinco minutos del final el árbitro inglés John Meade tuvo que suspender el juego por la gravedad de los incidentes, luego de que el puntero derecho Nápoli venciera a Héctor Ricardo y estampara el 3-1 para Vélez.

El diario *El Laborista* informó que «un incidente en el que tomaron parte jugadores, masajistas, entrenadores y algunos particulares, motivó la suspensión del encuentro entre Huracán y Vélez Sársfield. El match se había disputado ya en un clima de violencia. Los locales habían protestado el segundo gol de Menéndez, por estimar que previamente Quiñones había sido víctima de un foul que los había hecho quedar indecisos en espera de una decisión del referee, pero la realidad es que esa protesta y algunas intervenciones malintencionadas no hacían prever un epílogo tan lamentable».

El origen de la pelea generalizada hay que buscarlo en el choque que tuvieron el defensor Badin y el delantero Mallegni, según siguió contando el cronista de *El Laborista* en la edición del lunes 21 de agosto: «Se vio que a muy corta distancia ambos se aplicaban algunos golpes de puño y enseguida salió corriendo del arco, en actitud agresiva, Ricardo. Llegó Ricardo a toda carrera y sobre la marcha le dirigió un puñetazo a Mallegni, sin alcanzarlo. En cambio sobre él se abalanzaron algunos hombres de Vélez y entonces dio comienzo la batahola entre los jugadores, al tiempo que hacían su ingreso al campo de juego los masajistas, entrenadores, aguateros y algunos particulares, que también tuvieron activa participación en el reparto de puñetazos y puntapiés».

La pelea duró una eternidad: «Durante cinco minutos, los aficionados que en las tribunas mantenían una actitud pasiva, pudieron presenciar cómo se golpeaban impunemente jugadores, entrenadores, masajistas y particulares, hasta que la entrada de la policía y algunos miembros de las Comisiones Electivas pusieron término a la tremolina. Una vez que renació la calma, los jugadores de Huracán se sentaron en un sector del campo y los de Vélez lo hicieron en el opuesto a la espera de una resolución del juez, pero éste no apareció nuevamente en el campo y tras permanecer durante quince minutos, abandonaron el field, primero los locales y luego los visitantes. Lo hicieron cuando el intérprete anunció que el juez había suspendido el encuentro por los incidentes relatados», explicó el periódico.

Entonces ocurrió algo singular, una circunstancia que se diferenció de la mayoría de hechos similares que habían ocurrido anteriormente. La Policía Federal dispuso detener a todos los jugadores que participaron del encuentro, junto a los colaboradores de los equipos, y el grupo fue trasladado desde la cancha de Huracán hasta la comisaría más cercana —la 28°— para procesarlos por desórdenes.

Explicaba el diario: «No suponían los players del equipo del Globito, como así tampoco los del club de Liniers que iban a tener que pasar tantas horas en la cárcel de contraventores. Esas horas en Villa Devoto que no se las sacará nadie. Llevados a la seccional, inmediatamente de terminado el espectáculo, los dirigentes de ambos clubes realizaron gestiones para obtener la libertad pero, pasada medianoche, todos los detenidos fueron trasladados a Villa Devoto donde, por desorden, debieron sufrir el castigo para tal infracción. Por su parte, las comisiones directivas de Huracán y Vélez Sárfield se han dirigido a la Asociación culpando al árbitro del lamentable epílogo que tuvo el partido, aduciendo que no supo imponer su autoridad para reprimir el juego brusco».

En la mañana siguiente, los jugadores recuperaron la libertad, lo mismo que los allegados a los equipos que habían quedado detenidos. Si habían zafado de la cárcel, no pudieron hacer lo mismo con el Tribunal de Penas de la AFA, que en una de las sanciones más duras y ejemplificadoras de su historia decidió suspender a todos los

jugadores. A los 22.

El mundo futbolístico se alborotó por la violencia del incidente y por la participación masiva de los jugadores, una costumbre que se había atenuado con la intervención de los árbitros ingleses. Por esa razón Valentín Suárez, presidente de la AFA, se juntó el miércoles 23 con los capitanes de los equipos de primera división y los directores técnicos para pedirles que aflojaran con tanta violencia y con tanta agresividad dentro de la cancha. Una historia que ya había ocurrido en 1937 y que volvería a repetirse ininidad de veces.

El diario *El Mundo* del viernes 25 de agosto explicó así las penas a los futbolistas: *«Dictó anoche el Tribunal de Penas, presidido por el doctor Domingo Peluffo, su dictamen sobre los lamentables incidentes del encuentro disputado el sábado último entre los teams de Huracán y Vélez Sársfield. La extraordinaria expectación que había creado en el ambiente deportivo de todo el país dicha resolución sobre el ingrato episodio, se vio ampliamente satisfecha con el ejemplar fallo que emitió el citado cuerpo de penas, el cual aplicó enérgicas medidas a los 22 jugadores que intervinieron en los hechos producidos en el field de Huracán. Cabe destacar que todos los integrantes de ambos conjuntos fueron suspendidos. A los once futbolistas de Huracán les correspondieron castigos que oscilan entre 5 y 15 partidos y a los de Vélez Sársfield suspensiones entre cinco y seis fechas. Se dio además por perdido el encuentro a Huracán, no excluyéndose tampoco a directores técnicos, entrenadores, masajistas y ayudantes de masajistas».*

Informó el matutino que fueron suspendidos el arquero huracanense Héctor Ricardo con 10 partidos, por abandono de su puesto para intervenir en el incidente y por agresión comprobada. Se sancionó con 8 partidos a Mario Uzal por agresión e indisciplina, correspondiéndole además el artículo por reincidencia; con 6 partidos a Juan Manuel Filgueiras, por indisciplina e intervención en la agresión, inhabilitándolo además por el término de un año para ejercer el cargo de capitán de equipo; 15 partidos a Miguel Andrés Di Pace, por intervención en la agresión y falta de respeto al Tribunal de Penas; 5 partidos a los jugadores Néstor Omar Naya, Ricardo Quiñones, Luis Isidro Bravo, Cesáreo Cortón, Francisco Arbios y Juan Carlos Jiménez, por intervención en la agresión e indisciplina, y 5 partidos a Lino Antonio Badín por participar en la gresca.

Entre los jugadores de Vélez, le correspondieron seis partidos a Armando Mauricio Ovide, por intervenir en la agresión e indisciplina, y por su condición de reincidente se le impuso también como accesoria la pena de inhabilitación por un año para ejercer el cargo de capitán de equipo; suspensión de 6 partidos a Miguel Armando Rugilo, Jorge Ruiz, Carmelo Raúl Nápoli y José Bernardino Menéndez, por intervenir en la agresión e indisciplina, correspondiéndoles además el artículo como reincidentes. Cinco partidos a Pablo Mallegni (agresión y provocar) y la misma

cantidad a Daniel Curuchet, Ángel Natalio Allegri, Domingo Scrugli, Orlando Costa y Osvaldo Zubeldía por intervenir en las agresiones e indisciplina.

El árbitro inglés Meade fue parado por una jornada y regresó para dirigir el encuentro que River le ganó a Atlanta por 4-1, el 3 de septiembre. Lo curioso fue que tanto Vélez como Huracán tuvieron que apelar a suplentes y juveniles. En la fecha siguiente a la suspensión masiva, Vélez perdió 2-0 con Banfield como local y en las siguientes seis jornadas apenas pudo ganarle a Rosario Central y a Platense, a medida que volvían sus jugadores.

Lo de Huracán fue épico. El 27 de agosto le tocó enfrentar nada menos que a su clásico rival, San Lorenzo, en el Gasómetro. El partido lo ganaba el cuadro azulgrana por 2-0 cuando tres apariciones del juvenil José Vigo le dieron la victoria al remendado equipo de Parque Patricios por 3-2, lo que provocó un festejo extraordinario. La dimensión de las sanciones fue mermando las posibilidades de Huracán en el torneo, en el que perdió seis de los siguientes siete partidos, quedando seriamente comprometido para mantener la categoría.

En ese contexto, agobiado por la mínima cosecha de puntos, Huracán fue hasta Caballito para visitar a Ferro Carril Oeste, el 15 de octubre. El partido tenía un condimento extra, porque en los días previos el joven arquero de Ferro Roque Marrapodi había denunciado públicamente un intento de soborno de allegados a Huracán. La acusación provocó una larga investigación del Tribunal de Penas que llegó a reunir algunas evidencias que implicaban a dos particulares, simpatizantes del cuadro de Parque Patricios, pero sin las suficientes pruebas. No hubo sanción alguna. El encuentro lo ganó Huracán por un insólito 6-1 en Caballito y el resultado provocó la separación del zaguero Filippo, quien no volvió a integrar la formación de Ferro en el resto del campeonato.

El torneo de 1950 que ganó Racing con ocho puntos de ventaja sobre Boca e Independiente, cerró el primer éxodo masivo de jugadores hacia el extranjero. Colombia se apoderó de muchos y excelentes futbolistas y varios partieron también al fútbol europeo, que se estaba reconstruyendo tras los horrores de la guerra. El hecho debilitó a numerosos equipos y provocó alteraciones importantes en las formaciones, que se conocían de memoria porque los jugadores se quedaban varios años en los mismos clubes.

Racing había inaugurado su estadio en septiembre de 1950 y en la siguiente temporada haría lo mismo Vélez, con lo que el fútbol argentino ganaba dos escenarios que serían tradicionales y muy cómodos para ver un partido desde cualquier sector de la cancha.

Lanús, despojado en el desempate contra Huracán, ganó sin inconvenientes el torneo de ascenso de 1950 y regresó a la máxima categoría. Los jueces extranjeros siguieron arbitrando con sus particulares estilos y los partidos mantuvieron una cuota

de paridad que antes no existía.

La sanción de los resistidos tiros penales volvió a ser el ejemplo más claro de los cambios que se habían producido. De los 54 penales que habían cobrado los jueces argentinos en 1947, se pasó a 91 penales en 1948, a 124 en 1949 y a 128 en la temporada de 1950. Si bien se había incrementado la cantidad de equipos, estaba claro que a la hora de cobrar los jueces ingleses no tenían tantos complejos ni sufrían tanto la influencia externa, como le ocurría a la mayoría de los árbitros argentinos.

En la lucha por quedarse en primera volvió a prevalecer Huracán, que debió desempatar con Tigre al igualar ambos en puntos. El cuadro de Parque Patricios no tuvo problemas esta vez y se impuso por 3-1 y 5-1, condenando a los tigrenses a volver al ascenso junto con Rosario Central. Quilmes, el otro amenazado, se había salvado en la última jornada al aplastar a Tigre en el sur con otro contundente 5-1 y Huracán pudo alcanzar un penoso empate ante Gimnasia en la cancha de Boca para poder forzar el desempate.

Para el nuevo campeonato de 1951 llegarían más jueces ingleses: Aluryn Bradley, Harry Dyckes, Leslie Iliffe y Goodfrey Sunderland.

Fue Lanús, que había ganado cómodamente el ascenso en 1950, quien se convirtió muy rápido en la revelación del torneo de 1951, al punto que lideró la primera rueda con gran parte del equipo que jugaba meses atrás todos los sábados. El campeonato lo peleaban también Independiente y Racing, mientras que Banfield se insinuaba como un equipo de temer por su fortaleza defensiva, efectividad en ataque y la presencia de Eliseo Mouriño, un gran caudillo de la media cancha.

El cuadro albiverde alcanzó la punta junto a Independiente y no la perdió más hasta la última fecha. En el medio, fueron declinando los rojos y también Lanús. Creció mucho River, mientras que Racing inició una levantada final que lo situó con chances de campeón por tercera vez consecutiva.

Banfield saboreaba el título: le llevaba un punto a Racing y, faltando dos partidos, ganándole en San Martín a Chacarita le restaría definir en su estadio frente a Independiente. El 4 de noviembre lo acompañó una multitud de ilusionados hinchas porque el cuadro sureño estaba ante la máxima oportunidad de su historia. Mientras tanto, esperaba que San Lorenzo le hiciera fuerza a Racing en Avellaneda y por lo menos le sacara un empate.

Nada de eso ocurrió. El único que dejó pasar su ocasión fue River, que igualó en un gol con Vélez en el Monumental y se quedó con el puesto de escolta. En cambio, Banfield no pudo con Chacarita y sus chances se redujeron sensiblemente.

Ese triunfo funebrero por 2-1 será recordado por viejos hinchas banfileños durante mucho tiempo, porque ganando en San Martín Banfield se apoderaba casi definitivamente de la punta y mantenía la ventaja sobre Racing. La victoria de Chacarita fue celebrada ruidosamente en la cancha de Racing, donde el local le ganó

2-1 a un San Lorenzo que apenas pudo descontar en el final.

Pero hubo circunstancias extrañas que lanzan sombras sobre lo sucedido en el partido con Chacarita. En principio, hinchas y jugadores fueron recibidos con una violencia que no tenía justificativos. Explica Víctor Raffo en su libro *Banfield, campeón moral 1951*: «cuando los jugadores de Banfield llegaron a San Martín, insultos y piedras llovieron sobre el micro de la delegación. La barra brava funebrera ostentaba su tradicional bandera “enterradores” mientras en el vestuario visitante, recuerda el defensor Bagnato, nos tiraban piedras por las ventanas y para salir a la cancha fue un triunfo».

El choque fue durísimo, como lo consignan los diarios de la época. En *El Mundo* se puede leer que «jugó Chacarita con enorme entusiasmo. El vencedor cumplió una actuación extraordinaria por el ardor con que selló cada jugada. En cambio el puntero, que tardó en armarse, no cumplió labor acorde a su prestigio».

Otero abrió la cuenta para el local, empató Sánchez Lage de penal y antes del final del primer tiempo el debutante Nápoli estampó el 2-1 con un cabezazo. El resultado no se modificaría en el segundo tiempo, durante el cual Banfield atacó y llenó de centros el área funebrera, sin poder llegar al empate. La táctica de Chacarita fue demorar, dilatar, poner nerviosos a los contrarios.

Explica Adolfo Mogilewsky, preparador físico de aquel Banfield, que «las técnicas para derrotar a Banfield, que era un equipo que demostraba tener solvencia física en la cancha, eran tirar la pelota afuera, parar el juego, no empezar, poner nerviosos a los jugadores. La pelota se iba afuera y cuando la iban a sacar, Mario Fortunato les decía a los jugadores ¡pará!, ¡pará! todavía no la saques».

Sin embargo, en el segundo tiempo se produjeron un par de situaciones polémicas. Cuenta el diario *El Mundo*: «transcurren 35 minutos. Sánchez avanza gambeteando. Provoca un claro y remata. El balón da en el travesaño. Salta Molinari en busca del rebote y cabecea apenas. Empalma entonces Sánchez también de cabeza, y la impulsa a la red a tiempo que atropella Huarte para completar la jugada. El juez anula el tanto por posición prohibida del puntero. Hay protestas de los visitantes y una intensa rechifla. Enseguida Espinosa, en el rectángulo grande, manotea la pelota para neutralizar un tiro de Converti. Es penal, pero el árbitro, que no advierte la infracción no atiende a los reclamos».

Ese punto que Banfield necesitaba se le escapó increíblemente por decisión del árbitro Harry Dyckes, el juez que menos partidos dirigió en la temporada de 1951. Además fue ésa la única oportunidad en que controló un juego donde participó Banfield. Esa jugada de los 35 minutos del segundo tiempo fue contada en el libro de Víctor Raffo por el protagonista, José María Sánchez Lage, de la siguiente manera: «fue una pelota que recibí en mi campo, empecé a correr, gambeteé a Montero y desde cuarenta metros, como vi que Isaac López estaba adelantado, le pateo y sigo

corriendo. Pega en el travesaño y como venía me tiro y la meto de cabeza, un golazo impresionante, el mejor gol de mi vida».

Cuenta Raffo que el árbitro Dyckes convalidó el tanto y Mario Fortunato, el técnico local que estaba detrás del arco, entró al campo, corrió al juez, lo tomó de los hombros y lo sacudió. La reacción inmediata del árbitro fue dar marcha atrás en su decisión: *«Todos festejando arriba mío, casi me ahogan —sigue Sánchez— y cuando me levanto me dicen te lo anuló. ¿Cómo? Me quise morir. Salí corriendo al referee, me puse que no te imaginás, si me dejaban agarrarlo lo mato».* Enseguida, un centro de Convertí fue desviado con la mano por Esquide —algunos medios dijeron que fue Espinosa— dentro del área y el juez no cobró el penal correspondiente. El partido se extinguió en el 2-1 para Chacarita y a Banfield se le esfumó la primera gran chance de ser campeón. Ahora dependía de lo que pasara en las últimas dos fechas.

El árbitro fue criticado duramente y el punto máximo se pudo leer en el diario *Regional*, de Lomas de Zamora. Allí textualmente se dice que *«cuando Mr. Dyckes a solas con su conciencia recuerde que él malogró los esfuerzos de toda una temporada y los anhelos de millares de aficionados, estamos seguros que se arrepentirá de su triste actuación de ayer y le vendrán ganas de irse para su tierra natal y recién entonces estará tranquilo, pues aunque no obtenga el perdón se habrá ganado el olvido».*

Federico Pizarro, uno de los recios zagueros que tenía Chacarita, contó años después que no hubo incentivación de Racing o del ministro Cereijo, pero aclaró que *«yo sí intenté sacar provecho de ese resultado. En aquella época yo sí me acuerdo que este Cereijo a Bravo, a Méndez y a una barra de jugadores por no decir a todos, les regalaba Chevrolets '51 o les daban la concesión del cemento para que lo vendieran y sacaran cualquier cantidad de plata. Entonces recuerdo que intenté sacar provecho de ese favor que sin querer le habíamos hecho nosotros a Racing y me fui a vera Cereijo. Yo le quería pedir un jeep, que me venía bien para el negocio, para ir a buscar la mercadería. Y resulta que voy allá (al Ministerio de Hacienda) y me atiende el secretario del secretario de Cereijo. Yo me presento y le digo que lo quiero ver al ministro. Me dice no, no está, no lo puede... tiene que venir otro día. Y le contesté que le dijera al ministro que cuando pudiera atenderme que me llamara por teléfono a mi casa. Me di media vuelta y nunca más».* Pizarro, al final, explicó que *«hoy en día uno lo lamenta. Hubiera sido lindo que Banfield fuera el primer equipo chico que salía campeón. Banfield merecía salir campeón porque era el mejor equipo».*

Cincuenta años después del partido, el puntero izquierdo Ezra Sued fue convocado por *Clarín* y aclaró que *«nosotros no éramos privilegiados. Nos pagaban las primas con vales. A mí me dieron 50.000 pesos para comprarme un Chevrolet '51, que costaba 105.000. El resto lo pagué con mis sueldos. Fue la primera vez que*

tuve un coche. En 1944, cuando debuté en Racing, salí de la cancha y me tomé el colectivo que iba lleno de hinchas. No sabía como podían reaccionar».

Racing quedó un punto por debajo de Banfield, cuando faltaban dos fechas para la finalización del campeonato, pero con una ocasión inmejorable. En la penúltima jornada visitaba a Atlanta en la pequeña cancha de Villa Crespo, mientras que el taladro tenía fecha libre. Un triunfo pondría a Racing por encima, con la única necesidad de ganarle en la última jornada a Lanús en Avellaneda. Sin embargo, había un detalle clave: Atlanta necesitaba un empate para mantener la categoría, pelea que mantenía desde hacía varias fechas con Quilmes y Gimnasia.

Por ese motivo, el partido entre Atlanta y Racing se jugó como una final y terminó empatado en un tanto, lo que significó que la Academia y los banfileños llegaron igualados en puntos a la última fecha. La angustia se había prolongado dos semanas en el tiempo. Es que el domingo 11 de noviembre se realizaron las elecciones nacionales en las que Juan Domingo Perón consiguió su reelección al capturar casi cinco millones de votos, contra dos millones cuatrocientos mil del candidato radical, Ricardo Balbín. Un socio de Racing, Carlos Aloé, fue electo gobernador de la provincia de Buenos Aires y fue la primera vez que las mujeres pudieron votar, luego de la sanción de la ley que tenía inspiración socialista y que fue promulgada tras la vehemente defensa de Eva Perón.

Fue entonces el 18 de noviembre cuando Atlanta y Racing empataron, Banfield quedó libre, la tabla fue ocupada por dos líderes y San Lorenzo y River dieron vida al primer partido televisado en la historia del fútbol argentino. La definición tenía que llegar el domingo 25, con un detalle increíble: Banfield tenía que recibir al rival eterno de la Academia, Independiente. Racing, al mismo tiempo, era local contra los enemigos acérrimos de los banfileños, Lanús.

Racing pudo vencer a los granates por 5-3 y Banfield demolió a Independiente con un contundente 5-0, en un partido que tuvo varios condimentos que merecen ser destacados. En el sur, el partido empezó diez minutos más tarde que el juego en Avellaneda. Reapareció Eliseo Mouriño, el estandarte del equipo, ausente en el durísimo choque ante Chacarita. Con el resultado 5-0, los hinchas de Independiente se unieron a los de Banfield alentando al taladro y pidiendo que le ganara la final a Racing. Un error del juez Wilbraham provocó que la gente invadiera la cancha al entender que el partido había terminado, pero en realidad faltaban más de cinco minutos. Después de un buen rato se reanudó el juego, aunque tres jugadores se quedaron en los vestuarios (Sánchez Lage de Banfield, Ceconato y Lacasia de Independiente) porque se habían quedado sin ropa.

Llegó el verdadero final, entró la multitud y festejaron todos. Se venía un desempate tan inesperado como emocionante porque era la primera vez que un equipo humilde peleaba directamente por el título. Si hubiese existido el «goal

average» Banfield hubiera sido el campeón porque tenía +30 contra +23 de Racing, además de haber ganado más partidos y tener menos goles en contra. Pero todos esos datos no contaban a la hora de las definiciones.

El periodismo se puso del lado del equipo más pequeño. Decía *Clarín*: «*cualquiera sea el resultado de la final, Banfield ya es Campeón. No por compartido su primer puesto es menos legítimo y autenticador de una campaña incuestionable. Amén de que la compañía, por ser quien es el que le ha empatado, no amengua sino que reafirma el mérito banfileño*». El matutino *Crítica* explicaba que «*Banfield es un símbolo de una nueva época en el fútbol. Donde no todo ha de ser primacía de unos privilegiados cuya potencialidad económica les permitió atraer hacia sí las figuras más cotizadas y así copar entre ellos las definiciones de los torneos de primera división*».

Unos días antes de la final, el vespertino *La Razón* señalaba que «*todos los futboleros del país —menos los de Racing— se volcaron a favor de Banfield, en especial la gran masa de simpatizantes de clubes modestos. Todos los chicos ven en el conjunto albiverde el símbolo de la reivindicación de sus aspiraciones nunca cumplidas. Esta hazaña de Banfield es simbólicamente el triunfo de todos ellos, la victoria de los débiles sobre los poderosos*».

El primer partido de desempate se jugó el 1º de diciembre de 1951 en el Gasómetro de San Lorenzo y fue dirigido por el inglés Wilbraham. El marco fue inusual e insólito: banderas de casi todos los clubes haciendo fuerza por Banfield convirtieron al equipo albiverde en claramente mayoritario en las tribunas.

Según un periodista del diario *La Época*, «*eran 17 hinchadas contra una*» porque se habían reconocido esa cantidad de banderas de otros equipos, entre las que resaltaban las de Boca y las de Independiente. El partido no ofreció el interés que se esperaba y terminó igualado en cero, quedando abierto el desenlace para cuatro días más adelante.

Un bombazo de Mario Boyé, uno de los jugadores conseguidos por Racing con el dinero fresco del Ministerio de Hacienda, le permitió ganar el partido a la Academia y festejar el tricampeonato, un récord único hasta ese momento. Banfield atacó y buscó el empate, pero la solidez defensiva de su rival y un arquero experimentado como Grisetti impidieron que se modificara el marcador. Lo curioso es que Grisetti, apodado «el arquero suicida» por su costumbre de arrojarse de cabeza a los pies de los delanteros, era jugador de Banfield y había sido intercambiado con Graneros, arquero de Racing, por una temporada. Los dos terminaron defendiendo vallas opuestas...

En este caso, a pesar de la tristeza que había generado el triunfo de Racing entre los muchos hinchas de otros equipos que acompañaron a Banfield, no había quejas. Ni Wilbraham primero, ni Bert Cross después, tuvieron incidencia en el resultado y

demonstraron su capacidad y su honestidad. Algo que había escaseado en las primeras décadas de nuestro fútbol.

En 2001, el diario *Clarín* convocó a varios protagonistas para conmemorar esos choques. Para Miguel Convertí, extremo derecho banfileño, *«Racing tenía mejores individualidades. Era casi una Selección. Nosotros éramos más modestos. Creo que el año anterior teníamos mejor equipo. Pero, por necesidad, Banfield vendió a Grisetti y a Pizzuti. Recuerdo que Racing venía para dar la vuelta en nuestra cancha y le ganamos 3-0 con un baile bárbaro. Y por eso estoy seguro que en 1951, con Grisetti y Pizzuti, éramos campeones»*.

«Debo ser sincero y decir que un par de días antes del partido el plantel comió con Cereijo en el restorán El Sorrentino. No nos dio una orden. Ni siquiera fue una sugerencia, pero nos dijo que Evita prefería que el campeón fuera Banfield. Naturalmente, lo tomamos con naturalidad y salimos a ganar el partido», confesó Ezra Sued, puntero izquierdo del tricampeón académico.

Cerró la mini discusión Manuel Blanco, delantero de Racing, quien aclaró que *«a nosotros no nos regalaron nada. Decían que corríamos con el caballo del comisario. Pero la única verdad es que fue un equipazo, con jugadores de gran jerarquía»*. El campeonato quedó para Racing, que estuvo a punto de lograr su cuarto título en 1952 y quedó apenas a un punto de distancia de River, que ganó el torneo después de cinco años de sequía.

Fue un certamen que tuvo varios ingredientes distintos a los anteriores. El año 1952 fue el peor en cuanto al clima, por lo menos en la zona de Buenos Aires y alrededores. Por ese motivo muchos partidos fueron suspendidos por la lluvia y las tormentas. Se llegó como se pudo a la penúltima fecha de la primera rueda y al mal tiempo se sumó el fallecimiento de María Eva Duarte de Perón, lo que originó un duelo que duró tres semanas, por lo que el campeonato volvió recién el 17 de agosto con la última fecha de la primera rueda. Otra vez, varios equipos modestos peleaban bien arriba. River tenía un punto más que Huracán, dos más que Vélez y Chacarita y a continuación seguían Banfield y Lanús.

En la segunda rueda, River mantuvo la punta pero fue acechado por Racing que tuvo una larga racha positiva y terminó apenas a un punto detrás. Como no podía ser de otro modo, la última fecha tuvo un final accidentado porque mientras Racing vencía a Independiente con gol de Llamil Simes, River hacía lo propio con Newell's en Rosario por la mínima diferencia y se quedaba con el título. Sin embargo, cuando Eliseo Prado señalaba el tanto millonario, a los 15 minutos del segundo tiempo, estalló el escándalo y el juez Dyckes suspendió el partido. El Tribunal de Penas falló en tiempo récord, y haciendo lo contrario de lo que había hecho en otros casos — Newell's 2, San Lorenzo 3 en 1946 cuando hizo jugar los 70 segundos que faltaban —, le dio el partido por ganado a River, con lo que sepultó las esperanzas de los

rojinegros y también las de Racing, que esperaba la continuación del juego para ver si Newell's conseguía empatar o ganar.

Venía bien que el campeón fuera otro y no Racing, para ahuyentar fantasmas, para hacerlo más entretenido y porque quien ganaba el título era nada menos que River, uno de los poderosos del fútbol argentino. Por eso, una vez más, el Tribunal aplicó la ley de acuerdo a los intereses y las influencias del momento. Nada nuevo bajo el sol.

Eso ocurrió en 1952, pero la definición del torneo de 1951 cautivó a todo el país. Huracán zafaba del descenso por tercer año consecutivo. Esta vez no hubo que llegar a un desempate, pero recién en la última fecha el cuadro de Parque Patricios pudo mantener la categoría al ganarle agónicamente a Gimnasia y Esgrima La Plata por 2-1 en un partido para el infarto, literalmente: *cuatro hinchas del Globo fallecieron en las tribunas por ataques cardíacos*.

Los simpatizantes que fueron fulminados por no aguantar la tensión murieron luego de la jugada que selló el resultado y el destino de los dos equipos. Cuenta el diario *Clarín* en su edición del 22 de noviembre: *«flotaba en el aire la inminencia del gol, en la medida en que Huracán persistía en su ofensiva y Gimnasia declinaba en su defensa. Eran cincuenta mil personas consultando sus relojes. Pero el gol llegó al final. Héctor López, reprisando su brillante juego, eludió de nuevo a tres rivales, se perfiló al llegar frente al arco y cuando Rodenak salía, remató hacia un rincón. Gol maestro y tanto por su calidad como por su significación. Un gol para la historia de Gimnasia y la de Quilmes...»*. Fueron justamente el equipo de La Plata y el entusiasta Quilmes los que retrocedieron a Primera B. En el caso de los cerveceros, un punto por debajo de Huracán en la tabla final.

CAPÍTULO SIETE

ESTUDIANTES EN LA MIRA

En esos días de 1952 las pasiones opuestas que provocaba el gobierno peronista de aquel momento llegaron al territorio del fútbol. El principal perjudicado fue Estudiantes de La Plata, un cuadro que no estaba en los primeros puestos pero que tampoco peleaba por mantener la categoría, a pesar de contar con futbolistas de primer nivel. Todo se originó en junio de 1952 y tuvo su desenlace cuando el cuadro de La Plata descendió, por primera vez en su historia, a fines de 1953.

Cuenta la revista *Animals*, una publicación pincharrata independiente, que *«aquella mañana del 18 de junio de 1952 se olía algo raro en el ambiente. Un grupo de personas se presentaba impetuosamente en la sede del club al grito de “¿dónde están los libros?”*. Era el delegado platense de la Confederación General del Trabajo (CGT), Luis Felipe Suárez, junto a otros miembros de la central obrera. Los acompañaba, extrañamente, un fotógrafo. De inmediato se dirigieron hacia donde estaban apilados aquellos libros en cuestión, los escritos por Eva Perón, *La razón de mi vida*».

Sigue narrando la revista: *«eran en total dos mil ejemplares, que presuntamente la provincia le había entregado a Estudiantes con el objetivo de que el club los distribuyera entre socios y entidades sociales de la ciudad. Suárez comprobó lo que le había informado secretamente un empleado del club. Era esa prueba, esa foto, la que necesitaba para pedirles la renuncia al presidente César Ferri y a todos los miembros de la Comisión Directiva. Tras la visita a la sede, el dirigente sindical Suárez actuó con todo el poder de convocatoria y presión que su cargo en la CGT le permitía: decretó un paro total en La Plata de todos los gremios afiliados y convocó a una manifestación en la Plaza San Martín, recordada por sus duros discursos*».

Parece que Luis Felipe Suárez fue el primero en hablar ante la gente, enardeciéndola aun más. Entre los oradores se destacó el diputado peronista Rojas Durquet, quien expresó que *«no tenemos nada en contra de Estudiantes, sino de los dirigentes. Los trabajadores repudiamos públicamente a los once tarados mentales que estaban ocultando la voluntad de un pueblo*». Pocas horas después, los principales directivos de Estudiantes se presentaron en la sede de la CGT y le explicaron a Suárez y a su gente que como no se habían puesto de acuerdo sobre el

destino de los libros, habían decidido mantenerlos archivados. Suárez, con el inmenso poder político que tenía en ese momento, les dijo que debían renunciar igual *«porque nadie podía asumir la responsabilidad por la actitud que tomaría la multitud con el club»*, según expresó años más tarde al diario *La Nación*.

Así lo hizo la Comisión Directiva de Estudiantes, tratando de anticiparse a una venganza política, el mismo día que Suárez irrumpió en la sede y descubrió esos libros emblemáticos archivados. Sin embargo, el gesto de buena voluntad no les alcanzó a los directivos y al día siguiente, los diputados Héctor Cámpora (luego presidente de la Nación), Asquía y Alonso presentaron un proyecto en el que declararon que *«la maniobra tendiente a sustraer de la circulación el libro La razón de mi vida, consagrado ya como el libro de la hora de los pueblos, merece la más enérgica condenación de los representantes del pueblo»*.

El gobierno bonaerense decidió imponer su poder y, con la firma del gobernador Carlos Vicente Aloé, dispuso la intervención del club Estudiantes de La Plata, explicándose en los fundamentos que *«la actitud asumida por la Comisión Directiva importa no sólo un agravio profundo a la personalidad histórica de la señora Eva Perón, ejemplo de sacrificio, abnegación y amor por los humildes, sino al mismo tiempo una ofensa inferida a la dignidad de todo el pueblo... Si todo ello no fuera suficiente para aconsejar la intervención, es un índice suficiente la apresurada renuncia de todos los miembros de la CD, que en este momento ha quedado acéfala»*.

El 23 de junio llegó la intervención y fue puesto en funciones Mario Sbuscio. Con la dirigencia propia alejada del trabajo diario, los futbolistas quedaron a la deriva. Al momento del drástico cambio de autoridades, la deuda con el plantel abarcaba cinco meses de sueldo. Allí, los problemas institucionales y políticos se trasladaron a la vidriera principal, el equipo de fútbol.

Junto a Mario Sbuscio asumieron Rafael Oteriño, José Amerise, Guillermo Tettamanti, Juan Longo y Horacio Gismondi, todos afiliados al Partido Peronista. Pocos días después del fallecimiento de Eva Perón, la legislatura bonaerense sancionó la ley que cambió el nombre de la ciudad de La Plata por Eva Perón. A partir de ese momento, el equipo pincharrata fue Estudiantes de Eva Perón.

Las cuestiones económicas con el plantel no se solucionaron y los futbolistas decidieron ir a la huelga por falta de pago. Los titulares jugaron por última vez el 2 de noviembre, cayendo sobre la hora ante Racing, en Avellaneda. Los responsables de la intervención decidieron suspenderlos por 90 días, algo que les permitía la reglamentación de la época pero haciendo caso omiso de que había una abultada deuda con cada futbolista.

Estudiantes afrontó los últimos seis partidos con un equipo formado por elementos de tercera y cuarta división. Apenas pudo ganar dos encuentros y perdió los cuatro restantes. Los jóvenes debutaron ante Platense y cayeron por 3-2 en La

Plata, mientras que los jugadores titulares se presentaron en el estadio y repartieron volantes a los hinchas de Estudiantes explicando la situación y el origen de la suspensión. La cuestión trascendió a la ciudad y tomó estado público en la prensa nacional.

Finalmente, los jugadores y la intervención llegaron a un acuerdo gracias a la mediación de Valentín Suárez, el presidente de la AFA. Con el apoyo de Futbolistas Argentinos Agremiados y de su secretario general Llamil Simes, se depositaron 120 mil pesos en la AFA y se solucionó el inconveniente principal que era la deuda con el plantel, pero con un grave perjuicio hacia el club.

Los pseudodirigentes vendieron a la mayoría de los futbolistas por cifras irrisorias. Por ejemplo, el arquero Gabriel Ogando, los goleadores Infante y Pelegrina y el insider Giosa fueron comprados por Huracán en un millón de pesos, con el agravante de que tanto Infante como Ogando eran titulares en la selección argentina. Con el argumento de una deuda que tenía el club y para «sanear las finanzas», la intervención continuó liquidando el plantel, cediendo otros tres futbolistas a Independiente (Violini, Ferretti y Bouché), uno a Ferro (Pirone) y otro a Banfield (Lorenzo). Estudiantes quedó seriamente comprometido para el torneo de 1953 porque dejó de tener figuras de nivel nacional, se vio obligado a apelar a jugadores juveniles y apenas retuvo a Garcerón y Antonio, dos buenos elementos que no podían, por sí solos, hacer olvidar a sus compañeros transferidos.

Atlanta fue el equipo que descendió en 1952 tras una pésima campaña, al punto que recién pudo ganar su primer partido en la vigésimo segunda fecha al vencer por 6-4 al poderoso Independiente, haciendo revivir aquel partido largamente sospechado de 1940 cuando triunfó por idéntico resultado ante el mismo rival. Si aquella vez jugaron las figuras del subcampeón como De la Mata y Maril, aquí participó la delantera estelar del fútbol criollo compuesta por Micheli, Bonelli, Lacasia, Grillo y Cruz. Se habló mucho tiempo del resultado porque llamó la atención tanta potencia ofensiva en los bohemios y tantos errores defensivos en el rojo de Avellaneda. Esta vez, ningún jugador fue cedido en parte de pago desde Villa Crespo hacia la sede de Independiente.

En el torneo de 1953, Estudiantes arrancó muy mal, ya que perdió los cinco primeros partidos y recién pudo capturar su primer punto al igualar con Platense en la séptima jornada. El cuadro de La Plata apenas obtuvo seis unidades al término de la primera rueda y una serie de éxitos resonantes ante Independiente, Huracán y Boca, además de una sospechosa goleada a Chacarita por 6-1 en San Martín en la última jornada, pero que no alcanzaron para evitar el descenso a Primera B.

El encuentro disputado el 22 de noviembre fue arbitrado por el inglés Wilbraham y Estudiantes necesitaba un resultado muy amplio para superar en el *goal average* a Newell's Old Boys. En la jornada final, River superó por 2-1 a los rojinegros y se

consagró bicampeón, mientras que Estudiantes arrancó perdiendo pero enseguida lo dio vuelta y con tres goles de Caram finalizó la primera etapa ganando 3-1. En el segundo tiempo, explica Pablo Ramírez en su *Historia del profesionalismo*, «se asistió de tal modo a un espectáculo muy común en muchas de las jornadas finales de los diferentes campeonatos, en que se facilitaba el triunfo de un cuadro amenazado por el descenso. Como si beneficiando a unos no se perjudicara a otros. Estudiantes ganó 6-1 contando con la complicidad del rival, que paradójicamente tenía hasta antes de ese partido la valla menos vencida del certamen. Pero el triunfo, logrado de un modo tan cuestionable, no logró impedir el descenso del equipo estudiantil».

En la crónica del partido que publicó *La Nación* se puede leer: «cuando a los treinta segundos Chacarita abrió la cuenta, no era cosa, sin duda, para pensar que el equipo iba a ganar por 180 goles, pero tampoco era cosa de imaginar que perdería por 6 a 1. Sus partidarios no quisieron convencerse de la superioridad de Estudiantes y el guardavalla Díaz quiso saltar la alambrada para rechazar los cargos de que era objeto...».

Pero Estudiantes descendió y en La Plata estalló la indignación contra los dirigentes que trabajaron para la intervención. Un trabajo paciente del directivo Juan Pascale, rector de la Universidad Nacional de La Plata, dio como resultado la confección de una sola lista encabezada por Raúl Caro Betelú, miembro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. El cuadro de La Plata (en aquel momento llamada Eva Perón) se dispuso a afrontar su primera intervención en el ascenso y para ello contrató a Mario Fortunato, un experimentado entrenador con muchas relaciones políticas, arbitrales y deportivas, quizás demasiadas. Fortunato había sido sancionado en los años cuarenta por participar en un caso de soborno y tenía varios antecedentes similares. El cuadro pincharrata fue favorecido en varios encuentros por desempeños cuestionables de los jueces y ganó el torneo con tres puntos de ventaja sobre Argentinos Juniors y Colón de Santa Fe.

Cuando faltaban siete jornadas, Estudiantes marchaba cuarto, a cinco puntos de Colón, pero la súbita pérdida de partidos de los santafesinos y de sus escoltas Atlanta y Unión más una racha seguida de triunfos, le permitieron al cuadro de La Plata ganar el campeonato. Siempre que jugó de local, Estudiantes contó con la presencia del gobernador Carlos Vicente Aloé, el mismo que dos años antes había decretado la intervención del club por los dos mil libros archivados. Las necesidades políticas, estaba muy claro, habían dado un giro absoluto.

Hace algunos años, Manuel Pelegrina le contó al periodista Eduardo Kóppl en la desaparecida revista *Goles Match* que «la gente supuso que todo estaba arreglado para que ascendiéramos. Pero no fue así, porque lo nuestro fue todo serio. Eso se lo puedo asegurar como capitán de aquel equipo». Pelegrina agregó: «entrábamos a la

cancha con cierto resquemor, porque si en determinado momento empatábamos o ganábamos con susto, podía parecer que quedábamos en evidencia y no era así. En un partido contra All Boys en la semana se comentó que estaba todo arreglado, la cuestión es que perdimos 1-0 faltando dos minutos...».

Entre 1953 y 1955 se produjeron los últimos arribos de jueces ingleses. Dirigirán encuentros de primera división Alexander Ross, Ronald Lynch, Leslie Burtfield, Joseph Thurman, Robert Turner y William Elliot, pero sin el brillo de sus predecesores y con mucho menos tolerancia del público. Durante el torneo de 1955 casi se produce una catástrofe en la cancha de Huracán. La AFA había resuelto una jornada doble para el coqueto estadio de Parque Patricios. Ese domingo 7 de agosto River y San Lorenzo jugarían a las 10 de la mañana, mientras que por la tarde lo harían Huracán y Platense. Cuando apenas iban tres minutos de juego del primer encuentro, se produjo un accidente que pudo ser gravísimo: se derrumbó parte de la tribuna lateral que da sobre la calle Miravé, enclavada delante de la torre y debajo de las cabinas de transmisión y del palco de periodistas. El bloque de cemento que se fracturó abarcó diez escalones y alcanzó alrededor de quince metros de largo por diez metros de ancho. No hubo víctimas fatales y los heridos llegaron a 80, algunos de consideración. Al estadio concurrieron 25 mil personas.

Al día siguiente, el matutino Clarín publicó que «el estruendo y los gritos de horror de quienes se hallaban alrededor del lugar del hundimiento, detuvieron automáticamente el juego en la cancha e hicieron cundir por todo el estadio la sensación de que se estaba en presencia de una desgracia de incalculables proporciones. Que no haya desgracias irreparables se debió a que el sector hundido se hallaba en la parte baja de la tribuna —más o menos del décimo al vigésimo escalón de abajo hacia arriba— y a que el desprendimiento se produjo en block, o sea que todas las personas que se hallaban en el sitio quedaron encima de los trozos de cemento».

Crítica fundamentó la ausencia de muertos y heridos graves con el siguiente argumento: «cabe señalar que la circunstancia de que el tiempo se haya mostrado desapacible influyó para que el público retaceara su concurso al cotejo y esta circunstancia fortuita determinó que el accidente no se tradujera en una verdadera catástrofe. Partió un estruendo ensordecedor que conmovió al estadio todo y ante los gritos en demanda de auxilio de los aficionados ubicados en ese sector, se suspendió el juego y el Inspector Municipal de guardia en el estadio de Huracán, ante la gravedad del episodio, anunció que había resuelto no permitir que se realizara por la tarde el partido entre las primeras divisiones de Huracán y Platense».

El 10 de agosto de 1955, River goleó a San Lorenzo por 4 a 2 en cancha de Racing, con tantos de Vernazza, en dos ocasiones, Walter Gómez y Labruna. Benavídez y Sanfilippo, para el Ciclón. Fueron 40 mil personas las que presenciaron

el partido. Mientras tanto, en Ferro, Huracán derrotó a Platense sobre la hora por 1 a 0 con gol de Infante.

Durante el mes de agosto de 1955, la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires —por intermedio de personal especializado de sus organismos técnicos— realizó inspecciones a los estadios de fútbol y de otros deportes, con el propósito de procurar seguridad a los asistentes. Se encontraron diferentes anomalías, razón por la cual varios clubes fueron emplazados a realizar trabajos de reparación en sus estadios.

River se encaminó directo hacia el título, el tercero en cuatro temporadas. Sin embargo tuvo su estadio Monumental suspendido durante tres fechas por decisión del Tribunal de Penas de la AFA que evaluó como graves los incidentes provocados por sus hinchas en la cancha de Platense. El partido se jugó el 3 de julio y el cuadro calamar venció por 2-1. El segundo tiempo no sólo fue intenso por el trámite del cotejo (ya ganaba Platense por 1 a 0) sino también por el clima en las tribunas. Luego del empate de Walter Gómez, una fortísima avalancha en la popular visitante generó que se rompiera el alambrado, que el público se precipitara en el campo de juego y que el partido se suspendiera durante trece minutos. Con el encuentro reanudado, se produjo la jugada que derivó en el escandaloso final: corrían 34 minutos cuando Carrizo le aplicó una patada sin pelota a Berazza, por lo que el juez inglés Burtfield sancionó penal (vale aclarar que la reacción del arquero de River se originó en los supuestos codazos que el delantero le propinó antes de la infracción).

Sayago concretó el gol mientras en la tribuna millonaria los hinchas se enardecían. El juego continuó hasta los 41, tiempo en el que Burtfield lo suspendió definitivamente debido a las constantes provocaciones de ambas parcialidades: mientras los simpatizantes visitantes arrojaban piedras y botellas a la cancha, los de Platense quemaban una bandera de River en su tribuna. El incidente dejó seis heridos, dos detenidos, la cancha de Platense arruinada y a Amadeo Carrizo demorado en la Seccional 35ª de la Policía Federal.

El 4 de julio de 1955, el árbitro Burtfield elevó el informe a la AFA sobre los episodios de Platense-River y acusó como culpables de los incidentes a los hinchas de River. Al día siguiente, el delantero calamar Gregorio Berazza declaró en el diario *Crítica* que no fue golpeado por Carrizo en la jugada que derivó en el penal y en la posterior reacción del público de River. En la misma nota, el arquero explicó que él pateó la tierra como reflejo de nerviosismo y no al delantero Berazza. El 14 de julio de 1955, la AFA da por finalizado el partido entre Platense-River con el resultado que tenía cuando se suspendió.

Además de los cinco grandes, dos equipos habían jugado de manera consecutiva desde el inicio del profesionalismo en primera división: Huracán y Platense. El cuadro de Parque Patricios debió jugar dos desempates en 1949 y 1950 y pudo salir

airoso, mientras que los calamares retrocedieron a Primera B en 1955, tras pelear contra Rosario Central y quedar rezagados dos puntos debajo de los rosarinos.

Como siempre, la disputa por no descender provocó suspicacias. En *Historia del Club Atlético Platense 1905-1980*, el historiador Jorge Sepiurca informa que «*en la penúltima fecha, en el partido matutino con Lanús, la platea baja les ruega a los visitantes la menor fuerza posible —ésa que Platense en varios de sus hombres parece no demostrar— y el defensor Bendazzi responde: “¿Qué quieren, que hagamos los goles nosotros?”*. Un débil cabezazo de Lugo se escurre entre las manos de Domínguez y el final es de ciencia ficción: cae Cortón en el área y ante el vacilante inglés Burtfield, los propios jugadores de Lanús lo rodean señalándole el penal, que convierte Menéndez. Final 1-1».

Para *Clarín* del 1º de diciembre de 1955: «*Platense esta vez no pudo sortear el amargo desenlace, pese a que al comienzo del torneo parecía tener un equipo con poderío suficiente. Pero se fue rezagando y convirtiéndose en protagonista de esa lucha azarosa y dramática que le dio singular vibración emocional al campeonato, pero que, es lamentable tener que decirlo, no fue todo lo clara que hubiera sido de desear, en cuanto a la legitimidad de su desarrollo y por ende, a su desenlace*».

Otros incidentes salpicaron el campeonato que ganó River: el 13 de noviembre de 1955, Estudiantes-River se suspendió a los 37 minutos del segundo tiempo, momento en el que la visita se imponía 2 a 1. El partido se detuvo cuando el árbitro Elliot sancionó penal para River, tras un violento foul de Casanueva a Walter Gómez. Luego de que el jugador millonario fuera retirado de la cancha por lesión, se generó un cruce verbal fuerte entre Rolando, de Estudiantes, y el referí. Simultáneamente, partió una pedrea desde el sector del público local ubicado detrás del arco, lo que motivó la intervención policial. Hasta la suspensión definitiva, la demora por los incidentes fue de 35 minutos. El 24 de noviembre el Tribunal de Penas le dio por ganado el encuentro a River y suspendió por dos fechas la cancha de Estudiantes.

Dos semanas más tarde, River convirtió el primer gol del partido contra San Lorenzo en el Gasómetro, a minutos del final del primer tiempo. El tanto que consiguió Roberto Zárate dio lugar a una serie de incidentes. En primer lugar ingresó un hincha local y golpeó al juez inglés John Meade. El único atenuante posible para explicar la reacción del hincha fue la actuación del referí, que hasta el instante de la suspensión no tenía una buena labor: un penal ignorado a favor de San Lorenzo y una posición adelantada no cobrada de Sívori (esta última jugada deriva en el penal y posterior gol de Zárate para la ventaja millonaria). Luego de la agresión sufrida, Meade logró abandonar el campo y dirigirse hacia los vestuarios. Mientras tanto, en la cancha, varios jugadores de River se trezaron a golpes de puño con algunos simpatizantes de San Lorenzo que habían ingresado desde las tribunas. La policía tardó una hora en disipar el caos: gases lacrimógenos, piedras y botellas fueron los

principales elementos de la batalla. Una vez finalizados los disturbios, una hora después de la suspensión, Meade se negó a reanudar el juego a pesar de la insistencia de la policía en que el orden ya estaba restablecido.

El matutino *Clarín* del 28 de noviembre de 1955 llamó a la reflexión sobre el desorden que vivía el fútbol argentino en los diferentes estadios: *«El mal es grave y requiere medidas enérgicas, de las que nadie puede desentenderse, porque a todos alcanza la responsabilidad y, por ende, a todos debe abarcar la preocupación por encontrarle remedio a la situación. Dirigentes de clubes y dirigentes de la AFA, autoridades policiales y futbolistas deben resolverse a la decisión firme, más aun, inquebrantable, de encontrarle remedio al mal que atenta contra la dignidad del pueblo argentino y que amenaza con destruir la cultura deportiva que creíamos lograda»*.

El 1º de diciembre de 1955, dado el caos que reinaba en las canchas, hasta la Comisión Directiva del Círculo de Periodistas Deportivos se sintió obligada a hacer público un comunicado con el objetivo de llamar al orden a la población futbolera: *«que la mejor policía sea el propio espectador y que el fútbol sea siempre una auténtica fiesta»*. En ese momento y luego del golpe que derribó al gobierno peronista, el divorcio entre el público y las fuerzas de seguridad era mayor que nunca y preanunciaba momentos más complicados.

El 2 de diciembre de 1955, San Lorenzo rompió relaciones con River sosteniendo que, como norma del deporte, los triunfos y las derrotas se tienen que generar en los campos de juego y no afuera de éstos (la reacción se vincula con una nota que los de Núñez presentaron ante la AFA pidiendo los puntos).

El 4 de diciembre River superó a Vélez por 5 a 2 y quedó a un paso del título, ya que aventajaba a Racing y Boca por tres puntos, a dos fechas del final. Su siguiente rival era justamente Boca, pero con la chance cierta de llegar a la Bombonera como campeón si es que el Tribunal de Penas le daba por ganado el partido suspendido ante San Lorenzo.

El 6 de diciembre, River se coronó campeón ya que el Tribunal de Penas resolvió darle por ganado aquel encuentro. La diferencia de cinco puntos en la tabla de posiciones sobre sus más inmediatos perseguidores, con sólo cuatro en disputa, consagró al Millonario como ganador del título. La sanción de la AFA no sólo implicó el fallo favorable a River, sino también la clausura del Gasómetro por seis fechas. El presidente de San Lorenzo, Luis Traverso, afirmó que durante la semana previa y hasta en la misma mañana del partido recibió llamadas alertándolo sobre un posible arbitraje de John Meade favorable a River.

La reglamentación vigente en 1955 sobre incidentes de violencia en los estadios, según el Artículo 42 en su Apartado A, decía: *«Clausura de cancha de una a seis fechas al club cuyos socios o público partidario incurra en agresión, desorden, o*

acción que impida, interrumpa o dificulte el desarrollo del partido de Primera División o que, en oportunidad del mismo, cometa agresión, empleando cualquier medio, contra el árbitro oficial (...) antes o después del partido, dentro o fuera del estadio (...) Cuando la agresión, el desorden o la invasión del público al campo de juego impidan la iniciación del encuentro o determinen su suspensión definitiva, cualquiera sea el tiempo jugado y el número de tantos señalados, el Tribunal queda facultado para dar por perdido el partido al club que resulte responsable del hecho». Esta vez, el Tribunal de Penas había aplicado el reglamento con toda claridad. Algo que no pasaba de manera muy frecuente.

El general Perón ya no era el presidente honorario de la AFA. Los dirigentes se encolumnaron detrás del gobierno golpista. Sin embargo, el fútbol seguía siendo el mismo. El gobierno peronista había caído, víctima del golpe de Estado militar que instauró la llamada Revolución Libertadora. Una revolución que también provocó cambios y enroques políticos en el fútbol argentino.

A partir de 1956 se pondría en práctica un sistema novedoso en la definición del descenso a Primera B. Sería una historia que tendría su primer capítulo con el nuevo campeonato y que, cincuenta años después, seguiría provocando quejas, dudas y muy pocos beneficios, salvo a los clubes más poderosos.

Concretamente, en el caso de que varios equipos empataran el último puesto se procedería a sumar los puntos de los partidos que jugaron entre ellos y se les agregarían las unidades cosechadas ante los cinco primeros de la tabla de posiciones. La nueva reglamentación duró una sola temporada: hubo triple empate y se armó un lío bárbaro.

CAPÍTULO OCHO

EL DESEMPATE MÁS COMPLICADO

El campeonato de 1956 todavía seguía afectado por la mezcla que significaba el arbitraje de los jueces ingleses que aún continuaban dirigiendo y la camada de colegas argentinos que habían logrado incorporarse a la primera división. Cinco equipos se recortaron en la lucha por el título, sorprendiendo Lanús y Vélez al pelear con los poderosos River, Boca y Racing.

Cuando Lanús parecía apropiarse del torneo y lograr la hazaña que no pudo Banfield cinco años atrás, su derrota ante River en el sur le permitió al cuadro millonario quedarse con el cuarto campeonato en los últimos cinco años. Como siempre ocurría, las fechas finales tuvieron resultados sospechosos: el equipo que descendió. Chacarita, obtuvo nueve puntos en las cinco últimas fechas.

Al detenerse en la historia de los clubes de peor campaña que sumaban puntos a granel en las últimas fechas, el diario *El Mundo* sostenía: *«Es necesario señalar para la salud del deporte que en los últimos tramos del campeonato, cuando la amenaza del descenso es firme, se produce una serie de resultados realmente anormales. Es, además, extraña la reacción que tienen conjuntos que durante toda la temporada se han desempeñado en un completo plano de inferioridad y que en las últimas fechas comienzan a reunir puntos en los más difíciles cotejos. Para contrarrestar estas maniobras, modificó la Asociación del Fútbol el sistema imperante pues descenderá el team que reúna menos puntos en tres temporadas, a partir de la presente. Pero en la actual aún síguese con el sistema pasado, con una simple variante para caso de empate, de que se tendrá en cuenta, en vez del “goal average”, los puntos obtenidos entre los que estén empatados, en sus confrontaciones, y los que hubieran obtenido en sus partidos con los cinco mejores clasificados».*

Un par de fechas antes del final, Chacarita consiguió un resultado sospechoso en el Monumental, al empatarle en un gol al poderoso River tricampeón. El comentario del diario *La Nación* es bien claro al respecto: *«Un grupo numeroso de socios y simpatizantes de River disgustados con el desarrollo del partido con Chacarita promovieron desórdenes en las dependencias interiores del estadio, poco después de concluido el cotejo. De viva voz increparon a dirigentes y futbolistas poniendo en*

duda el resultado del partido. El dirigente Plinio Garibaldi fue agredido, y cuando se quiso hacer lo mismo con los jugadores, la enérgica intervención de la policía lo impidió».

La parte baja de la tabla tuvo un desarrollo infartante: Estudiantes y Huracán terminaron con 23 puntos, mientras que Argentinos Juniors, Chacarita y Tigre quedaron con 22 unidades. Por lo tanto, hubo que aplicar la nueva reglamentación, lo que confundió a periodistas y espectadores. En San Martín, Chacarita venció a Racing por 1-0 con un penal convertido por el insider izquierdo Esquide y su gente celebró largamente la victoria creyendo que estaban salvados del descenso, mientras que en La Paternal el público de Argentinos suponía que el cuadro había bajado nuevamente a Primera B.

En la última jornada disputada el 2 de diciembre, Argentinos perdió 2-1 con Ferro en su propia cancha, mientras que con dos goles de Arizaga, Estudiantes le ganó 2-1 al campeón River en La Plata, en tanto que Tigre empató con Gimnasia en dos goles. Teniendo en cuenta estos resultados, si River y Estudiantes hubieran igualado, el que descendía era el conjunto platense. Es que se hubiese dado un cuádruple empate en 22 unidades, y la suma de puntos estipulada por la reglamentación sobre descensos hubiera sido la siguiente: Argentinos, 13; Tigre y Chacarita, 11; Estudiantes, 10.

Vale la pena mencionar que si Tigre (el más beneficiado en caso de empate de posiciones según el sistema de descensos) hubiese perdido, bajaba de categoría directamente por quedar una unidad por debajo del resto. También podría haber descendido Argentinos si los de Victoria le hubieran ganado a Gimnasia: habría existido un empate de posiciones entre el cuadro de La Paternal y Chacarita, lo que hubiese beneficiado a este último. Efectivamente, el sistema de descenso era confuso.

En concreto, lo que finalmente sucedió luego de la última fecha fue un triple empate entre Argentinos, Tigre y Chacarita. La suma de puntos en base al sistema de descenso dio estas posiciones: Tigre y Argentinos, con 10; Chacarita, con 9. La complicadísima suma de puntos logrados entre ellos y ante los cinco primeros del campeonato (River, Lanús, Boca, Racing y Vélez) definió el descenso de Chacarita, que quedó por debajo de Tigre y de Argentinos. Fue tan desconcertante el método aplicado que no se lo utilizó más.

Los resultados dejaron un gran manto de sospecha, más allá de la forma de definición que tuvo el descenso. En el diario vespertino *La Razón*, el popular Fioravanti escribió el 1º de diciembre de 1956 —un día antes de la última fecha— que *«el rumor insidioso llegó hasta la propia Asociación, donde se dejó entrever que había manejos turbios en el proceso de algunos partidos, regulados por gentes interesadas en beneficiar a uno y perjudicar a otros, o quizá también por los levantadores de juego clandestino que pagarían mejor que algunas entidades a los jugadores de fútbol».*

Para el torneo de 1957, la AFA resolvió aplicar el promedio por primera vez. Se sumaban los puntos de los dos últimos campeonatos y se los dividía por dos, mientras que para el equipo ascendido (Atlanta) el promedio equivalía a los puntos obtenidos. En su estreno, el bajo promedio condenó a Ferro Carril Oeste al descenso, zafando Tigre por escasas centésimas. El cuadro de Victoria no pudo escaparse durante el campeonato de 1958 y bajó a la Primera B.

UN PAPELÓN CON CONSECUENCIAS

En el mundial de Suecia no hubo «campeones morales». Argentina volvió a participar en competiciones internacionales después de 24 años y el resultado no pudo ser peor: la goleada histórica que le propinó Checoslovaquia y la eliminación en primera ronda. Dante Panzeri advirtió en su momento que *«en el excusario nacional de los argentinos se fundaron dos instituciones: el triunfo moral y la mala suerte, que unidas a la cancha barrota y al referí nos robó el partido, nos permitieron sobrellevar (con todos los honores, todos para nosotros, jamás para los otros) una larga serie de frustraciones. Ésa es nuestra crisis fundamental, en todos los órdenes. No sabemos cómo ni qué somos masivamente. Sólo sabemos cómo nos llamamos. No tenemos una característica propia, aparte del no te metás»*.

Es que la selección viajó a Suecia confiada en su supuesta superioridad, algo que más tarde demostró no ser más que simple arrogancia. Argentina fue vapuleada por Alemania, les ganó a los modestos irlandeses del norte y fue aplastada por Checoslovaquia (6-1) en un resultado que provocó reacciones de desazón y furia entre el público que asistía regularmente a los estadios. El plantel que regresó desde Europa fue recibido con monedazos e insultos, y se sucedieron acusaciones de todo tipo y color. La caída del pedestal fue tremenda, porque el papelón deportivo no pudo ser revertido rápidamente. La opinión pública condenó a ese equipo y el veredicto se esparció por todas las canchas, sin distinción de camisetas. Ahora, todos eran un desastre. Algo típicamente argentino.

Una muestra más de la poca solidaridad que recorría el mundo del fútbol ocurrió el 27 de julio de 1958, cuando un tremendo temporal se abatió sobre la ciudad de Buenos Aires y alrededores. La tempestad provocaría en ese fin de semana la escalofriante cifra de cien mil evacuados y nueve muertos. Sobre la madrugada del lunes la crecida de las aguas alcanzó los 3,8 metros y mantuvo inundados a La Boca, la Isla Maciel, Avellaneda, Villa Dominico, Wilde, Bernal, Quilmes, Vicente López, Florida, Olivos, San Fernando, Tigre y el Delta. Del otro lado del Río de la Plata, el fuerte temporal provocó la suspensión de un amistoso internacional entre Peñarol de Montevideo y Milán de Italia.

El domingo se suspendió el partido entre Atlanta y Newell's y se jugó la mayoría

de la jornada, a pesar de la tormenta. En la cancha de Boca, el local derrotó por 3-0 a Lanús con menos de tres mil personas en las tribunas. Un gol de Nardiello, otro de Senés y un tercero de Bellomo redondearon el resultado. Fueron muy pocos los hinchas presentes. ¿Qué había pasado? Las calles cercanas se habían inundado y no había manera de llegar a la Bombonera.

El diario *El Mundo* señaló: *«Tantas fechas se han perdido con motivos o pretextos más o menos firmes, que la determinación de la Asociación de Fútbol Argentino de hacer jugar ayer los partidos, pese al temporal y al mal estado de los campos de juego, no pudo menos que resultar insólita y motivar serias conjeturas (...), no sólo la lluvia y el consiguiente fangal en las canchas, sino la inundación de grandes barriadas, los inconvenientes en los transportes y el hecho de que el público, que tantas veces ha sido sorprendido por resoluciones intempestivas, descartaba ya que se pudieran disputar los encuentros (...) Lo importante es tener un criterio uniforme, firme y único. No postergar los partidos cuando conviene a los dirigentes de los tres o cuatro clubes que manejan la AFA, o hacerlos jugar cuando también favorece los intereses de los mismos, sin importarles ni el espectáculo, ni la salud de los jugadores y del público».*

El periodista Diego Lucero explicó el choque «bajo el agua» entre boquenses y granates en el diario *Clarín* con su particular estilo: *«Tribunas desiertas, la cancha era una pileta como para baños de fango. Boca, el viejo Boca barrero, empezó a mandar desde que la bola entró en juego. El juego de Lanús es demasiado fino para poder desarrollarse en la gran cataplasma de agua y barro de aquel rectángulo anegado, en aquella isla que era la Bombonera, rodeada por el agua de la inundación como si fuera una góndola...».*

Pocos meses después, la tragedia llegó a las tribunas. El domingo 19 de octubre de 1958, en medio del desinterés general por el campeonato y las críticas generalizadas contra futbolistas y dirigentes en general por el papelón de Suecia, el partido que Vélez le ganó por 1-0 a River en Liniers terminó con un aficionado muerto, Alberto Mario Linker, de 18 años.

Escribe Amílcar Romero en su detallado y pionero *Muerte en la cancha* que los hinchas de River quedaron muy enojados cuando finalizó el encuentro por las supuestas demoras en las que incurrió el arquero velezano, Roque Marrapodi. Cuenta Romero que *«el árbitro Luis Ventre pitó el final del encuentro y ahí fue cuando ardió Troya. En realidad, lo que también alcanzó a arder, y los bomberos consiguieron controlar y apagar enseguida, fue un sector de las plateas bajas ocupado por hinchas de River. Por el alambrado de la cabecera una verdadera horda comenzó la invasión del campo de juego con claras intenciones hacia la humanidad del árbitro, del arquero Marrapodi, de los jugadores dueños de casa y todo aquello que luciera a enemigo y se le cruzara».*

«Realmente la tragedia será consecuencia de un conato de rebelión dentro de la Guardia de Infantería. El oficial inspector a cargo ordenó a sus hombres abrir fuego con la pistola lanzagases y, aunque cueste creerlo, la tropa se negó», explica Romero, antes de continuar: «Como no hay mejor prédica que el ejemplo, el oficial le arrebató el artefacto al hombre más cercano ya las 17.40 disparó la primera granada hacia el centro de la tribuna de River. Al producirse el desbande y disiparse la primera nube de gas, pudo verse que quedaba un cuerpo solo, caído, con una radio portátil forrada en cuero a su lado. En el Hospital Sallaberry, donde había sido llevado Tito Linker, los médicos aseguraban que mostraba una perforación de cráneo con exposición de masa encefálica».

Al día siguiente del fallecimiento de Linker, sus amigos reaccionaron indignados ante la versión policial que intentaba argumentar una supuesta pelea de Linker contra otros hinchas y que sostenía que el arma homicida había sido una botella de gaseosa. Jamás se supo quién fue el oficial policial que disparó la bomba de gas lacrimógeno a la tribuna y, de hecho, asesinó a Linker. Afirma Romero en su libro que *«lo único digno de destacar fue que todos los partidos del domingo 26 de octubre, debido al clima existente, se jugaron sin custodia policial de ninguna especie. Contra todos los vaticinios agoreros, no se produjo un solo incidente».*

EL COLMO DE LA PREPOTENCIA

Además del papelón argentino en el Mundial de Suecia, el torneo de 1958 tuvo otros ingredientes que lo convirtieron en una parodia. Fue un campeonato en el que River y Boca no ganaron el título, pero demostraron que eran los dueños de las decisiones más importantes en la AFA.

Ocurrió que Boca perdió en su cancha ante Argentinos Juniors por 1-0 y sus hinchas promovieron desórdenes. El zaguero Federico Edwards fue expulsado y sufrió cuatro fechas de suspensión, al tiempo que se clausuró la Bombonera. Los directivos boquenses no tenían buena relación, en aquel momento, con el Tribunal de Penas de la AFA. Tres días antes de las sanciones, Boca presentó una nota ante el Colegio de Árbitros con la firma de toda su Comisión Directiva en la que el club se quejaba por la floja tarea del árbitro Ángel Coerezza en el choque ante Argentinos.

Conocida la clausura de la Bombonera, los dirigentes boquenses criticaron duramente a los miembros del Tribunal. Los integrantes del cuerpo penalicio de la AFA resolvieron presentar la renuncia ante las acusaciones de Boca. Eduardo Ortfe, presidente del Tribunal, se mostró particularmente molesto con el dirigente Miguel de Riglos, quien criticó el fallo sin contemplaciones. En su renuncia, Ortiz le contestó indirectamente a Boca diciendo que *«es lamentable que los dirigentes de una prestigiosa entidad adopten una actitud de indisciplina deplorable para la salud del*

deporte y negativa para los principios éticos en que necesariamente se sustenta». El Tribunal de Penas de la AFA se quedó sin integrantes, justo un día después de la muerte de Linker, y el presidente Raúl Colombo resolvió designar un triunvirato formado por Carlos Ure, Hugo Papini y Cayetano Giardulli. El Triunvirato decidió suspender el estadio Monumental por cinco partidos con motivo de los gravísimos incidentes que protagonizó la hinchada riverplatense en la cancha de Vélez y que terminaron con la muerte del joven Linker en la propia tribuna visitante.

Sin embargo, la dirigencia de River pateó el tablero. El 31 de octubre, dos días antes de la jornada, resolvió no acatar el fallo y no presentar al equipo profesional en el estadio de Caballito. Nunca se había producido una reacción semejante. En un comunicado firmado por el presidente Enrique Pardo y por el secretario Andrés Stagnaro, el club explicó que *«vista la resolución aplicada a este club por cinco fechas de clausura para su estadio, la Comisión Directiva de River dispone declarar que el Triunvirato que sustituye al Tribunal de Penas no tiene competencia para arrogarse el conocimiento de una causa fenecida que constituye “cosa juzgada”, según así resalta de la resolución publicada del Boletín Oficial. Señalar que la constitución del referido Triunvirato es insanablemente nula, por cuanto dos de los miembros que la componen están comprendidos en la incompatibilidad que expresamente determina el Artículo 74 del Estatuto de la AFA. Desconocer por las razones anteriormente expuestas la resolución publicada en el Boletín Oficial y en consecuencia presentar los equipos a las horas 8 y 10 para disputar los partidos programados con el equipo de Huracán en su estadio Monumental. Comunicar esta resolución a la AFA, al Club Atlético Huracán y a los asociados del Club Atlético River Plate».*

El 2 de noviembre de 1958, casi mil personas se acercaron a la cancha de Ferro para presenciar un River-Huracán que nunca se jugó. A pesar de la ausencia de los millonarios, los de Parque Patricios salieron al campo de juego, y el árbitro Oscar Castro hizo comenzar el partido como si los dos equipos estuviesen en la cancha (cuando el juez da la orden, Pesci se la toca a Méndez). Mientras tanto, los titulares y suplentes de River se habían quedado en su estadio, donde aprovecharon para desarrollar una práctica.

Los dirigentes de Huracán anunciaron que le iniciarían una acción judicial a River por el perjuicio que significaba presentarse a jugar sin que participara el rival de turno. En tanto, la presión de River en la AFA se hizo sentir y el presidente Pardo le contó al diario *El Mundo* que *«nuestra actitud se debió a que River Plate desconoce la resolución del Triunvirato y considera válida la del Sr Colombo (presidente de la AFA) en función del Tribunal de Penas, por la cual se daba por cumplida la clausura a la cancha. Considera River que dos integrantes de ese Triunvirato no tienen facultades para integrarlo, pues el señor Giardulli ha sido asambleísta y el señor*

Papini, miembro de la ex intervención. En la última asamblea, no se votó a favor del Triunvirato, sino que se autorizó al Presidente de la AFA a delegar sus funciones en tres personas, pero no las que fueron elegidas».

El 3 de noviembre de 1958, comenzaron los rumores en la AFA acerca de la renuncia del Triunvirato, la anulación de la sanción a River y la reforma del Reglamento de Penas. Se habló hasta del alejamiento de Colombo como presidente de la AFA. Tanto Carlos Ure, Hugo Papini como Cayetano Giardulli, integrantes del Triunvirato, desmintieron estas informaciones.

El 7 de noviembre, los tres presentaron su renuncia irrevocable ante la AFA. A pesar de los intentos por modificar esta decisión, los delegados en la Asociación fracasaron en su gestión y debieron reunirse en plena tarde del sábado 8 para encontrar un nuevo cuerpo para el Tribunal de Penas, que finalmente fue elegido por unanimidad, con 13 votos a favor y uno impugnado. Lo integraban Alberto Forcada (Boca), Carlos Ponti (River), Osvaldo Guerra (San Lorenzo), Manuel Lence (propuesto por el presidente Colombo), Armando Boglietto Rivara (Rosario Central, Central Córdoba y Newell's), José Murias (Racing), José Provasi (Huracán), Oscar Ferrari (Estudiantes) y Domingo Scabbiolo (clubes de ascenso). Roberto Christensen quedó como presidente del flamante Tribunal.

Efectivo y sensible a las presiones políticas, el nuevo Tribunal actuó de inmediato. El 11 de noviembre, un día después de asumir, anuló la resolución que establecía la suspensión del Monumental por cinco partidos. El fallo decía: *«Se sanciona a River Plate con dos fechas de clausura de su cancha, cumplidas ya con los partidos con Argentinos Juniors y Huracán. Se le aplica una multa de 10 mil pesos por no concurrir su equipo de Primera. El importe de estas multas debe ser depositado dentro de cinco días, para ser entregado a Huracán como indemnización...».*

Entre los artilugios verbales empleados por los nuevos miembros del Tribunal para intentar que su modificación del fallo pareciera seria y fundamentada, se afirmaba que *«ni los estatutos ni los reglamentos prevén que ningún otro cuerpo de la institución está facultado para aplicar penas definitivas, aun en caso de circunstancias excepcionales. Por ello resalta una obligación de hecho irrenunciable para el consejo directivo asumir la responsabilidad y conferir a personas o cuerpos la facultad transitoria de tomar medidas. Que producida esta situación insuperable por las vías preestablecidas y constituido este tribunal conforme a las disposiciones estatutarias, debe, como primera medida, asumir las facultades que le son propias y proceder a fallar en todas las causas que se han producido en el período indicado que todas las sanciones aplicadas por el Presidente de la AFA y el tribunal especial son provisionales».*

En su edición del 12 de noviembre de 1958, el diario *Clarín* exhibía su

desconfianza en que nuestro fútbol llegara a organizarse alguna vez, luego del nuevo fallo del Tribunal de Penas: *«Sin temor a equivocarnos, podemos asegurar que acaba de sentarse un precedente peligroso para la marcha de nuestro fútbol, luego de la resolución que adoptó la víspera el novísimo Tribunal de Penas (...) El Tribunal era el último baluarte. El que temían los dirigentes, jugadores y público. Insobornable y ecuánime. El que ponía serenidad en esos espíritus ardientes, gestores de ese magnífico espectáculo dominical, no exento de pasiones. Su rectificación abre un nuevo camino. Los cimientos han comenzado a tambalear. ¡Ojalá que los apuntalen a tiempo!»*.

En resumen, Boca protestó por una simple derrota y una clausura de cancha y movió a todo el Tribunal de Penas. River se enojó porque lo sancionaron y le clausuraron la cancha. Se fue el Triunvirato y el nuevo Tribunal modificó los fallos. ¿Algo así como Estados Unidos y la Unión Soviética en las Naciones Unidas? Como casi siempre, se borró con el codo lo que se escribió con la mano. Literalmente. Las computadoras todavía no existían.

ROSARIO, SÓLO PARA DOS

Desde su incorporación directa a la primera división en 1939, Rosario Central y Newell's Old Boys se habían adueñado del fútbol rosarino y fueron creciendo hasta controlar casi totalmente el panorama de la ciudad. Atrás quedaron los años en los que Belgrano, Nacional, Central Córdoba y Tiro Federal peleaban desde su humildad y con chances ciertas el favor de los hinchas rosarinos. Tantos años en primera división y el escaso predicamento alcanzado por los demás clubes hicieron amos y señores del fútbol local a leprosos y canallas. Sin embargo, Central Córdoba —que había entrado directamente a la Primera B en 1943— alcanzó el subcampeonato en 1956 y logró ganar el principal torneo de ascenso de 1957, postergando a Platense por tres puntos.

Su primera campaña en la máxima categoría le permitió no sufrir sobresaltos por el descenso, ya que terminó con 27 puntos, quince unidades por encima del colista Tigre. El cuadro del sur rosarino causó sensación con su llegada y movilizó a sus partidarios haciendo crujir las estructuras rojinegras y centralistas. En su debut causó conmoción al vencer a Boca y al campeón Racing, golear a Lanús, Vélez y Estudiantes y superar a su vecino Newell's como visitante.

El alejamiento de algunos futbolistas hizo mermar el rendimiento de Central Córdoba en el torneo de 1959 y el descenso se presentaba como un fantasma cierto. Una serie de resultados negativos puso al cuadro charrúa en una situación comprometida, más allá de haber vencido a Newell's en su estadio del barrio La Tablada y lograr dos triunfos ante Rosario Central. Cumplida la última jornada,

Gimnasia y Central Córdoba igualaron el promedio más bajo con 24 puntos, pero el cuadro de La Plata tenía una mayor cosecha de puntos en los partidos entre sí.

Sin embargo, había ocurrido un episodio que terminó por definir las cosas. El 8 de noviembre, cuatro jornadas antes del final del campeonato, Central Córdoba igualó en un tanto con Ferro Carril Oeste y, luego del partido, los dirigentes locales descubrieron que Juan Ríos, el número 4 del club de Caballito, estaba supuestamente mal habilitado para jugar. La denuncia fue presentada rápidamente ante el Tribunal de Penas de la AFA para ser investigado.

Explicó la revista *Goles Match* en una investigación de 1980 que «*se había comprobado fehacientemente que Ríos pertenecía al club Brown de Posadas y no tenía la autorización de su institución vigente. Además, uno de los artículos del Reglamento General de Transgresiones y Penas indicaba claramente que “en el caso de que un jugador esté inhabilitado para integrar un equipo, inmediatamente se le dará por perdido el partido a ese club”*». El cuerpo penalicio de la AFA era presidido por Agustín Matienzo, su secretario era Manuel Bobbio y los restantes miembros eran Carlos Ponti, Waldemar Arecha, César Bustos, Leandro Rodríguez Jáuregui, José Murias, Mariano Moure y Jorge Abate.

Cuenta la publicación semanal que «*la moción de los señores Abate, Ponti y Bobbio propiciaba hacer lugar a la protesta, suspender al jugador Ríos y darle por ganado el partido a Central Córdoba. Imprevistamente, el miembro Waldemar Arecha propuso suspender por 10 fechas a Ríos, pero desestimar la protesta de Central Córdoba. En definitiva, se hizo la votación y triunfó la moción de Arecha por 5 votos contra 3, los de Abate, Bobbio y Ponti*». El fallo del Tribunal de Penas se conoció el viernes 4 de diciembre de 1959 cuando ya el descenso de Central Córdoba se había formalizado, porque el campeonato había finalizado el 22 de noviembre.

El veredicto es increíble: «*se desestima la protesta del club Central Córdoba y se suspende al jugador Juan Ríos por 30 partidos, por falso testimonio, contradicciones y haber callado su inscripción en el club Brown de Posadas*».

Fue el propio Carlos Ponti, representante de River, que había votado a favor de Central Córdoba, quien comentó para la investigación de *Goles Match* que «*todos coincidíamos en que Ríos debía ser suspendido pues estaba mal habilitado para jugar. Pero después teníamos que decidir si le dábamos el partido ganado o no a Central Córdoba. Si lo hacíamos, descendía Gimnasia. Ahí entraron a jugar los intereses de siempre y las presiones. En el caso que estamos recordando, se hizo un desdoblamiento del reglamento. Lo que se dictaminó fue muy ambiguo. Por un lado se reconocía la mala inclusión de Ríos, pero por otro lado no se le daban puntos a Central Córdoba. Fue un fallo muy extraño...*».

Los rumores y las versiones que circularon en aquellos tiempos señalaban la nula disposición de los representantes de Rosario Central y de Newell's Old Boys para

colaborar con la permanencia de Central Córdoba en Primera A. El crecimiento del equipo del barrio La Tablada era visto como una amenaza por los grandes rosarinos. Ellos no habían pensado en una Rosario con tres clubes en primera división, algo que se repetiría fugazmente con la presencia durante una temporada de Tiro Federal en 2005/06.

Central Córdoba navegaría con suerte dispar en las categorías de ascenso, tendría un reverdecer cuando se lucieron Tomás «Trinche» Carlovich, el Bocha Nelson Forgués y un grupo de excelentes jugadores que ganaron el campeonato de Primera C en 1973 y brillaron en el torneo de Primera B en 1974. Los charrúas perderían la chance de volver a Primera en 1994 cuando los postergó Gimnasia y Tiro de Salta.

CAPÍTULO NUEVE

MUCHO ESPECTÁCULO Y POCO FÚTBOL

Les agarró un ataque a los presidentes de River y de Boca. Es que tanto Antonio V. Liberti como Alberto J. Armando resolvieron crear el denominado «fútbol espectáculo». En realidad era una importación masiva de cracks, para encontrarle la vuelta a un campeonato que se había devaluado por el alejamiento de jóvenes figuras (Sívori, Angelillo, Manfredini, Maschio) y que necesitaba una inyección de apellidos que hiciera volver a la gente a las canchas.

Fue así que llegaron a los dos clubes más poderosos varios jugadores que se habían destacado en equipos más modestos, como Antonio Roma y Silvio Marzolini, que pasaron de Ferro a Boca, mientras que River le pagaba a Independiente una suma récord por el zaguero José Varacka. Al mismo tiempo fueron contratados varios brasileños, peruanos, uruguayos y hubo un masivo desembarco sudamericano en los planteles. Había dicho el presidente Liberti que «*River es como el teatro Colón, sólo puede traer estrellas*».

Sin jugadores extranjeros, Argentinos Juniors se perfiló como el mejor equipo del torneo y estuvo a punto de ganarlo, aunque un par de caídas lo privaron del título que mereció y que se llevó Independiente. El modesto cuadro de La Paternal brindó una exhibición de fútbol al goleara los rojos en Avellaneda por 4-0, demostrando su particular estilo en un encuentro donde el libreto elemental de violencia que aplicó la defensa del perdedor lo hizo terminar con dos hombres menos, por las expulsiones de Tomás Rolan y Rubén Marino Navarro.

El torneo volvió a producir graves escándalos, como el ocurrido en la pequeña cancha de Argentinos, que resultó insuficiente para albergar a la multitud que fue el 2 de octubre al partido que la revelación del torneo le ganó por 2-0 a Boca, con goles de Valentino y Hugo González. El diario *La Prensa* explicó lo que ocurrió, luego de que los hinchas de Boca, molestos por el desarrollo desfavorable del partido, provocaran serios problemas: «*En varias oportunidades, la policía se dirigió al sector popular, solicitando cordura con elocuentes gestos, pues varios fallos provocaron que los hinchas arrojaran las antenas de las radios y piedras con saña inconcebible. En la calle, se procedía a impedir la formación de nuevos grupos, no*

obstante lo cual el cronista presenció cómo a pocas cuerdas un grupo de forajidos procedía a arrojar piedras contra los vehículos estacionados (...).

A los 42 minutos del segundo tiempo —continúa la narración de La Prensa— arremetieron los proyectiles y los gritos hostiles y se vio al juez Bossolino levantar del suelo un cuchillo de hoja acerado de unos 25 centímetros, que transformaba la agresión en un intento criminal. La policía decidió entonces desalojar esa tribuna arrojando varias bombas lacrimógenas, y en el desbande, el público bajó precipitadamente de las tribunas. La presión ejercida por el público que pugnaba por retirarse del lugar hizo que cedieran los postes del alambrado, rodando y haciéndolo caer. Por esta brecha entraron los más exaltados al campo enfrentando a la policía que se replegó en custodia del árbitro y los jugadores; una botella se estrelló contra el casco de un policía y hubo nuevo lanzamiento de bombas; con vandálico despropósito, los intrusos arrancaron un arco, rompiendo la red y cuanto podía estar a su alcance y enseguida, desplegados en abanico, se dedicaron a apedrear las plateas, donde creían encontrar a la mayor parte de los simpatizantes de Argentinos Juniors. Este sector, indefenso, recibió el peligroso ataque y hubo lesionados por esa causa, hasta que la policía volvió a intervenir para desalojar definitivamente el campo de juego y proceder a la detención de algunos agresores que se la agarraban a puntapiés con los faroles de un camión, elementos destrozados por esa barbarie indiscriminada. En ese momento se anunciaba por los altavoces que el partido había sido dado por terminado».

Posteriormente pudo saberse que habían resultado lesionados el árbitro del cotejo, Aurelio Bossolino, quien sufrió una herida en la mano derecha; el linesman Adolfo Gallardo, con hematoma en el brazo derecho; el cabo Carlos Scabace, con herida cortante en el cuello, y el agente Florencio Coscio, quien recibió un fuerte golpe en el cuello. Estas personas recibieron asistencia médica en los vestuarios del estadio.

Las autoridades de la comisaría 41^a lograron establecer después que en el Hospital Alvear se presentaron las siguientes personas: Roque Heredia, de 9 años de edad, con fractura de clavícula; Antonio Palombo, con hematomas en la pierna derecha; Daniel José Cena, de 7 años, fractura de la muñeca derecha; Adolfo Brusa, de 49, con traumatismos en ambos brazos, y su hijo Juan Carlos, de 13 años, con fractura de la clavícula derecha.

Según se informó en el Departamento de Policía, fueron detenidos en el interior del campo de juego y en las inmediaciones del estadio: Antonio José Bustos, de 18; Francisco Ramón, de 33; José Vasconcello, de 34; Hugo Mario Bustos, de 18; Juan Carlos Sánchez, de 29; Miguel Ferrario, de 34; Alfredo De Manuel, de 18, y Juan Carlos Megna, de 15, a quienes se les inició un expediente por infracción al edicto policial de reuniones deportivas. En la comisaría 41^a, se labró un sumario por lesiones, agresión, daños y desorden, con intervención del juez nacional Dr. Miguel

Abel Buero, secretaria del Dr. Juan Carlos Leguizamón.

El torneo mostró otro aspecto curioso: varios partidos de las últimas ocho jornadas fueron dirigidos por árbitros sudamericanos. Así, los uruguayos Pardiñas, Llanes, Fazzoli, Castaldi, Boullosa, Marino y Vaga y los chilenos Di Leo, Conley, Robles, Muñoz, Bustamante y Morales cumplieron discretamente con la tarea que se les había encomendado.

El otro gran escándalo del campeonato fue protagonizado por hinchas de Independiente y de Boca, el 6 de noviembre en el estadio de Racing. Los rojos ganaron el partido por 2-0 pero la jugada previa al segundo gol convertido por el uruguayo Viadas Douksas pudo haber generado un penal para Boca, algo que no fue validado por el árbitro Bustamante.

El periodista que cubrió el choque para el matutino *La Prensa* dijo: *«en ese momento entraron a la cancha algunos particulares, uno de los cuales atacó a Grillo, quien forcejeó brevemente hasta que la policía alejó al intruso deteniéndolo. Desde el primer piso del estadio se arrojaron entonces a mansalva peligrosos proyectiles: cajones de madera, un recipiente metálico, bolsas con aserrín, piedras y todo cuanto había llevado a la cancha ese grupo de incontrolados, al tiempo que se oían múltiples detonaciones de cohetes y de armas de fuego. Menudearon las riñas en el palco oficial y en diversos sitios de la tribuna, con algunos heridos y contusos, mientras se daba por finalizado el partido, prácticamente sobre la hora, y los hombres de una y otra divisa se retiraban, ajenos por completo al origen y sucesión de estos acontecimientos».*

El tradicional diario fue contundente al afirmar que *«puede decirse que el origen de los sucesos fue la actitud del jugador Ernesto Grillo, de Boca Juniors, por sus protestas al juez que dirigió el encuentro y por la agresión que cometió contra un particular que se hallaba en el campo de juego. El agredido, Carlos Alberto Carabeto, utilizó una credencial de reportero gráfico, extendida a nombre de Oscar Kersenbaum, que él encontró y de la que se sirvió para entrar en el campo de juego. Cuando se produjo el segundo gol de Independiente, Carabeto corrió para saludar al jugador Navarro, de este equipo. En esas circunstancias Grillo le propinó un golpe de puño, agresión a la que se sumó Mario Boyé, asesor técnico de Boca Juniors, según afirmaron varias personas que estaban en las inmediaciones».*

Según *La Prensa*, la policía detuvo, además de a Carabeto, a Daniel Rodríguez, Julio Noble, Rafael Alberto Contino y un menor de 16 años, Rogelio Salazar, quienes quedaron a disposición del juez de faltas. Asimismo, demoró al jugador del equipo de reserva de Independiente, Néstor Zerrillo. Ni Grillo ni Boyé fueron detenidos.

Al año siguiente, se generó otro escándalo, esta vez durante el clásico de Avellaneda, en un partido que los tradicionales rivales empataban en un gol. Cuenta *La Prensa* en su edición del lunes 26 de noviembre de 1961: *«el problema empezó*

cuando el delantero rojo Lanzón fue golpeado dentro del área por Mesías y un grupo de jugadores rodeó al árbitro, mientras en forma simultánea se tomaban a golpes Mesías y Lanzoni, Negri y Silveyra, Sánchez con D'Ascenzo, en fin, todos contra todos, incluidos particulares. El desorden duró hasta que los policías, en número de cuatro o cinco por jugador, consiguieron apaciguarlos con gran despliegue de poder. Entonces debieron atender a las tribunas: un grupo exaltado derribó un puesto de bebidas gaseosas y comenzó a tirarlas hacia los representantes del orden, no precisamente para que bebieran de ellas; la policía reaccionó exageradamente desenfundado los revólveres para intimidar al público y una bomba de gas lacrimógeno provocó la consiguiente desbandada».

El juez Brozzi se dirigió a los vestuarios, se reunió con directivos de los dos clubes y resolvió hacer jugar nueve minutos más. Antes de continuar, expulsó a Negri, Sánchez (su suplente), Blanco, Mesías, Vázquez, Lanzoni, Rolan y Silveyra. Racing formó con Pizzuti en el arco, Anido y Peano en la defensa y Corbatta, Oleniak y Belén en cualquier lado. El más satisfecho con el raro cariz del partido fue Corbatta, quien, librado a su propia voluntad, realizó las gambetas más increíbles.

Cierra su texto *La Prensa* con esta consideración: *«el solo hecho de haber finalizado el partido con siete jugadores de Independiente y seis de Racing adelanta lo anómalo de su trámite. Un escándalo mayúsculo, suscitado a los 35 minutos del segundo tiempo, fue no sólo la nota ingrata de la tarde sino de toda la temporada futbolística. El campo de juego se constituyó de improviso en una batahola de trompadas, puntapiés, empujones, corridas, choques y cuanto pueda configurar una pelea enconada entre gente enardecida: jugadores, directores técnicos, suplentes, etcétera».*

CASTIGO A LA INCENTIVACIÓN

Cuenta Dante Panzeri, en su libro *Burguesía y gangsterismo en el deporte*, que un recordado maestro de periodistas llamado Salustiano González —cuyo pseudónimo era Agustín Selza Lozano— alguna vez escribió por 1946 que *«cuando el deporte tiene que ventilar sus pleitos en la Justicia, es porque el deporte está podrido. El deporte, por muy grandes que sean sus conflictos, siempre supo resolverlos como corresponde, en el juego propio de limpio juego propio. Si tiene que ir a la Justicia para que se haga cumplir el juego limpio, es porque el deporte, mucho más que profesionalizado, está prostituido. Desde luego que el origen de esa prostitución es el dinero. Esto demuestra que los hombres hemos empeorado».*

A Newell's Old Boys le tocó descender por primera y única vez a la Primera B, después de haber accedido a Primera en 1939. Su bajo promedio no le permitió mantenerse y el empate sin situaciones de peligro entre Lanús y Ferro lo condenó a

bajar de categoría. La igualdad entre el cuadro granate y los verdes de Caballito quedó envuelta en sospechas, pero no se pudo probar nada. En el campeonato de Primera B de 1961, Newell's se convirtió en un gran animador junto con Nueva Chicago, Quilmes y Banfield, debutando con una victoria de 1-0 sobre Temperley.

Los cuatro equipos mencionados pelearon por el único ascenso hasta el final y, en la última jornada, los rosarinos derrotaron por 2-0 a Deportivo Morón, quedándose con el primer lugar al haber reunido 46 puntos, uno más que Quilmes y dos por encima de Nueva Chicago y de Banfield. En un partido para el infarto, el cuadro de Mataderos y los cerveceros empataron en tres goles en la fecha decisiva y Banfield se quedó en el borde del ascenso pese a ganarle por 3-0 a Tigre.

Sin embargo, unos días después de finalizado el torneo estalló una bomba en la Asociación del Fútbol Argentino: se radicó una denuncia que acusaba a dirigentes de Newell's de haber incentivado a jugadores de Excursionistas para que éstos le ganaran a Quilmes. El partido se había disputado el 19 de noviembre y Quilmes se había impuesto por 1-0.

La investigación que realizó el Tribunal de Penas comenzó en pleno verano de 1962 y la resolución fue informada en el diario *La Nación*, que acompañó la sentencia con el siguiente comentario: *«quedó demostrado que Newell's, por intermedio de su delegado afista Roberto Rodríguez Roselli, ofreció 360 mil pesos a las autoridades de Excursionistas para que repartieran entre sus jugadores en caso de ganarle a Quilmes. La propuesta fue hecha en la propia sede social de Excursionistas y Rodríguez Roselli concurrió con el técnico José Curti»*. Explica la investigación de la revista *Goles Match* que *«los jugadores de Excursionistas trataron de deformar la verdad argumentando que era un premio especial para ganarle a Quilmes, algo inadmisibles ya que se comprobó que estaban atrasados en los sueldos y premios y que éstos eran de apenas 600 pesos»*.

La decisión del Tribunal fue durísima: descuento de 10 puntos a Newell's Old Boys, suspensión de 60 días, tres años de suspensión al técnico rosarino José Curti, tres meses de inhabilitación a Oscar García, presidente de Excursionistas y veinte fechas de suspensión para los futbolistas Stortini, Pacheco, Corradini, Biancucci, Branca, Martínez, Menéndez, Palomo, Villar, Aguilar y Giacomuzzi, todos de Excursionistas.

Newell's protestó, reclamó, pataleó, pero no pudo torcer el fallo, más allá de que la suspensión nunca se hizo efectiva y pudo arrancar el torneo de 1962 con un mínimo descuento de dos puntos. El golpe lo desmoronó porque quedó quinto, muy lejos del campeón Banfield, y en 1963 llegó sexto, a seis puntos de Ferro, el campeón. Sin embargo, la perseverancia de sus directivos y sus reclamos ante la Inspección General de Justicia lo llevaron a entablar una larga demanda que a fines de 1963 tuvo su compensación cuando se ordenó reponerlo en primera división.

De poco había servido la eficiencia del escribano y los tres taquígrafos que los directivos ñulistas llevaron a la AFA para copiar textualmente las 139 carillas que alcanzó el expediente del caso de incentivación a Excursionistas. Incluso, se solicitó la intervención del gobierno provincial de Santa Fe, hubo un telegrama pidiendo que participara el cardenal Caggiano y un pedido de audiencia nunca concretada con el presidente de la Nación, Arturo Frondizi. Al iniciar el juicio a la AFA, Newell's tuvo que aceptar el fallo del Tribunal de Penas porque de lo contrario iba a ser habilitado solamente para participar en la Liga Rosarina.

La perseverancia y la influencia en ambientes políticos y judiciales de los rosarinos tuvieron su recompensa. El 9 de abril de 1964 el Consejo Directivo de la AFA determinó el ascenso de Newell's, con la condición de que desistiese del juicio y acatase el fallo del Tribunal, algo que de hecho había ocurrido, porque el cuadro rosarino disputó tres torneos de Primera B. Regresado a Primera A, el equipo rojinegro cumplió una campaña flojísima que lo llevó a terminar en el último puesto con un único triunfo sobre treinta partidos y la increíble situación de no haber ganado ningún encuentro en su propia cancha. Durante la pesadilla que significaron los tres años en el ascenso, Newell's tuvo seis presidentes distintos.

En esa misma reunión de abril, los dirigentes resolvieron anular los descensos en todas las categorías: con retroactividad a 1963, se salvó Estudiantes de La Plata y también se determinó que en 1964 y 1965 no habría bajas de divisional. Al mismo tiempo se produjo una reestructuración del ascenso, al incrementarse la Primera B con ocho equipos, lo que motivó el escalonamiento lógico y una invasión de conjuntos de la categoría más chica, Fútbol Aficionado, en la Primera C.

El 14 de abril se aprobó, por 16 votos contra 1, el ascenso de Colón, Excursionistas, All Boys, Almagro, Talleres de Remedios de Escalada y Defensores de Belgrano a la Primera B; con alguna resistencia y votación 14-3 también subieron El Porvenir y Argentino de Quilmes. En tanto, Fénix, Estudiantes de Buenos Aires, Brown de Adrogué, Comunicaciones, Sacachispas y Justo José de Urquiza pasaron a jugar en Primera C, lo mismo que Sportivo Palermo y Porteño.

Tanto mamarracho institucional mereció un comentario del diario *Clarín* en su edición del 15 de mayo de 1964 bajo el título «*La AFA dio un espectáculo bochornoso: la comedia ha terminado*». El texto del artículo explicaba: «*el festival circense estaba llegando a su fin y llegó con una aclaración del delegado de Boca (Armando) en el sentido de que no habían existido interferencias de orden político. Se curaron en salud. Aunque nosotros seguimos teniendo nuestras dudas. Tal vez haya sido una información errónea, por ejemplo, la de que el gobernador de Santa Fe (Tessio) y autoridades de esa provincia intercedieron ante el titular de River para lograr el ascenso de Colón, o la insinuación del presidente de la Nación (Illia) para la incorporación de Newell's al círculo privilegiado, o del pedido del gobernador de*

la provincia de Buenos Aires para que no se descendiera a Estudiantes de La Plata y de que este mandatario sostuvo varias entrevistas con directivos de AFA en tal sentido. Incluso con los que ayer formularon su desmentida. Todo puede ser».

El colmo del absurdo llegó cuando se determinaron los ascensos de la categoría más chica (hoy llamada Primera D) a la Primera C. Una vez que se pusieron de acuerdo en la lista de clubes, los delegados observaron que quedaban dos plazas libres. Alguien le avisó telefónicamente al representante de Sportivo Palermo que se dirigiera rápido a la AFA, porque si llegaba enseguida, lo podían ascender. Así ocurrió y el viejo club que tenía la cancha en Canning y el Río de la Plata en la época amateur, se encontró con un regalo enorme: retornó a la Primera C cuando había finalizado penúltimo en el torneo más chico del fútbol argentino... Palermo descendió nuevamente en 1970 y dejó de participar en 1983. El otro ascenso lo «obtuvo» Porteño, que había terminado cuarto en Fútbol Aficionado y cuyo delegado representaba a la división en la AFA...

OTRO CLÁSICO CON ESCÁNDALO

El campeonato de 1963 fue muy peleado por tres equipos, aunque finalmente Independiente se quedó con el título, cuando todo parecía indicar que River iba a ser el ganador y Boca el escolta, aunque el último campeón terminó perdiendo puntos fundamentales. En la fecha final, el 25 de noviembre —tres días después del conmocionante asesinato del presidente estadounidense John Fitzgerald Kennedy en Dallas— el rojo recibió en su cancha de Avellaneda a un descolorido San Lorenzo. El cuadro de Boedo estaba en plena transición entre algunos veteranos que se estaban despidiendo y la irrupción de varios jóvenes de mucha calidad y futuro que pronto serían la base de los «Carasucias» y más tarde de los «Matadores».

El partido terminó siendo un mamarracho. ¿Por qué? Independiente lo ganó 9 a 1, haciendo historia en cuanto al resultado. Sin embargo, fue anormal en casi todo su desarrollo y la actuación del árbitro Manuel Velarde y sus asistentes incidió claramente en el desenlace lamentable que tuvo el campeonato.

San Lorenzo se puso rápidamente en ventaja con un gol de Héctor Veira, quien a los 17 años se había convertido en toda una revelación. Veira marcó el tanto a los 19 minutos del primer tiempo y un minuto después tuvo que dejar la cancha. El violento zaguero central de Independiente, el santiagueño Rubén «Hacha brava» Navarro, lo lesionó y le provocó un esguince de rodilla. En esa época no había cambios y San Lorenzo se quedó con un hombre menos. El cuadro local empató diez minutos después, y antes que finalizara la primera parte se puso en ventaja con un penal que ejecutó con acierto Raúl Armando Savoy.

Cuando los jugadores de San Lorenzo se disponían a reponer desde el medio, el

defensor tucumano Rafael Albrecht discutió con el juez Velarde por la sanción del penal y el árbitro lo expulsó. El Ciclón se quedó con nueve jugadores y perdiendo 2-1. Todo parecía listo para que Independiente pudiese festejar un nuevo campeonato. El primer tiempo terminó caldeado, entre crecientes protestas de la gente visitante.

Contó el diario *La Prensa* en su edición del 25 de noviembre: «*cuando se iba a reiniciar el partido, del sector ocupado por parciales de San Lorenzo arrojaron varios proyectiles al campo de juego, por lo que el arquero Irusta y los fotógrafos que estaban detrás del arco debieron irse hasta el centro de la cancha. La insolente actitud de ese pequeño grupo de exaltados halló lamentablemente eco en el grueso de la barra visitante, quienes solicitaban a viva voz que el partido no se reanudase, gritando repetidas veces “que se vayan, que se vayan”*». Allí mediaron los jugadores de San Lorenzo, con Oscar Rossi a la cabeza, y lograron calmar a los hinchas, que ya habían soportado algunos disparos de gases lacrimógenos.

El segundo tiempo recién comenzaba cuando el defensor Rolan le cometió una falta descalificadora a Telch, medio campista de San Lorenzo, quien abandonó lesionado el partido. San Lorenzo se quedó con ocho jugadores. Según *La Prensa*, «*ello constituyó el principio del fin. A partir de ese instante no se vio nada de fútbol ni de cosa que se le pareciera. Los hombres de San Lorenzo, agotados por el desgaste extra de energías que debieron realizar, se entregaron por completo quedando parados y permitiendo que su rival consiguiera nuevas conquistas, que pudieron ser aun más. Para colmo de males, fue expulsado Páez y alrededor de los 25 minutos dejó la cancha Zárate, quedando solamente seis jugadores, que no pudieron oponer resistencia a los ataques locales*».

Los modales prescindentes del diario *La Prensa* contrastan con otras opiniones. Para el historiador Pablo Ramírez en su *Historia del profesionalismo*, el partido se desnaturalizó por completo ya que «*el juez Velarde parecía empeñado en no castigar ninguna de las graves faltas cometidas por los jugadores locales. Desde la salida por lesión de Telch y como abierto repudio contra el juez que los había perjudicado tan claramente, los futbolistas de San Lorenzo adoptaron una actitud pasiva, lo que facilitó a los jugadores rivales la obtención de más goles*».

El arquero Irusta y los que quedaban en la cancha se limitaron a mirar cómo Independiente convertía un gol tras otro e incluso fue el propio Oscar Rossi quien hizo un gol en contra al tirar al arco desde treinta metros intencionalmente. Ramírez completa su comentario agregando que «*todo se convirtió en un espectáculo grotesco y ridículo ante la total desorientación del árbitro Velarde, que no atinó a poner fin a una parodia inadmisibile*».

Como siempre, los flamantes campeones eligieron criticar a sus rivales y los vencidos se indignaron por el comportamiento del juez y de sus colegas. Mientras Osvaldo Mura decía por una radio que «*estoy molesto por el horrible*

comportamiento de los jugadores de San Lorenzo. Son unos cobardes», el capitán rojo Jorge Maldonado sostenía que «yo no lo lamento por los jugadores de San Lorenzo pero lo lamento por una institución como ese club. Si ellos se dejan hacer goles, nosotros no tenemos la culpa». Los visitantes contraatacaban a través de Héctor Veira: «Navarro me amenazó diciendo que si lo pasaba me iba a golpear. Después del gol que hice, me gritó que en la segunda me mataba», y del defensor Páez, quien aportó que «el referí estaba asustado y por eso no dio el penal que le hicieron a Casa. Cuando Rolan le pegó a Telch, estaba a dos metros y dijo que no vio nada. ¡Qué vergüenza!».

El matutino *El Mundo* publicó que la Comisión Directiva de San Lorenzo realizó una sesión extraordinaria en la noche del partido y responsabilizó al árbitro Manuel Velarde, quien, de acuerdo a los dirigentes santos, *«con su complacencia, su tolerancia y consentimiento permitió el juego brusco y malintencionado de Navarro y Rolan, especialmente, quienes ocasionaron lesiones de carácter grave y diagnóstico reservado a Veira, Zárate y Telch»*. Los directivos agregaron que *«de seguir jugando, Navarro y Rolan constituyen un peligro para todos los que los enfrenten»*, y en una cuasi declaración de guerra agradecen *«las muestras de solidaridad que hicieron llegar instituciones amigas, con excepción de Independiente, cuyas autoridades en ningún momento trataron de poner coto a los lamentables hechos que estaban ocurriendo»*.

Vale la pena recordar que cuando River llegó como líder del torneo a la cancha de Independiente, faltaban tres fechas para que el torneo finalizara, y el rojo lo ganó por 2-1 con la ventaja que significó la salida del goleador riverplatense Luis Artime, lesionado por el juego brusco de la defensa del cuadro de Avellaneda. La historia se repitió en el encuentro final.

Ya no fue igual la carrera como árbitro de Manuel Velarde, porque recién regresó al fútbol grande el 2 de agosto de 1964 en la victoria de Vélez contra Argentinos en La Paternal y dirigió salteado hasta su retiro. El propio juez le dijo a *Clarín* en agosto de 2005 que *«aquel partido me cortó la carrera. Psicológica y anímicamente me perjudicó y tuve que retirarme cuatro años después»*.

Los torneos de 1964 y 1965 no tuvieron descensos, aunque regresaron a Primera A Ferro Carril Oeste, Newell's —que había ganado su juicio—, Lanús y Platense, en ese orden. La inexistencia de la pelea por no bajar de categoría le quitó una cierta dosis de angustia y locura al fútbol argentino. Y el esplendor de los sistemas defensivos hizo que disminuyera drásticamente la cantidad de goles. Por ejemplo: Boca fue campeón de 1964 con 35 goles en 30 partidos, exactamente la tercera parte de los goles que solía convertir la mayoría de los equipos en décadas anteriores.

Los escándalos fueron más espaciados y las acusaciones por intentos de soborno o de incentivación perdieron sentido ante la ausencia de situaciones límite, tales como

un descenso o la clasificación para alguna final. Sin embargo, la intolerancia fue ganando terreno y el desprecio por el rival aumentó. Puntualmente, había discriminación con Atlanta, un club ubicado en el corazón de Villa Crespo e identificado por el hincha común como el equipo de la comunidad judía. En el partido jugado contra River en 1963, los hinchas millonarios cantaban alegremente «judío, judío, al agua, al río», algo que tendría variantes más lamentables con el tiempo.

Boca ganó ambos campeonatos y, si bien en 1964 no tuvo oposición seria, durante el torneo de 1965 fue perseguido por River, al que logró superar faltando dos fechas en la Bombonera y se consagró campeón. El mayor incidente del año lo protagonizaron los jugadores de Racing e Independiente que disputaron una verdadera batalla. El encuentro fue dirigido por Humberto Dellacasa y fue suspendido cuando iban 20 minutos del segundo tiempo, luego que Independiente empatara en dos goles, cuando David Acevedo convirtió el segundo penal otorgado a los rojos.

En los momentos previos habían sido expulsados cinco jugadores racinguistas: Anido, Luis Carrizo, Pastoriza, Oscar Martín y Rulli. La determinación que mostró Dellacasa al echara Rulli fue el comienzo de los incidentes. Cuenta *La Nación* que «*Rulli se arrojó a los pies de Mura y lo derribó sin violencia, pero el juez ordenó la inmediata expulsión del jugador racinguista. Los jugadores visitantes casi en su totalidad y otras personas no identificadas rodearon al árbitro protestando en forma airada. Menudearon entonces los empujones, los intentos de agresión y la intervención policial tratando de contener a los más exasperados. En esas circunstancias los jugadores Pastoriza y Carrizo faltaron el respeto al juez, quien ordenó también sus expulsiones*».

La crónica del diario *La Prensa* relata que «*el partido estuvo suspendido durante casi diez minutos, y en un ambiente de gran nerviosismo se vio que el centrodelantero Cárdenas ocupaba el puesto de guardavalla. De ahí en adelante, Racing se limitó a defenderse de la mejor manera, tratando de evitar casi siempre con éxito el remate al arco. A los 22m, el jugador Martín cayó fuera de los límites de la cancha tomándose la cabeza con ambas manos. Aparentemente, había sido herido por un proyectil, quedando suspendido el partido durante algunos minutos*».

Allí ocurrió algo poco común. Cuenta el mismo matutino que «*el propio Martín cometió falta contra Bernao en una confusa acción dentro del área y el juez ordenó su expulsión, al tiempo que sancionó un nuevo penal, que fue concretado por Acevedo en momentos en que dos jugadores de Racing se encontraban caídos en el suelo cerca de la valla que defendía Cárdenas*». Cuando Acevedo pateó el penal, los auxiliares de Racing atendían a Perfumo y a Ferreyra, caídos dentro del campo. Se generalizó el clima de tensión y el juez suspendió el partido. En los vestuarios, el presidente racinguista Santiago Saccol casi le gritó al periodista que lo entrevistó:

«No me haga hablar porque mis declaraciones serían irreproducibles. La actuación del árbitro esta noche resultó incalificable. Es él, Dellacasa, el principal responsable de todo lo que pasó».

El árbitro, en su camarín, les dijo a los periodistas que *«era imposible continuar el partido ante el ambiente anormal que existía en esos momentos. Solamente se habían jugado 20 minutos netos en el segundo tiempo y faltaba bastante»*. Pocas horas más tarde, varios dirigentes de Racing formularon graves cargos en la AFA contra Dellacasa, quien fue sancionado con una suspensión de casi cuatro meses, ya que recién reapareció el 12 de septiembre en Vélez-Boca.

El episodio sirvió para que una vez más quedara claro el poder que tenían los clubes de mayor convocatoria para modificar reglamentaciones. Cuando se suponía que debían hacer continuar el partido y que habría eventualmente un descuento de puntos para Racing por los incidentes que generó su público, nada de eso ocurrió. El partido no continuó y no hubo sanciones adicionales para la Academia, salvo las suspensiones reglamentarias para sus jugadores. Inclusive, dos de los jugadores expulsados —Rulli y Anido— pudieron jugar la fecha siguiente contra Rosario Central. Los vecinos de Avellaneda quedaron conformes.

CAPÍTULO DIEZ

NUEVOS TORNEOS, VIEJAS HISTORIAS

Las historias absurdas del fútbol argentino alcanzarían su punto más álgido a finales de 1966. Ya había caído el gobierno democrático de Arturo Illia y los militares, encabezados por Juan Carlos Onganía, habían ocupado nuevamente el poder para producir más calamidades. El torneo que ganó Racing con el famoso «equipo de José» que dirigía Juan José Pizzuti fue larguísimo: 38 fechas con un descenso anunciado que finalmente no fue tal.

La AFA había cambiado de manos nuevamente. Ya no estaba Francisco Perette, hermano del vicepresidente del gobierno radical que fue desalojado por el general Onganía y sus iluminados amigos. El 30 de noviembre se anunció la reestructuración del campeonato. Se volvieron a anular los descensos en todas las categorías, beneficiándose Colón de Santa Fe que estaba condenado luego de perder con Quilmes por 1-0 en el sur. La lucha había abarcado también a Chacarita y a Ferro con declaraciones de jugadores y allegados que vinculaban nuevamente los intentos de soborno con la lucha por mantener la categoría.

Otro absurdo se vivió en el campeonato de Primera B que ganó Unión de Santa Fe. Los tatengues llegaron por primera vez a la A, con un equipo que sacó mucha ventaja en puntos y contó con varios juveniles de larga y exitosa campaña posterior como Victorio Cocco y Mario Sanabria, más algunos experimentados como Pedro Mansilla, Julio César Fernández y el arquero Tremonti.

Ese torneo tenía estipulados dos ascensos y un descenso. Sin embargo, la excepcional campaña de Argentino de Quilmes alteró todos los planes. Veamos: los mates quilmeños habían hecho una campaña espantosa en 1965, ya que ocuparon el último puesto entre 23 clubes con apenas 11 puntos y una única victoria en 44 partidos. Como había promedio, estaba claro que Argentino de Quilmes necesitaba pelear el título durante el torneo de 1966 para mantener la categoría. Algo muy improbable.

El milagro se produjo y los mates alcanzaron el subcampeonato con 53 puntos, cinco por debajo del campeón Unión y dos por encima de Deportivo Morón. La campaña de los quilmeños fue espectacular y se convirtieron en la atracción del

torneo, ya que mientras sumaban puntos buscaban desesperadamente darle alcance a Excursionistas en la lucha por quedarse en Primera B. A tres fechas del final del torneo, Argentino venció por 1-0 a Excursio y se situó fuera de la lucha por evitar la caída a Primera C. Su cancha de la barranca quilmeña fue un fortín, porque sumó 17 triunfos, 2 empates y apenas 2 caídas, ante Defensores de Belgrano y Sportivo Dock Sud.

Se había estipulado que para el segundo ascenso se jugaría un octogonal entre los equipos ubicados entre el segundo puesto y el noveno. La AFA decidió «por decreto» que los mates quedaran al margen del reducido porque estuvieron peleando el descenso hasta las últimas fechas. Las críticas del periodismo fueron contundentes. El diario quilmeño *El Sol* planteó en su edición del 20 de diciembre de 1966 que *«Argentino de Quilmes tuvo su justo premio al clasificarse subcampeón pero ello le trajo aparejado un injusto castigo. Decimos castigo, ya que otra no puede ser la palabra a utilizar ante la tremenda injusticia que se comete con la entidad de Cevallos y Videla. Los que intervendrán en el octogonal han sido designados prácticamente a dedo y por temor, ésa es la verdad»*.

La revista *Goles*, en su número 953 de fines de 1966, afirmó: *«se habla de valores deportivos. Pero priman los de orden económico. ¿Cómo se explica de otra manera que se incluya en la nómina a dos instituciones como Deportivo Español y Sportivo Italiano, muy dignas de respeto por cierto, pero que ni siquiera poseen estadios, pese a sus años de militancia en torneos oficiales? La digitación en este torneo es notoria»*.

El papelón fue mayor cuando se supo que en el octogonal que ganó Deportivo Español participarían Almagro y Tigre en lugar de Argentino de Quilmes y Defensores de Belgrano. Pero a nadie se le movió un pelo, salvo a los hinchas de los equipos perjudicados y a un sector del periodismo. Todo pasa.

Español venció en dos finales a Nueva Chicago y se ganó el derecho a jugar por primera vez en la máxima categoría, algo increíble tomando en cuenta que el club había sido fundado en 1956, o sea que con once años de existencia ya había pasado por las tres categorías de ascenso. La multitud que acompañó a Nueva Chicago no se banco la frustración y hubo muchos incidentes. En el equipo españolista lucieron los jóvenes Carlos Veglio y Cristian Rudzki, luego figuras de San Lorenzo y Estudiantes respectivamente.

A partir de 1967 y con el pleno apoyo a la iniciativa de Valentín Suárez, ex delegado de Independiente de origen peronista, luego presidente de AFA, más tarde interventor y finalmente presidente de Banfield, se modificaron de raíz los campeonatos. Se aumentó en dos el número de clubes en primera —de veinte a veintidós— con la incorporación de Unión de Santa Fe y el humilde Deportivo Español. Primero se jugaría el torneo Metropolitano en dos zonas de once equipos

cada una, con este detalle: los seis primeros de cada sección irían a disputar el torneo Nacional junto con cuatro clubes del interior del país. Aquellos que quedaran durante el Metropolitano en los puestos séptimo y octavo disputarían el Promocional junto con otros cuatro clubes del interior. Finalmente, los ascensos y descensos se resolverían en el torneo Reclasificación, donde llegarían los tres últimos de cada zona del Metro y los cuatro primeros del campeonato de Primera B.

El Metropolitano fue novedoso, pero no hizo aumentar la cantidad de público en los estadios. Su mejor logro fue que se consagrara como campeón Estudiantes de La Plata, que venció al Racing Club en la final y previamente se deshizo de Platense, en un partido memorable que aún persiste en el recuerdo. Los dos cuadros más modestos—uno dirigido por Osvaldo Zubeldía y Platense conducido por Ángel Labruna—fueron los mejores del torneo y el azar los obligó a eliminarse entre sí en semifinales.

El Nacional lo ganó Independiente, segundo e invicto terminó Estudiantes, y ambos fueron a jugar la Copa Libertadores de 1968 que luego ganó el cuadro de La Plata. Los inconvenientes y las sospechas surgieron en el torneo de Reclasificación, donde se disputaban ascensos y descensos. Eran dieciocho jornadas de todos contra todos, y al final los seis mejor ubicados jugarían durante 1968 en Primera A y los cuatro últimos irían a la Primera B.

Cuenta la revista *Goles Match* en su investigación sobre la cuestión que «*cuando faltaba una fecha, Atlanta, Newell's y Tigre se habían asegurado un lugar para jugar en la A el año próximo. En la lucha por ascender o por no descender estaban Almagro y Chacarita con 17 puntos, Argentinos Juniors, Los Andes y Unión con 16. Ya Defensores de Belgrano y Deportivo Español quedaban sin chances*».

El 23 de diciembre de 1967, *Clarín* anunciaba la jornada final con un singular texto: «*Vamos a ser sinceros. Tenemos la sensación de que nos liberamos. Esto se acaba ¿y saben por qué? Porque creemos que de seguir un par de semanas más con este mátese, el año lo comenzaríamos con un surmenaje colectivo. Los partidos de hoy son la locura. Cinco bombas de tiempo que, tenemos la certeza, estallarán en cuanto los árbitros den la pitada inicial. Porque nunca se ha dado un caso semejante. Llegara una última fecha con siete equipos pendientes de lo que les pueda pasar, es realmente histórico*».

En la última jornada, Almagro perdió como local ante Argentinos Juniors por 1-0 y no pudo volver a Primera A, en tanto que el cuadro de La Paternal festejó haber mantenido la categoría. Los Andes venció a Unión y ascendió, decretando el descenso del cuadro santafesino. En el partido más importante, un aliviado Atlanta, que ya había zafado de la pelea, recibió a su clásico rival, Chacarita Juniors, que necesitaba ganar.

El primer tiempo finalizó 2-1 para los bohemios con goles de Jorge Fernández y de Jorge «Puchero» Domínguez. El arquero era Carlos Biasutto y entre otras figuras

jugaron Miguel Ángel Raimondo —más tarde campeón con Independiente y River—, Juan Carlos Puntorero y Roberto Salomone. El cuadro de San Martín descontó a través del juvenil delantero Carlos García Cambón, quien marcó dos goles más, el tercer tanto a cuatro minutos del final, lo que significó la salvación de Chacarita.

El propio García Cambón dio su opinión sobre aquel partido contra Atlanta en la vieja revista *Goles*: «*Los jugadores nos sentíamos confiados, seguros de nuestras fuerzas. Al vestuario, en el entretiempo, llegamos muy preocupados. No hubo reproches, salimos con la consigna de jugarnos el todo y gracias a Dios pudimos ganar. Ese equipo no era tan malo, no merecía estar allí* —agrega García Cambón—, *tanto es así que con casi el mismo plantel, dos años después ganamos el campeonato Metropolitano*».

Gente que asistió al partido disiente sobre la victoria de Chacarita. Algunos se la atribuyen al tremendo esfuerzo y ganas de ganar de un equipo que sabía que se iba al descenso si no conseguía la victoria, y otros la atribuyen a la indolencia de los jugadores de Atlanta, a los que les daba exactamente igual cualquier resultado.

VIOLENCIA POLÍTICA Y FÚTBOL SANGRIENTO

Torneos idénticos se disputaron durante los siguientes tres años, incluyendo 1970, el año de última aplicación. Antes de los nuevos cambios reglamentarios, Ferro Carril Oeste arañó el ascenso en 1969, pero cayó en un partido clave ante Banfield durante la disputa de un cuadrangular que jugaron con San Telmo y Deportivo Morón y donde un solo equipo quedaba en Primera A, lo que consiguió el cuadro banfileño. En el último encuentro jugado en la cancha de Racing, Banfield superó por 2-0 a Ferro y mantuvo la categoría postergando por una temporada al club de Caballito, que siguió en Primera B. El periodismo de la época resaltó la floja labor del árbitro Alberto Ducatelli, quien ignoró una clara mano intencional del lateral izquierdo de Banfield, Jorge Carrascosa, que pudo haber modificado el rumbo del partido.

En esos años se marca el inicio de la violencia como metodología, como sistema de relación entre los hinchas de muchos equipos. El periodista Amílcar Romero en su libro *Muerte en la cancha* afirma que la violencia «*se puede calificar de espontánea, el hecho se viene gestando y todavía no tiene perfiles propios, definidos, ni una propulsión propia. Además, por una razón generacional, la mayoría de sus integrantes son fundamentalmente adolescentes, la primera hornada biológicamente hija del conurbano bonaerense*».

En el fútbol siempre hubo enfrentamientos, pero no eran cosa de todos los sábados o de todos los domingos. Incidentes aislados, suspensiones de partidos, agresiones, están contados en todos los capítulos de este libro. La violencia permanente ingresó en los años sesenta con toda su dosis de intolerancia.

¿Vinculaciones con la intolerancia política? ¿Con la ausencia de libertad? Es posible. La muerte del joven Héctor Souto —hinchas de Racing— a manos de barrabravas de Huracán en Parque Patricios el 9 de abril de 1967 reabrió mortalmente el capítulo de la violencia más sangrienta. Ya nada volvería a ser igual. Un año más tarde se produjo la mayor catástrofe en la historia del fútbol argentino, al morir 71 personas en la cancha de River, luego del clásico contra Boca, el 23 de junio de 1968.

La puerta número 12 no se abrió cuando finalizó el encuentro y fueron muchos los hinchas que murieron aplastados por la multitud que venía bajando las escaleras y buscaba desesperadamente la salida. Todos los fallecidos eran seguidores de Boca, ya que la Puerta 12 correspondía a la tribuna popular visitante, sobre la avenida Figueroa Alcorta.

En su magnífica investigación, el periodista Amílcar Romero certificó que *«revisando los archivos, aparecen aislados testimonios de espectadores que quedaron arriba de la tribuna Centenario y que ni siquiera alcanzaron a entrar en la escalera. Esos testigos refieren que en los momentos previos a producirse el pandemonium hay un grupito de muchachotes que entra como una tromba en la boca que da a la escalera que allá abajo desemboca en la Puerta 12, lo hacen gritando y empujando, y que por lo que se alcanzó a oír, la premura se debía a que el otro grupo que había venido con ellos en el mismo camión ya había bajado y el vehículo se les iba a ir, dejándolos a pie. ¿Fue ése el pistón mortífero que desató la reacción en cadena cuando allá abajo policías o molinetes provocaban el tapón?»*. Nunca quedó claro qué fue lo que pasó.

En una nota recordatoria que hizo *Clarín* y que lleva la firma del experimentado colega Carlos Prieto, el sobreviviente Miguel Durrieu afirmó que *«en un principio era una avalancha normal, pero después se acrecentó. Iba por el aire, sin tocar el piso. Algo empezó a salir mal. La avalancha se detuvo. Cada vez estaba más apretado. Había gritos de pánico, de mucho miedo. La gente que estaba abajo quería subir. Estábamos uno arriba de otro bajo una terrible presión que no dejaba respirar. Me caí y después me desmayé. ¿Cuál fue el motivo de la tragedia? Nunca lo supe. Yo me salvé de milagro. Quizá gracias a la gente que me ayudó porque era el más joven de todos y porque la avalancha se detuvo cuando yo estaba en un recodo de la escalera. Apenas tenía 14 años. Nunca más fui a ver a Boca»*.

Juan Carlos Alomo, otro sobreviviente, contó que *«pensaban que yo había muerto y me escribieron el número 19 en mi pecho, como si ya fuera finado. Recién en el Hospital Pirovano se dieron cuenta de que todavía respiraba. Tenía los ojos color morcilla y la piel color carbón. Me estalló un oído y casi pierdo la vista. Me habían dado por muerto. Sólo recuerdo hasta que terminó el partido y me metí en la escalera de la Puerta 12. Después no me acuerdo de nada más, pero mi esposa vio en un video que los molinetes estaban puestos y que la Policía pegaba. Me salvé porque*

tengo una caja torácica grande».

Escribió el periodista Diego Fucks en su libro *Duelo de guapos*: «*apenas queda la sonrisa de un chico de 13 años que se había colado en la tribuna Centenario y que, aburrido, decide irse a la popular Salta hacia otra tribuna jugándose la vida, porque debajo de él hay sesenta metros de caída libre. Pero lo consigue y alienta a Boca con la gente de Boca. Cuando todo termina, mete las manos en los bolsillos y se va por una salida distinta a la que le había servido de entrada al estadio. No sale por la Puerta 12, sale por otra. Más tarde, se entera por los diarios de que se había salvado de morir sin que lo supiera. Después, se saben los nombres y el apellido del pibe de 13 años que saltó a la vida. Se llama René Orlando Houseman...».*

LA MANO QUE CASI TODOS VIERON

El segundo Metropolitano fue ganado por un equipo que causó sensación desde la primera fecha. Dirigidos por un casi desconocido entrenador brasileño llamado Elba de Padua Lima, más conocido como Tim, los jugadores de San Lorenzo se estrenaron arrasando a Atlanta por 5-1 en Villa Crespo y enhebraron una cantidad de resultados positivos que los llevaron a ganar su grupo invictos, con doce puntos de ventaja sobre Estudiantes de La Plata. En la semifinal despacharon a River por 3-1 y en la final vencieron apretados pero con justicia al propio Estudiantes. Jugaron 24 partidos y no perdieron ninguno. Quedaron para siempre en la historia como «los Matadores».

La pólvora se les mojó cuando arrancó el Nacional y no pudieron repetir semejante campaña. El campeonato tuvo un desarrollo emotivo y pareció que lo ganaba Racing, pero el cuadro de Avellaneda perdió como visitante ante Colón en la penúltima jornada y empató con River en la última, permitiendo que el equipo millonario lo alcanzara y que también Vélez se agregara al trío de punteros, quedando Rosario Central y Boca a un solo punto de distancia. Debía realizarse un triangular, que se jugó íntegramente en la cancha de San Lorenzo y que ganó Vélez, obteniendo por primera vez un título.

River derrotó por 2-0 a Racing, hubo empate entre Vélez y River en un gol y el 29 de diciembre el cuadro de Liniers superó por 4-2 a Racing ganando el Nacional de 1968. Sin embargo, a pocos minutos de que finalizara el choque clave contra River, el polémico árbitro Guillermo Nimo no cobró un claro penal para River por mano del defensor Gallo. Dice Pablo Ramírez en su *Historia del profesionalismo*: «*el partido, de escasa calidad, pudo significar el triunfo de River de haber sancionado el árbitro un visible penal cometido por Gallo, quien colocado sobre la línea de su valla interceptó con un brazo un remate de Recio».*

En la revista *El Gráfico* de Nochebuena, el reconocido periodista Julio César Pasquato (más conocido como Juvenal) analizó el partido y señaló que «*desde el*

punto de vista informativo, todo esto es tan aburrido, tan híbrido, tan falto de imaginación, tan pobre en matices destacables como lo fue el partido mismo. Vélez no se jugó y River quiso jugarse pero no tuvo con qué. Y el juez Guillermo Nimo resolvió que no jugase nadie. Porque terminó el partido cuando faltaban tres minutos sin tomar en cuenta descuentos. Fácilmente, se nos escamotearon de cinco a seis minutos de juego».

Juvenal fue mucho más profundo cuando analizó la jugada para la polémica que el juez epilogó cobrando foul de Rodríguez, pero que el indiscreto lente del fotógrafo Antonio Legarreta denuncia como clara mano de Gallo en la línea del arco, frenando un cabezazo que iba a la red. Podemos admitir el error del árbitro, sobre cuya designación se tejieron muchas suspicacias en la semana previa al partido. Porque no vio el penal o porque le costó tomar una decisión así al final del partido».

Cerró el recordado periodista expresando que «lo que cobró después no lo entendemos. Como infracción en sí ni como justificativo para no dar una falta previa, que era penal. La gente de Vélez se fue feliz con el empate. La gente de River arrió sus banderas con desencanto, porque dos errores del árbitro le quitaron la posibilidad de vivir la alegría que viene esperando desde hace once años».

Cómo habrá sido la jugada de indiscutible que en la página web oficial de Vélez Sársfield se puede leer que «el arquero Marín había quedado descolocado en la jugada previa y era gol, irremediablemente. El lateral derecho Gallo se arrojó y la rechazó. La pelota quedó ahí y Marín la atrapó cuando el Chamaco Rodríguez cargó sobre él. El árbitro Nimo cobró falta del jugador de River. Días después, una fotografía permitió sospechar que Gallo había rechazado la pelota con la mano. Gallo, ya fallecido, siempre dijo que la pelota le pegó en el hombro y Nimo que en ese instante lo tapó un jugador y no vio la infracción. Hasta hoy se mantiene la discusión...».

Alguna vez el talentoso cantautor Ignacio Copani escribió: «Me da risa cuando dicen los contrarios/que la historia nuestra no se enriquece/porque todo el mundo a River favorece/para que mañana se vendan más diarios./Pero yo en esta milonga les detallo/las bombeadas que en cien años padecemos/la más grande fue el penal que no dio Nimo/cuando todos vieron la mano de Gallo».

SUFRIMIENTO SIN FINAL

River arrastró durante 18 años la frustración de no salir campeón. La sequía empezó cuando ganó el título de 1957 coronando cinco estrellas en seis torneos. Pareció que el desastre de Suecia tuvo directa consecuencia en sus jugadores y que, retirado su máximo goleador Ángel Labruna, no supo encontrar los futbolistas necesarios para quedarse con otro éxito mayor. Bajo la presidencia de Antonio Liberti contrató

jugadores extranjeros y a los mejores del fútbol local.

Sin embargo, la suerte de campeón no lo acompañó. Arañó la vuelta olímpica en los primeros años sesenta, pero se fue deshilachando hasta soportar varias humillaciones seguidas: en 1967 entró sexto y se clasificó de apuro para el torneo Nacional donde no figuró. En 1968 lo eliminó San Lorenzo en el Metropolitano y, cuando ganando era campeón, no pasó del empate ante Vélez en el Gasómetro, en ese partido recordado por la mano de Gallo que le robó la ilusión. Encima, durante 1969 fue subcampeón perpetuo: Chacarita lo destrozó en la final por 4-1 y se quedó con el Metro, en tanto que Boca, su archirrival, le dio la vuelta olímpica en el Monumental, al empatarle en dos goles y birlarle el festejo mayor.

Aquella caída humillante ante Chacarita en el invierno de 1969 desató rumores y leyendas sobre la supuesta intención de los dirigentes funebreros de «entregar» el partido a cambio de la recaudación. Allegados a River siempre contaron que cuando recibieron el ofrecimiento y se lo comunicaron al presidente Julián William Kent, éste les dijo que River no arreglaba partidos y que sería campeón sin cosas turbias. Lo concreto es que Chacarita fue muy superior y tuvo la ventaja de la expulsión del mediocampista riverplatense Dreyer, decidida por el juez Roberto Barreiro a poco de comenzado el partido.

Por eso, todos los cañones apuntaron al Metropolitano de 1970. El campeonato fue jugado por 22 equipos, todos contra todos en una sola rueda. Si bien el cuadro riverplatense no empezó bien porque cosechó un punto en tres partidos, se fue recuperando lentamente y cuando se había jugado la mitad de los partidos, se ubicaba a cinco puntos del líder Independiente. En el medio, una multitud de equipos donde se destacaban Chacarita, Banfield, Platense y Newell's, por encima de los otros grandes.

River inició una larga racha positiva y pudo vencer por 3-1 a Independiente cuando faltaban cinco fechas para el término del torneo, para alcanzarlo en la punta en la penúltima jornada, al aprovechar la caída roja ante Platense por 3-2 en Avellaneda y su propia victoria frente a Los Andes por idéntico marcador. Se llegó a la última jornada con un empate en el primer lugar y la aclaración de que no habría partido de desempate si ambos clubes obtenían la misma cosecha de puntos. Sería campeón quien tuviera más goles a favor.

Increíblemente, River e Independiente no jugaron en los mismos horarios. En el Monumental, River aplastó el viernes 24 de julio al pálido Unión santafesino por 6-0, con particular lucimiento del puntero izquierdo Oscar Más, goleador del campeonato. Con ese marcador, River necesitaba que Independiente perdiera o empatara con Racing o que le ganara por 1-0, porque tenía 42 goles a favor y los rojos sumaban 40.

El clásico de Avellaneda se disputó el lunes 27 de julio y Racing se puso dos veces en ventaja. Fue 1-0 con gol de Jorge Chino Benítez, lo empató Tarabini con un

penal muy polémico y enseguida Roberto Perfumo estampó el 2-1 académico. Antes del final de la etapa inicial igualó el puntero Tarabini y fue Yazalde, a nueve minutos del final, quien le dio la victoria y el título a Independiente, que llegó a los mismos 27 puntos que River, pero con 43 goles a favor frente a los 42 de los millonarios. Increíble, pero cierto.

En su *Historia del profesionalismo*, cuenta Pablo Ramírez que «en torno del cotejo de Avellaneda circularon versiones de variada especie, relacionadas con un arreglo antideportivo del resultado, aunque también se dijo que Racing actuaría estimulado por un premio extra-partidario. El mundo del fútbol ha estado siempre poblado de amoraes que traficaron con los resultados de los partidos. Pero también es cierto que muy frecuentemente se habló con insistencia de arreglos que después aparecían desmentidos por los resultados».

El reclamo mayor de jugadores e hinchas de Racing ocurrió cuando Humberto Dellacasa —el mismo árbitro que había expulsado a seis jugadores albicelestes ante Independiente cinco años atrás— sancionó el penal para los rojos que ejecutó Tarabini y que contuvo Cejas, aunque adelantándose. El juez lo hizo repetir y volvió a darse la misma situación, lo que provocó una tercera ejecución que ahora sí convirtió Tarabini desatando euforia y bronca entre los clásicos rivales.

Hubo protestas que se acallaron pronto con el gol de Perfumo, aunque después llegó la reacción de Independiente y el festejo final. A River se le escapó otro título cuando estaba en plena recuperación. Su dirigencia sintió el golpe y resolvió para los próximos dos años provocar una revolución contratando al técnico brasileño Didí y promover masivamente a jugadores de las divisiones inferiores. Fue el cimiento que permitió que el tradicional club de la banda roja consiguiera dar la vuelta olímpica cinco años después y quebrara la serie nefasta de frustraciones.

EL REGRESO DEL SOBORNO

Lanús ganó el campeonato de Primera B de 1971, que tuvo un manchón importante cuando un jugador de Temperley denunció un intento de soborno de dirigentes de Nueva Chicago. El nudo de la información lo proporcionó el diario *La Nación* en su edición del domingo 8 de agosto: «Un intento de soborno al marcador de punta de Temperley Juan Carlos Yuliano, denunciado por éste, hizo que la comisión directiva de la entidad sureña obtuviera de la AFA la postergación del encuentro de ayer con Nueva Chicago, club señalado como el supuesto implicado en el problema. El hilo del hecho delictivo comenzó el jueves último, cuando una persona entrevistó al jugador en su domicilio del barrio Presidente Rivadavia, ubicado en la intersección de las calles Curpaligüe y Cobo de esta capital y le ofreció 200.000 pesos moneda nacional para favorecer con su bajo desempeño al conjunto de Mataderos. Para no

entorpecer la acción policial, simuló aceptar la propuesta y convino otra reunión en su casa, ocasión en que debía recibir el dinero. El intermediario José Andrés Sabugueiro concurrió a la cita y cuando con el futbolista y otros dos implicados, José Luis Lamas y Alfredo Tresols, sindicados como socios o dirigentes de Chicago, estaban por terminar la operación en el automóvil que dirigía Lamas, intervino personal policial de la comisaría 38°. Le iban a entregara Yuliano 100.000 pesos moneda nacional y el resto luego del cotejo. Primero se labró un acta en una estación de servicio para automotores y luego se trasladó a los detenidos a la seccional, donde se dio intervención al juez, Dr. Alberto Chiodi. El expediente fue caratulado “Soborno”, donde constan las declaraciones de los tres detenidos y la grabación de las conversaciones como una ratificación de la denuncia del futbolista».

Inmediatamente, los directivos de Temperley le pidieron a la AFA la suspensión del partido que debía jugarse en Mataderos. Los dirigentes de la Asociación hicieron las averiguaciones del caso y ante la gravedad de la situación enviaron a Luis Asiain, brazo derecho del interventor Raúl D’Onofrio, hasta el estadio de Mataderos, donde fueron anoticiados personalmente los responsables de Nueva Chicago de la suspensión del partido. Por toda información, colocaron carteles en las puertas principales de acceso donde se leía «Partido contra Temperley - suspendido por la AFA».

El periodista de *La Nación* narra que «como los jugadores de Temperley desconocían los principales entretelones del problema y menos que se había diferido el encuentro, no extrañó su presencia alrededor de las 13,40. Habían viajado en un ómnibus especial. Al ser enterados de la novedad, partieron inmediatamente de regreso. Igualmente lo hicieron los futbolistas locales, que estaban en el estadio desde hacía casi una hora. Junto con ellos lo hicieron los elementos de la tercera, match que estuvo a punto de iniciarse».

Ambos clubes dieron sus respectivos comunicados. Temperley repudió lo ocurrido, esperando que se investigara a fondo la denuncia y expresó a los dirigentes de Chicago su confianza en la institución. También Nueva Chicago condenó el suceso, haciendo saber que si los implicados llegaran a ser socios del club, serían separados como tales. Los dirigentes se pusieron a disposición de la AFA para esclarecer el caso. El presidente de Nueva Chicago, Paulino Niembro, expresó para *La Nación*: «Estamos tratando de conseguir información, pero el secreto del sumario nos impide saber algo más. La Comisión Directiva no tiene nada que ver con el asunto. La aparatosidad que se le ha dado hace pensar que hay algo más detrás de todo esto, que es muy perjudicial para la institución. Es cierto que nosotros queremos ascender, pero no utilizando medios tan sucios». Todas declaraciones de buena vecindad y de principios cuasi religiosos. Las cosas distaban de ser así.

El partido se jugó finalmente el jueves 19 de agosto en Mataderos, y Nueva Chicago lo ganó por 3-1, con dos tantos de Pietrone y uno de Jones. El valiente Yuliano, capitán de Temperley, que marcaba la punta derecha de la defensa del equipo y completaba su sueldo siendo ordenanza en una oficina, fue el autor de la infracción que generó el penal que le permitió empatar a Chicago, luego del madrugador tanto celeste de Juan Carlos Merlo.

La pena que le correspondió a Nueva Chicago fue durísima: en su reunión del jueves 7 de octubre, el Tribunal de la AFA resolvió suspender por cuatro meses al club de Mataderos, con el accesorio de que el equipo estaba obligado a jugar pero perdía los puntos de los encuentros que se librarán durante el período mencionado. El soborno había sido comprobado.

Con la decisión del Tribunal, Nueva Chicago dejó de pelear el título para llegar a primera división y tuvo que luchar por mantener la categoría, algo que consiguió ayudado por la floja campaña de Defensores de Belgrano. Finalmente, el cuadro de Mataderos recolectó 33 puntos y con descuento incluido se quedó en 19, cuatro unidades más que el equipo del Bajo Belgrano. El torneo lo ganó Lanús con 41 puntos, escoltado por Arsenal que sumó 35; tercero hubiera quedado Chicago.

Días después, el fiscal en lo Penal Dr. Eduardo N. Sabatini formuló la acusación ante el juzgado de sentencia del Dr. Julio C. Ledesma contra los procesados por el intento de soborno del jugador de fútbol de Temperley, Juan Carlos Yuliano. Pidió tres años de prisión para José Andrés Sabugueiro, José Luis Lamas y Alfredo Tresols, como autores responsables del delito de tentativas de soborno, de acuerdo con lo dispuesto por el artículo 26 de la Ley 18.247 del Deporte, que reprime con prisión de un mes a tres años a quien intente influir sobre el resultado de una justa deportiva.

Juan Carlos Yuliano, uno de los escasos jugadores profesionales que denunció a los sobornadores de turno, fue premiado por el club Temperley con una medalla de oro por su honestidad. Había debutado en el club celeste en 1969 y jugó allí durante cinco temporadas, con 96 partidos oficiales y un único gol, convertido a Almirante Brown.

UNA NUEVA DENUNCIA

Los inmorales no escarmentaban. Creían que todo era posible, con mayor o menor cuota de impunidad. En realidad, no les faltaba razón porque en el fútbol argentino había pasado de todo. Sin embargo, faltaban apenas un par de días para que se conociera la durísima sanción que recibiría Nueva Chicago y varios allegados al club Banfield tuvieron la misma idea: lograr que un futbolista rival no rindiera como debía.

Se jugaba la última fecha del torneo Metropolitano y había dos descensos

directos. Platense ya había caído a Primera B y al mismo tiempo perdería su querida cancha de Manuela Pedraza y Crámer, allá en el límite que divide a los barrios de Núñez y Saavedra. Para ocupar el otro desgraciado casillero, las mayores posibilidades eran de Los Andes, porque debía ganarle a Atlanta en Villa Crespo para enviar al descenso al cuadro bohemio. Al mismo tiempo, Banfield le llevaba un punto a Los Andes y necesitaba empatar con Ferro Carril Oeste para no retroceder a la B.

El día anterior al partido entre Banfield y Ferro, fue Alfredo Ortiz, zaguero del club de Caballito, quien denunció un intento de soborno. El diario *Clarín* explicó que *«al parecer, la tentativa de soborno comenzó a incubarse varios días antes. Ortiz habría sido visitado en la concentración por un señor que habría manifestado estar muy vinculado a la Comisión Directiva banfileña, a tal punto que llegó a afirmarse que es un conocido comerciante de la zona. El jugador fingió acceder y convino el momento oportuno en que se concretaría el delito, pero poniendo el hecho en conocimiento de las autoridades de su club. Ello permitió actuar a la Policía Federal a través de la Seccional 29º que procedió concretando la detención del supuesto instigador, en momentos en que se entrevistaba nuevamente con Ortiz»*.

Agregó *La Nación* que *«se puso al tanto de la cuestión al Juez Dr. Tiburcio Álvarez Prado, quien ordenó la estricta reserva del sumario. Mientras tanto, el interventor Raúl D'Onofrio se enteró del problema y acordó que sus colaboradores, el secretario Jesús Asiain y el jefe de relaciones públicas y prensa, Luis Conde, tuvieran una entrevista con la comisión directiva de Ferro, la que se realizó ayer por la mañana. Se barajaron varias posibilidades, una de ellas, postergar por 24 o 48 horas los dos encuentros claves: Atlanta-Los Andes y Banfield-Ferro, pero luego se optó por lo más lógico: hacerlos jugar y rodear a ambos cotejos de toda clase de garantías, policiales y por parte de la AFA»*.

Continuaba *La Nación*: *«los dirigentes de Ferro, a su vez, tuvieron una conversación con los jugadores del plantel a los que ratificaron la confianza, en especial al zaguero Ortiz (éste se negó rotundamente a proporcionar detalles del intento de soborno, actitud que también imitó el presidente del club, doctor Santiago Leyden). Cuando los futbolistas partieron para la cancha de Talleres fueron objeto de una cálida demostración de simpatía. Pocos momentos antes se había hecho presente Juan Carlos Yuliano, de Temperley, que esta temporada denunció un intento de soborno y expresó su adhesión a la actitud de sus colegas»*.

El partido se jugó, Banfield mantuvo la categoría al empatar con Ferro en un tanto, Alfredo Ortiz no jugó y Atlanta también se quedó en primera tras ganarle a Los Andes y enviarlo al descenso. El interventor de la AFA, Raúl D'Onofrio, giró la causa al Tribunal de Penas, y después de una seria investigación se llegó al veredicto, aunque previamente el Juez de Instrucción Dr. Alberto Chiodi decretó la prisión preventiva de Daniel Sziernuck, comerciante y socio de Banfield de 39 años, por

infracción al Artículo 26 de la Ley del Deporte N° 18.247 que reprime el soborno en competencias deportivas.

Al levantarse el secreto del sumario, Alfredo Ortiz acusó a los dirigentes Soler, Chazón y Castro, presidente, secretario y tesorero de Banfield respectivamente, de haber sido los responsables del intento de soborno. El fallo del Tribunal de Penas de la AFA determinó una suspensión de cuatro meses para Banfield y la expulsión de los dirigentes Carlos Ismael Soler, Pedro Luis Chazón y Florencio Alberto Castro. El socio Sziernuck también fue expulsado de los registros y los siete mil pesos que le iba a entregar a Alfredo Ortiz fueron incautados por la policía. Según el Tribunal, «*la responsabilidad del Club Atlético Banfield resulta evidente*». El cuadro banfileño debió jugar en cancha neutral cuando era local y resignar, además, las recaudaciones que le correspondieran. La suspensión fue muy dura y no pudo sobreponerse, por lo que descendió a Primera B junto con Lanús.

Al año siguiente, Banfield ganó el principal campeonato de ascenso superando por cuatro puntos a Temperley y por cinco a Quilmes, sus escoltas. Cuando enfrentó y venció a Los Andes por 4-1 en Lomas de Zamora, se produjo un escándalo con gravísimas consecuencias que derivó en una sanción de descuento de 16 puntos para Los Andes. El club apodado «milrayitas» quedó último en la tabla con escuálidos 7 puntos, pero, una vez más, la anulación de los descensos le sirvió para conservar la categoría.

El incidente fue especial, porque uno de los asistentes de Pedro Feola, el árbitro del partido, vivió una situación inesperada. Todo comenzó con la vehemente protesta de los locales porque el juez convalidó el primer gol de Banfield, convertido por Luis Roselli. El partido estuvo suspendido por los proyectiles que caían de la tribuna local y finalmente, con el tanteador 4-1 a favor de la visita, parte del público invadió el campo y comenzó a perseguir al juez y sus colaboradores. Uno de los asistentes, Osvaldo Bianco, debió abandonar el vestuario y salió a la calle, perseguido por varios hinchas. Corriendo con su vestimenta deportiva, alcanzó a meterse en una casa donde se estaba desarrollando un bautismo y pudo quedarse allí hasta que pasaran quienes querían lastimarlo. El incidente marcó un punto alto en la locura que el fútbol provocaba y justificó un descuento de puntos tan importante.

En 1973, el interventor de turno en la AFA, Baldomero Gigán, dispuso la anulación de los descensos en todas las divisiones, lo que permitió mantener la categoría a Ferro Carril Oeste y al humilde All Boys, que jugaba su primer año en la A. La comedia se repitió en los dos años siguientes hasta que le tocó al modestísimo San Telmo bajar en 1976. Un equipo que había logrado la hazaña de ascender frente a los candidatos Lanús y Platense y que fue perjudicado notoriamente en varios partidos porque tuvo la mala fortuna de disputar la permanencia contra Racing y Vélez. Esta vez no hubo anulación de los descensos.

LA HUELGA DEL 71

En la larga investigación que los periodistas Julio Blanck y Daniel Lagares publicaron en la revista *Goles Match* diez años después, se explicó que *«la historia de la huelga de 1971 arranca en enero de ese año, cuando la Secretaría de Trabajo avaló lo firmado en 1949, reconociendo al futbolista como trabajador. La AFA apeló aquel aval, se negó al reconocimiento y el 4 de noviembre los jugadores, reunidos en la sede de Agremiados, resolvieron ir a la huelga»*.

Parecía una cuestión relativamente simple, pero no era lo mismo ser trabajador común que trabajador deportivo. Había diferencias enormes de concepto y de relación laboral. El sábado 6 de noviembre, en una asamblea multitudinaria, los jugadores decidieron parar a pesar de las presiones que recibieron en la mayoría de sus instituciones. También se plegaron aquellos que militaban en los equipos del interior del país y jugaban el torneo Nacional.

La situación se fue polarizando. Cuentan Blanck y Lagares que *«el domingo 7 de noviembre se jugó la octava fecha sin los profesionales y hubo 40 mil personas menos que en la fecha anterior San Lorenzo echó de la pensión del club a los pibes que habían adherido al paro y la AFA respondió suspendiendo a todos los futbolistas hasta fin de año. Agremiados respondió argumentando que “reclamamos nuestros derechos de ser reconocidos como trabajadores auténticos, ya que estamos en relación de dependencia, tenemos un convenio que data de 1949 y no lo reconocen, nos descuentan réditos, obras sociales y jubilación, pero los clubes no depositan ese dinero”»*.

El paro se fue ampliando a las categorías de ascenso y recién se llegó a un principio de acuerdo cuando José Omar Pastoriza, titular de Futbolistas Argentinos Agremiados, y Raúl D’Onofrio, interventor de la AFA, anunciaron el levantamiento de la medida de fuerza el 19 de noviembre. Tres días más tarde se dio a conocer el Estatuto del Futbolista, como clara demostración del triunfo de Agremiados.

Al finalizar el paro, el más duro de los directivos fue el presidente de Boca, Alberto J. Armando, quien le dijo al periodista de *Clarín*: *«hemos perdido el poco honor que nos quedaba, hemos defraudado a la juventud argentina»*. Los futbolistas quedaron reconocidos legalmente y la historia pasó a escribirse de otra manera. Como explicó José Orlando Berta —mediocampista de Newell’s y Boca— desde su visión de juvenil: *«en aquel momento uno quería llegar a primera y muy bien no entendía que el paro se hacía para nosotros, para los que estábamos en la tercera, sin contrato y casi sin pensar en la plata. No teníamos mucha conciencia del estado en que se encontraba el jugador de fútbol. Después uno va creciendo y va entendiendo las cosas. Por suerte aquella huelga triunfó y ahora el jugador se puede defender con las armas que le da el Estatuto»*.

Casi al mismo tiempo en que se solucionó el conflicto, el gobierno militar anunció la puesta en marcha, desde la primera fecha del torneo Metropolitano de 1972, del Concurso de Pronósticos Deportivos (PRODE) en una campaña para recaudar dinero con distintos fines, uno de ellos, claramente, ayudar al financiamiento del fútbol.

Como bien argumenta el periodista Sergio Levinsky en su libro *El negocio del fútbol*, los Pronósticos Deportivos «*aparecen como primer instrumento de salvación del fútbol de los desquicios de los dirigentes, que recurren entonces desesperadamente al Estado en búsqueda de soluciones materiales para las semivacías arcas. Así, los clubes buscaban alternativas de desarrollo para un negocio que estaba perdiendo gran cantidad de espectadores directos y pagantes. El PRODE sirvió para incorporar al mercado del fútbol áreas del interior del país cuyo crecimiento urbano ofrecía un público potencial ampliado*». Agrega Levinsky que «*la implementación en 1972 se produjo en un contexto en el que la deuda que el fútbol mantenía con el Estado era de dos mil millones de pesos*». El encargado de concretarla fue el dirigente Valentín Suárez con el patrocinio del ministro de Bienestar Social Francisco Manrique, quien calificó al PRODE como «*el impuesto a los bobos*». Tuvo rápida aceptación y durante muchos años sería un aporte clave para las finanzas de muchos clubes.

Nada de esto modificó el espíritu del hincha común y la necesidad de que su equipo ganara como fuera. La tendencia a pensar exclusivamente en el resultado era cada vez más fuerte y la importancia de jugar bien, de «tener la pelota», pasó a ser una cuestión secundaria. Más allá del espectáculo que brindó Huracán con César Menotti como entrenador entre 1971 y 1974 y de la saludable brisa fresca que significó la selección argentina luego del traumático mundial de Alemania Federal. Ya en la Copa del Mundo que se hizo en Alemania, el seleccionado comenzó a tener inconvenientes para armarse con los mejores jugadores porque muchos de ellos militaban en clubes extranjeros. Un fenómeno que llegó para quedarse. ¿Cómo el de la violencia? En realidad, la violencia en el fútbol existió siempre, aunque fue variando sus formas y sus estilos.

Una violencia que se fomentó muchas veces desde arriba y que está íntimamente ligada con nuestra forma de vivir y de entender este deporte maravilloso. En los años setenta, Dante Panzeri reseñó como nadie nuestra manera de sentir argumentando que «*la alienación futbolística argentina se pulsa en las transmisiones radiales. Argentina (o quizá Buenos Aires) habla gritando. El fútbol llevado a la oratoria es lo mismo. Un grito. Quien no grita no es emocionante. Quien no estire la palabra gooooooolll agotando todas las oes que se hayan fabricado, no es brillante. No hay ningún otro país donde se grite más que en el nuestro en esas circunstancias. A lo sumo, algunos que se nos equiparan, pero que para eso se inspiraron en nosotros.*

Nos empatan, pero no nos ganan».

Más incisivo aun, Panzeri señala que «de ese concierto de gritos en el que la alegría es dramática y la tristeza es cómica, surgen unas emanaciones anestésicas de los cerebros que los reciben, al mismo tiempo que aflora una vacuna colectiva precisamente antagónica de la que se suministra en las campañas antirrábicas: la encargada de transmitir rabia a los seres humanos. Con esa vacuna se vive y se siente el fútbol».

Anticipándose varios años, el recordado periodista afirma que existen «detectores electrónicos de las pelotas que en el tenis tocan los flejes, porque ya no se cree en la palabra del juez. Detector electrónico en las nalgas de los esgrimistas para registrar la verdad del contacto del acero con el hombre, porque ya no es posible confiar en la honradez del hombre. Controles antidoping. Controles de sexo».

Todo empezó con la caducidad de la palabra reemplazada por la firma. Fue seguido por la caducidad de la firma y su necesario reemplazo por el aval. Sus símiles deportivos son aquellos perfeccionamientos tecnológicos. Esos perfeccionamientos que son las muestras de la condición naturalmente sucia que ha tomado el deporte profesional desde que dejó de ser símbolo de honor y juego limpio».

A mediados de los 70 llegarían la participación masiva de equipos argentinos en la Copa Libertadores, el doping y los intentos por controlarlo, el aumento de la violencia política y su correlación con el fútbol, el Mundial de 1978. Una larga historia falta escribirse. Ya será tiempo.

(continuará)



ALEJANDRO FABBRI es porteño, periodista desde 1976, egresado del Círculo de Periodistas Deportivos. Trabajó en *La Hoja del Lunes*, *Clarín*, *La Nación*, *El Gráfico*, *Goles*, *La Voz*, *El Herald*o, en las radios *Mitre*, *Continental*, *Del Plata*, *Antártida* y *Belgrano*, y en *Canal 7* y la señal *TyC Sports*. Como enviado especial cubrió los Mundiales de Estados Unidos (1994), Francia (1998) y Alemania (2006), los Mundiales Juveniles de Qatar (1995) y Malasia (1997) y los Juegos Olímpicos de Beijing (2008). Es también autor de los libros *El nacimiento de una pasión*, *Historias negras del fútbol argentino* y *Nuevas historias negras del fútbol argentino*.

NOTAS

[1] La leyenda decía que un lechero, con un carro cargado de tarros, se había precipitado al río Las Conchas, que corría junto a la primitiva cancha tigrense. <<

[2] El Centro de Investigación e Historia del Fútbol es una agrupación de periodistas, historiadores, estadígrafos e investigadores del fútbol mundial que reúne gente de muchos países y tiene como principal cometido hacer un seguimiento permanente de lo que ocurrió en cada liga y lograr la unificación definitiva de datos y trayectorias con la mayor precisión posible. <<